

ENCRUCIJADA

**MARÍA EMILCE ARCOS BRAVO
LUISA FERNANDA BETANCOURTH GÓMEZ**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2015**

ENCRUCIJADA

**MARÍA EMILCE ARCOS BRAVO
LUISA FERNANDA BETANCOURTH GÓMEZ**

Trabajo de Grado presentado para optar el título
de Licenciadas en Filosofía y Letras

Asesor:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2015**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de las autoras.”

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, agosto ____ de 2015

DEDICATORIA

Al ser por quien todo ha sido posible, Dios.

María Emilce

A mis padres y hermanos,
por su apoyo incondicional.

Luisa Fernanda

AGRADECIMIENTOS

Las autoras expresan sus agradecimientos:

Principalmente, a Ana, quien muy amablemente permitió que se entrara sin reparo alguno hasta los rincones más ocultos de su vida y dejó que se llevara su historia a la literatura, para que la conocieran todos aquellos que desearan acercarse y explorar esta hermosa experiencia de vida y de superación.

Al Magister Gonzalo Jiménez Mahecha, por su dedicación, apoyo incondicional y confianza durante la elaboración de este trabajo.

A todos aquellos que, de una u otra forma, posibilitaron la elaboración de este trabajo: familiares, amigos, compañeros y docentes.

CONTENIDO

	Pág.
1. INTRODUCCIÓN	10
BIBLIOGRAFÍA	15
2. ENCRUCIJADA	19
2.1 ALBOR	20
2.2 LA MAÑANA	42
2.3 A MEDIA MAÑANA	64
2.4 CÉNIT	86

RESUMEN

Encrucijada narra, a partir de hechos reales, el padecimiento de Ana, respecto a un problema educativo muy común en la sociedad actual, como lo es el caso de inclusión/exclusión en las aulas escolares, y las consecuencias que genera a nivel integral en su desarrollo.

Asimismo, es un ejercicio de producción literaria, elaborado con el fin principal de desarrollar un texto narrativo, que permitiera adquirir algunas habilidades literarias, como preparación para un desempeño como futuras docentes, con el anhelo de mostrar una cara diferente de lo que es, en realidad, el mundo de la literatura, un mundo que permite entrar a otra realidad y soñar, aun sin salir de ella.

Palabras claves:

- Educación
- Historia de vida
- Inclusión
- Narración
- Necesidades educativas especiales

ABSTRACT

Based on true events, *Encrucijada* narrates the suffering of Ana, related to a common educational problem in today's society, regarding the inclusion / exclusion in the classroom, and the impact it had on her development.

In addition, *Encrucijada* is an exercise in literary production. This exercise has been made with the main aim of developing a narrative to enable the acquisition of some literary skills in preparation for performance as future teachers. Therefore, here is the desire to show a different face of what is, in reality, the world of literature; in this world, we can get into another reality and dream, even without leaving it.

Keywords:

- Education
- Inclusion
- Life story
- Special Educational Needs
- Story

INTRODUCCIÓN

Encrucijada ha sido un trabajo arduo de investigación, que surgió con la idea de plantear un problema de índole educativa referente a la inclusión, muy presente en estos días, pero, dado que el interés no era realizar un trabajo de tipo psicológico, se vio la necesidad de recurrir a un sesgo de investigación donde hubiese la posibilidad de presentar dicho problema educativo de inclusión y exclusión, como también que contribuyera en el proceso formativo como docentes de literatura; por tanto, se vio en la historia de vida una opción investigativa que permitiría integrar estos dos componentes, para alcanzar el fin propuesto; quizá la tarea no sería muy sencilla, pero tampoco iba a resultar tan complejo como para que no se lo pudiera lograr, pues como punto a favor estaba el hecho de que se conocía una historia cercana que develaría el problema educativo que se estaba buscando denunciar, así que, al contar con la colaboración de la protagonista de la historia, se dio inicio a este proceso investigativo.

La historia de vida es un método biográfico que busca narrar, contar o relatar la historia de un individuo; como lo establece Mayra Chárriez: "... la historia de vida es la forma en que una persona narra de manera profunda las experiencias de vida en función de la interpretación que esta le haya dado a su vida..."¹ La historia de vida es un método muy actual en la realización de investigaciones de tipo cualitativo, cuyo inicio se remonta, de acuerdo a la investigación realizada por José González Monteagudo,² en el siglo I a. C., en China, Ssu-ma Che'ien realizó esquemas biográficos de gran viveza; en Roma, se debe destacar la obra de Plutarco, *Vidas paralelas* y la de Suetonio *Vida de los Césares*; en el Islam, las reflexiones de Ibn Tufail contienen importantes elementos autobiográficos; ahora bien, la primera obra orientada hacia lo autobiográfico es *Las confesiones*, de San Agustín, y a partir de los siglos XV y XVI comienza el género autobiográfico propiamente dicho.

Este método de investigación cualitativa poco a poco se fue dejando de lado, por un lapso aproximado de treinta o cuarenta años, debido al inicio de un nuevo tipo de investigación, con el empleo de técnicas de tipo clínico; más tarde se reanudó el empleo de esta técnica en una gran variedad de estudios, realizados por sociólogos, antropólogos y psicólogos, que se habían interesado en interpretar hechos netamente sociales y subjetivos de las personas.

¹ Mayra Chárriez Cordero. Historia de vida: una metodología de investigación cualitativa. [*Griot*. Vol. 5, No. 1. Dic., 2012. Universidad de Puerto Rico; en línea], p. 53.

² José González Monteagudo. *Las historias de vida. Aspectos históricos, teóricos y epistemológicos*. [Universidad de Sevilla; en línea], p. 223.

En la actualidad, este método se ha propiamente establecido como método de investigación para las Ciencias Humanas, con el fin de obtener, a través de uno o de varios individuos, la interpretación que ellos hacen de su mundo y del mundo social, de acuerdo a sus experiencias o sus vivencias personales.

Además de ver en la historia de vida una posibilidad investigativa, ha sido también una opción para ejercitarse en busca de una habilidad narrativo-literaria, que resultaría de suma importancia en la labor como docentes de las áreas de Lengua castellana y Literatura, o de Filosofía, puesto que sería el cargo que, en el futuro, se puede llegar a desempeñar.

Por tanto, en el anhelo de narrar, de relatar, de describir o revelar un suceso real, más que contar una historia de vida se vio la necesidad de llevar este relato a los caminos maravillosos del arte bello de escribir, que ofrece la literatura, que abre la posibilidad de contar de manera maravillosa lo que ha sido vivencia o experiencia personal de un individuo, en este caso, la experiencia de Ana. Muchas veces se cree que para hacer literatura es necesario salir de la vida real y narrar acontecimientos que brotan de la imaginación, de la fantasía, de la magia, pero *Encrucijada* es una forma de evidenciar que la vida real también puede llevarse a la literatura a través del relato literario; que resulta conveniente salir de un mundo de magia y ficción para adentrarse en el mundo real y darse la opción de realizar un tipo de lectura que registra la cotidianidad, para contarse, narrarse o relatarse, así como lo expresa Silvia Helena García:

Cuando se habla de lectura literaria nos imaginamos, a veces, habitando un mundo lejano y distante, poblado de seres extraños, de palabras ajenas y excluidas de la vida “real” y de los hombres. Sin embargo, el mundo de la literatura y de la poesía es el mismo mundo del hombre.³

Así, la historia de vida, además de brindar la opción de conocer y acercarse a un individuo, se cree abre la posibilidad o hace un aporte importante para el que buscarse en ella una forma de crear, de hacer literatura, de convertirse en escritor, no solo como oficio, sino como una opción para difundir, evidenciar o plasmar sus experiencias personales o las experiencias de personas cercanas a su historia personal; en torno a este concepto, Silvia Helena García anota: (2006, pág. 13) “el oficio de escritor es estar atento a la vida, al mundo... para que en el mágico silencio que emerge de su quieto trasegar brote la presencia viva de la obra literaria”⁴ y Roland Barthes establece que “escribir no es solamente una actividad técnica, sino también una práctica corporal del goce”.⁵

Por otro lado, la historia de vida, a través del proceso narrativo, permite realizar innumerables revelaciones sobre los acontecimientos, sucesos, hechos o injusticias que se quisieran evidenciar; claro está que no como se hace en un proceso legal, sino como una forma de llegar al lector y afectar sus sentimientos más hondos, para consiguiendo con ello concientizar sobre aquellas problemáticas que a diario vive esta sociedad, de forma tal que

³ Silvia Helena García Moreno. *Relato de un encuentro entre palabras*. Medellín: Artes y letras, 2006, p. 13.

⁴ *Ibid.*

⁵ Roland Barthes. *Variaciones sobre la escritura*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 158.

el lector no se quedase ajeno a las situaciones o problemáticas que a diario acontecen a su alrededor, sino suscitase en él el anhelo profundo y veraz de llevar a cabo cambios necesarios que surgiesen desde sus adentros y dar un primer aporte para alcanzar los cambios generales anhelados, como es el caso que aborda o revela *Encrucijada*, relacionado con un problema educativo de inclusión y exclusión, donde la protagonista narra lo que ha sido su vida al tener que afrontar este suceso, que inició desde sus primeros años de vida, con lo que ha querido, además de hacer una revelación pública, lograr que el lector conozca lo que puede llegar a sentir, lo que llega a pensar, lo que ha vivido y lo que ha sufrido una persona, a la que ha señalada una sociedad con tendencias a rotular y excluir al otro, al diferente y que, aun a pesar de las leyes, las normas o los convenios existentes en contra, han logrado pasarlos por alto y hacer caso omiso de lo que se ha decretado, para esquivar unas obligaciones y, a veces, se ha recurrido a excusas carentes de fundamento.

Además, *Encrucijada* devela a través de su protagonista que, a pesar de las contrariedades que le ha acarreado la vida, con el apoyo de su madre, nunca iba a darse por vencida y lucharía hasta alcanzar su sueño, con lo que ha querido llevar un mensaje de esperanza a quienes han atravesado o aun hoy viven situaciones similares, para que no se diesen por vencidos, sino que creyeran en que lo que se anhela con el corazón es posible de lograr, si se enfrenta la batalla y se persiste hasta lograr la victoria. A este respecto, García Moreno establece que se narra

... para que a través de la palabra escrita el lector tenga la posibilidad de habitar situaciones, sentimientos, dolores y alegrías; épocas, tiempos y lugares ya pasados, presentes o por venir; imaginados en soledad, que se recrean en cada uno de sus encuentros.⁶

Por lo tanto, se piensa en que, con este trabajo narrativo relacionado con la historia de vida de Ana, no solo se ha encaminado como un ejercicio meramente narrativo, sino también de compromiso para los lectores como decodificadores de un mensaje implícito en dicha historia, puesto que se considera que, al realizar un ejercicio narrativo, no debe quedarse solo en el hecho de describir y relatar, sino debe llevar en sí un propósito, ya fuese divertir, informar, recrear, enseñar, etc., sino, en este caso, su propósito será concientizar al lector, quien deberá interpretar el mensaje difundido por medio del texto, así como lo afirma Amparo Rovira Sánchez (1993. Pág. 135) “La obra se le presenta al lector como una tarea a realizar; él debe reconstruirla y confirmarla. No es sólo un trabajo del autor, la obra está hecha pero no-está-hecha y es ese sujeto lector el que da sentido a sus carencias, el que completa y pone en marcha la obra”;⁷ por lo que es necesario señalarle y reconocerle al lector la tarea que le corresponde como decodificador del mensaje inmerso en la escritura, en espera de que le diese la interpretación que el texto busca cuando no es demasiado complejo, o que lo asimilase, lo adaptase a su vida de acuerdo a sus vivencias o necesidades.

⁶ García Moreno, *Op. cit.*, p. 18.

⁷ Amparo Rovira Sánchez. El papel del lector visto por algunos teóricos de la literatura. [*Semiosis*; en.-jun., 1990. Universidad veracruzana; en línea], p. 135.

Como futuras docentes de filosofía y literatura, se considera que la historia de vida, como método investigativo, puede influir en esta formación docente, en primera instancia en el reconocimiento de una situación problema vigente en esta sociedad, y más específicamente en este campo laboral y profesional, como lo es la educación, al dar la oportunidad de acercarse a los aspectos y características de un caso real y cotidiano, el que seguramente se tendrá que encontrar en el recorrido profesoral, para reflexionar alrededor de algunas pautas, guías o referentes para asumir un caso de inclusión – exclusión educativa, pues no se debe cerrar los ojos a la búsqueda de solución de una problemática que hoy está muy presente en las aulas de las instituciones educativas, como es la referente a los estudiantes con necesidades educativas especiales (NEE).

También, la historia de vida puede aportar al permitir reflexionar acerca de la existencia de algunas pautas de humanidad, al reconocer que, como educadores, se está llamado a hacer la diferencia, a aceptar la diferencia y saber que esta sociedad es una sociedad diversa, que no debe encasillarse a las personas con patrones de comportamiento o aprendizaje, sino, mejor, llegar a ser conscientes respecto a que cada individuo, desde la diferencia, tiene su forma de aprender y, por tanto, no deben ser ellos quienes deben adaptarse a la sociedad, a un sistema educativo, sino la sociedad y el sistema educativo deben ser flexibles ante la diversidad y la diferencia, para propiciar así la construcción de un país más justo y equitativo, aunque solo fuera al dar unos pequeños pasos desde el salón de clases, para fomentar, primero en cada lugar de trabajo y con cada uno de los posibles colegas, la implementación de un sistema educativo de inclusión dentro del plantel, donde se valore, se respete y se acogiese a los estudiantes con NEE, para ofrecerles la posibilidad de que accediesen a una óptima calidad educativa, que fuera de acuerdo con sus necesidades.

Por otro lado, se percibe que la historia de vida es un aporte útil al proceso formativo en el conocimiento y la intervención de casos de inclusión educativa, además de ser el punto de partida para diseñar una estrategia pedagógica orientada no solo para desarrollar el proceso de inclusión, sino para enfrentarse a la enseñanza con niños regulares en cualquier salón de clase, puesto que se ha sentido la carencia que existe en este campo, desde la preparación en pregrado como futuros Licenciados en filosofía y letras, con lo que, de alguna manera, se ve inconclusa esta formación, que se constituye como una barrera para un óptimo desempeño en el futuro profesional, por lo que se ha visto en la historia de vida una forma de establecer una base para hacerle frente a estas carencias, que se afrontan desde esta etapa de la formación universitaria.

Respecto a su estructura, el trabajo de investigación, titulado *Encrucijada*, consta básicamente de dos partes, una investigativa y la otra narrativa; en cuanto a su carácter investigativo, *Encrucijada* hace parte de una investigación cualitativa, a través del método biográfico, en este caso como historia de vida; para llevarse a cabo se realizó una particular investigación respecto al tema inclusión/exclusión escolar, con un abordaje de textos, artículos, leyes, convenios, decretos y trabajos realizados tanto dentro como fuera del país, referentes al tema, lo que fue un gran aporte para este trabajo investigativo, además de que se ha contado con la voluntad y la disposición favorable de la protagonista del relato, para

que diera a conocer su caso particular de exclusión, información que se registró a través de la técnica de entrevista abierta, para dar la oportunidad de que fuera Ana quien, por medio de sus palabras, permitiera un acceso a parte de su intimidad, para que, de algún modo, se llegaran a sentir sus experiencias como propias.

En cuanto al enfoque literario, la historia se ha dividido en cuatro partes, donde en cada una se relata una etapa de la vida de Ana y cada una, a su vez, se ha fragmentado en capítulos para darle al lector la oportunidad de desenvolverse dentro del texto, durante el desarrollo de la historia, al brindar un espacio para la reflexión e interiorización. Dentro del desarrollo narrativo, se buscó que la protagonista, Ana, tomara la voz de la historia y se convirtiera en narradora, en primera persona, para que así, desde su propia vivencia, contara y diera a conocer su sentir y pensar respecto al tema trabajado. Además, dentro del relato suministrado por la protagonista, como escritoras se ha procurado manejar con respeto y discreción cada una de sus vivencias y llevar a la narración aquellas que le dieran al lector una posibilidad para experimentar la sensibilidad frente a este tema y omitir aquellas que, por su carácter particularmente personal, no era pertinente se las abordara.

Como objetivo principal, *Encrucijada* buscaba ser un ejercicio de escritura que aportara para el logro de la perfección y la consecución de habilidades narrativas, orientadas a alcanzar una preparación para el desempeño posterior como docentes de filosofía y literatura. De igual manera, se ha pretendido que *Encrucijada* no se quedara en la realización de un simple ejercicio narrativo, sino, así como esta historia de vida logró concientizar respecto a la problemática de inclusión y exclusión en las instituciones educativas y en la sociedad, así mismo este trabajo pueda llegar a muchos lectores, a través de una posible publicación, para que se tomase como herramienta pedagógica para que fuese útil para muchos profesores ya formados y para tantos otros que aún están en su camino de preparación, para que supieran asumir dificultades o situaciones de este tipo, que en su campo laboral pudieran presentárseles; además, para que un sinnúmero de personas, como los familiares o la sociedad en general, pudieran instruirse respecto a este tema educativo y tuvieran así argumentos con los cuales entendieran, defendieran y apoyaran, si fuese el caso, o simplemente comprendieran sin señalar y excluir a quienes, por diversas circunstancias de la vida han tenido que enfrentar dificultades por ser personas con NEE.

Dentro del proceso de investigación, se enfrentaron diferentes dificultades: una de ellas fue el limitado material bibliográfico referente al tema de inclusión y exclusión; se concibió que una de las causas se debería a que este es un tema relativamente actual, por lo que se considera que hubo carencias en cuanto a este tema se refiere, ya que no se han encontrado autores de peso con los que se pudiera apoyar, comparar o refutar estas teorías o las teorías encontradas; por lo tanto, el trabajo se ha apoyado principalmente en artículos, leyes, decretos, convenios y trabajos investigativos que se han realizado durante aproximadamente la última década.

Otra dificultad encontrada fue la de llegar a tener un grado de confianza con Ana, que facilitara el acercamiento mutuo, para que ella relatará sin temor alguno su historia;

conjuntamente a ello, existía cierto temor de parte de las entrevistadoras en que se pudieran sobrepasar los límites de la confianza que la protagonista había depositado en las personas con las que se entrevistaba, con el temor así de que se tocaran temas o hicieran preguntas, que muchas veces surgían de la curiosidad y el deseo de conocer, que pudieran herir su sensibilidad.

De igual manera, se enfrentó un nuevo dilema, ahora con respecto a las instituciones educativas, los docentes, los rectores y los administrativos, quienes eran reacios a suministrar información sobre el tema, ya que se veían confrontados y, aún más, carentes de conocimientos en cuanto a inclusión educativa, con temor a verse juzgados al no contar con herramientas para brindar educación de calidad a los estudiantes que necesitasen de un requerimiento especial en su formación. Así mismo, fue evidente la carencia de un Plan de estudios que integrara a quienes tienen necesidades educativas especiales con los niños regulares, que fuese capaz de solventar y brindar una educación y formación integral.

Finalmente, se considera que *Encrucijada* ha dado la oportunidad de conocer no solo las leyes que apoyan y acogen a las personas en situación de discapacidad, sino que abrió las puertas para conocer cara a cara la realidad que muchos niños, jóvenes e incluso adultos deben vivir en su día a día, como para, en la medida de lo posible, llegar casi a sentir lo que ellos sienten, llegar casi a pensar como ellos piensan, lo que posibilitó quitarse una venda de los ojos para entender que no existe la discapacidad como inutilidad sino como personas con capacidades especiales, que establecen su diferencia.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR MONTOYA, Gilda. Del exterminio a la educación inclusiva: una visión desde la discapacidad. [V Congreso Educativo Internacional: De la educación tradicional a la educación inclusiva. Universidad Interamericana, jul., 2004]. Recuperado de: www.inclusioneducativa.org/content/.../PROCESO_HISTORICO.doc

AIRA, César. *Cumpleaños*. Barcelona: Artes gráficas Huertas, 2001.

ÁLVAREZ, Gabriela Fernanda. *Los relatos de tradición oral y la problemática de su descontextualización y su re-significación en contexto escolar*. [La Plata: Universidad de la Plata, 2011; Tesis]. Recuperado de: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.746/te.746.pdf>

ÁVILA BABATIVA, María Andrea y MARTÍNEZ MURCIA, Ana Carolina. *Narrativas de los y las docentes sobre la Inclusión de niños y niñas con discapacidad en primera Infancia en el Jardín infantil Colinas y el Instituto de Integración Cultural (IDIC)*. [Bogotá: UPN, 2013]. Recuperado de: http://www.taosinstitute.net/Websites/taos/images/ResourcesNoteworthySpanish/_vila_y_Mart_nez_NARRATIVAS_DE_DOCENTES_FRENTE_A_PROCESOS_DE_INCLUSI_N.pdf

BARTHES, Roland. *Variaciones sobre la escritura*. Barcelona: Paidós, 1993.

BLANCHOT, Maurice. *El libro por venir*. Madrid: Editorial Trotta, 2005.

BRETONES PEREGRINA, Eva; SOLÉ BLANCH, Jordi; GONZÁLEZ ALBERICH, Neus; ROS NICOLAU, Pep. Historias de vida y educación social: una experiencia de investigación y formación. [*Tendencias pedagógicas*. No. 24, 2014, p. 71-84; Universitat Oberta de Catalunya]. Recuperado de: [http://www.tendenciaspedagogicas.com/Articulos/2014_24_07 .pdf](http://www.tendenciaspedagogicas.com/Articulos/2014_24_07.pdf)

CAICEDO, Andrés. *El cuento de mi vida*. Bogotá: Norma, 2008.

CARRETEIRO, Teresa Cristina. Historia de una vida, historia de una sociedad de exclusión. [*Perfiles Latinoamericanos*, No. 21, dic., 2003, pp. 11-33]. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11502102>

CHÁRRIEZ CORDERO, Mayra. Historia de vida: una metodología de investigación cualitativa. [*Griot*. Vol. 5, No. 1; dic., 2012; p. 50-67; Universidad de Puerto Rico]. Recuperado de: <http://revistagriot.uprrp.edu/archivos/2012050104.pdf>

COTÁN FERNÁNDEZ, Almudena. *Investigación-participación e Historias de vida, un mismo camino*. Recuperado de: http://www.fpce.up.pt/iii/jornadashistoriasvida/pdf/2_Investigacion-participacion%20e%20Historias%20de%20vida.pdf

DUCHESNE WINTER, Juan. *Comunismo literario y teorías deseantes*. La Paz: Plural editores, 2009.

ECHEITA SARRIONANDIA, Gerardo. Inclusión y exclusión educativa. De nuevo “Voz y quebranto”. [*Reice*. Vol. 11, No. 2, 2013; p. 99-118]. Recuperado de: https://www.uam.es/personal_pdi/stmaria/sarrio/DOCUMENTOS,%20ARTICULOS,%20PONENCIAS,/INCLUSION%20Y%20EXCLUSION%20EDUCATIVA.%20DE%20NUEVO%20VOZ%20Y%20QUEBRANTO.%20GERARDO%20ECHEITA.%204.pdf

ESPEJO, Roberto. Historia de vida, investigación y crítica existencial. [*Cuestiones pedagógicas*. No. 20. 2009/2010; p. 69-90. Universidad de Sevilla]. Recuperado de: http://institucional.us.es/revistas/cuestiones/20/art_04.pdf

FERRAROTTI, Franco. Las historias de vida como método. [*Convergencia: Revista de ciencias sociales*. Vol. 14, No. 44; may.-ag., 2007; p. 15-40]. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10504402>

GALEANO PATIÑO, Gerson Daniel. *Un, dos, tres por mí; un, dos, tres por cuatro madres comunitarias*. [Pasto: Universidad de Nariño/Licenciatura en Filosofía y Letras, 2008. (Trabajo de Grado)]. Recuperado de: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=75023>.

GARCÍA MORENO, Silvia Helena. *Relato de un encuentro entre palabras*. Medellín: Artes y letras, 2006.

GONZÁLEZ MONTEAGUDO, José. Las historias de vida. Aspectos históricos, teóricos y epistemológicos. [*Cuestiones pedagógicas*. No. 12; 1996; p. 223-242; Universidad de Sevilla]. Recuperado de: http://institucional.us.es/revistas/cuestiones/12/art_17.pdf

HERNÁNDEZ, Fernando; SANCHO, Juana María y RIVAS, José Ignacio. *Historia de vida en educación: biografías en contexto*. (coords.) [Barcelona: Esbrina-Recerca, 2011]. Recuperado de: <http://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/15323/7/Historias%20de%20vida%20en%20Educaci%C3%B3n.%20Biografias%20en%20contexto.pdf>

Historias del cielo y del infierno: La desaparición de Fanny. Recuperado de: <http://historiasdelcieloyelinfierno.blogspot.com/2011/12/la-desaparicion-defanny.html>

KAPLAN, Karina V. y GARCÍA, Sebastián. *La inclusión como posibilidad*. [Buenos Aires: MECT, 2006]. Recuperado de: <http://www.porlainclusion.educ.ar/documentos/modulo3mail.pdf>

KRICHEKY, Marcelo (coord.). *Escuela y comunidad. Desafíos para la inclusión educativa*. [Buenos Aires: MECT, 2006]. Recuperado de: http://www.porlainclusion.educ.ar/documentos/Modulo5_Krichesky_FINAL.pdf

MEJÍA DUQUE, Jaime. *Literatura y realidad*. Medellín: Oveja negra, 1976.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL, REPÚBLICA DE COLOMBIA. *Decreto 366 del 9 de febrero del 2009*. Recuperado de: http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-182816_archivo_pdf_decreto_366_febrero_9_2009.pdf

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL, REPÚBLICA DE COLOMBIA. *Fundamentación conceptual para la atención en el servicio educativo a estudiantes con Necesidades Educativas Especiales – NEE Guía*. Recuperado de: http://redes.colombiaprende.edu.co/foro_gestion/sites/default/files/FUNDAMENTACION%20CONCEPTUAL%20Necesidades%20Educativas%20Especiales.pdf

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL, REPÚBLICA DE COLOMBIA. *Orientaciones pedagógicas para la atención educativa a estudiantes con discapacidad cognitiva*. Recuperado de: http://www.colombiaprende.edu.co/html/micrositios/1752/articles-320691_archivo_5.pdf

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL, DIRECCIÓN DE POBLACIONES Y PROYECTOS INTERSECTORIALES. *Lineamientos de política para la atención educativa a poblaciones vulnerables*. Recuperado de: http://www.oei.es/quipu/colombia/politica_vulnerables.pdf

MORIÑA DÍEZ, Anabel. Vulnerables al silencio. *Historias escolares de jóvenes con discapacidad*. [*Revista de Educación*, No. 353. Sept.-dic. 2010, pp. 667-690]. Recuperado de: <file:///C:/Users/MiPc/Downloads/0fcfd50ebdeb3bf047000000.pdf>

PASCUAL BAÑOS, Carmina. La historia de vida de una educadora de profesores de educación física: su desarrollo personal y profesional. [*Ágora para la EF y el Deporte*. No. 2-3;

2003; p. 23-38; Universidad de Valencia]. Recuperado de: http://www5.uva.es/agora/revista/2/agora2_2_carminabanos.pdf

PÉREZ LÓPEZ, Ruth. Relatos de vida: itinerarios de inclusión y exclusión social, (pp. 93-110), en: Norma Del Río Lugo y Ricardo Fletes Corona (coords.). *Los efectos de la crisis globalizada en los procesos de exclusión social de la infancia y juventud latinoamericana y del Caribe*. [México: UAM-X, 2011]. Recuperado de: <http://www.uam.mx/cdi/pdf/publicaciones/efectos/relatos.pdf>

PONTONES DÍAZ, Mónica y GUTIÉRREZ MORA Luis Ariosto. *Significados, creencias, percepciones y expectativas de la formación universitaria de los estudiantes en situación de reclusión*. [México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2010]. Recuperado de: http://www.uacm.edu.mx/uacm/Portals/12/Investigacion/Inv_SIGNIFICADOS_CREENCIAS_PERCEPCIONES.pdf

PORTELA PRUAÑO, Antonio; NIETO CANO, José Miguel y TORO SORIANO, Manuela. *Historias de vida: Perspectiva y experiencia sobre exclusión e inclusión escolar*. [*Profesorado*. Vol. 13, No. 3, 2009]. Recuperado de: http://www.ugr.es/~recfpro/rev_133ART8.pdf

RESTREPO GÓMEZ, Bernardo. Conceptos y aplicaciones de la investigación formativa y criterios para evaluar la investigación científica en sentido estricto. Recuperado de: http://www.cna.gov.co/1741/articles-186502_doc_academico5.pdf

ROJAS LATORRE, Ana Constanza. *Una mirada de piel. Texturas de la mujer en la ciudad de Pasto*. [Pasto: Universidad de Nariño/Licenciatura en Filosofía y Letras, 2009. (Trabajo de Grado)]. Recuperado de: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=80406>.

ROSERO, Evelio. *La carroza de Bolívar*. México: Tusquets, 2012.

ROVIRA Sánchez, Amparo. El papel del lector visto por algunos teóricos de la literatura. [*Semiosis*; en.-jun., 1990, p. 129-145. México: Universidad veracruzana]. Recuperado de: <http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/6393/1/199024P129.pdf>

VALLONE, Miguel G. *Experiencias pedagógicas: voces y miradas. Estrategias y materiales pedagógicos para la retención escolar*. [Buenos Aires: MECT, 2005]. Recuperado de: http://www.porlainclusion.educ.ar/documentos/Voces_y_miradas.pdf

VILLA GÓMEZ, Juan David. *Memoria, historia de vida y papel de la escucha en la transformación subjetiva de víctimas/sobrevivientes del conflicto armado colombiano*. Informe sobre el trabajo [AGO-USB. Vol. 40, No. 1, Medellín, en.-jun. 2014, pp. 37-60] Recuperado de: <http://web.usb-med.edu.co/usbmed/elagora/htm/v14nro1/pdf/MEMORIA-HISTORICA-JUAN-DAVID.pdf>

WELLEK, René; WARREN, Austin. *Teoría literaria*. Trad. José M. Gimeno. Madrid: Gredos, 1981.

ENCRUCIJADA

PRIMERA PARTE

ALBOR

1

Sabían que el cuerpo humano solo puede soportar cuarenta y cinco unidades de dolor, pero, en el momento del parto, una mujer puede soportar hasta cincuenta y siete unidades de dolor, lo que es semejante a veinte huesos rotos a la vez. Es sorprendente cómo una mujer es capaz de sobrellevar tanto dolor en su cuerpo al traer al mundo un nuevo ser, pero debe ser aún más doloroso saber que este pequeño no era algo que correspondiera a lo que se deseaba; como la mayoría de embarazos adolescentes, no me planearon.

Sí, todo inició aquel primero de julio del 2005, cuando, por órdenes superiores, Miguel tuvo que viajar hasta un pueblo remoto, perdido en las montañas del norte nariñense, pues era un obrero que, junto a sus padres y hermanos, se encargaría de construir el acueducto de aquel hermoso pero abandonado pueblo, que parecía un paraíso engalanado de gigantescas y enramadas plantas en medio de flores y mariposas de colores. ¿Qué podría pasar? Todo era asunto de cumplir con el deber asignado y volver nuevamente a casa y seguir la vida como siempre lo había hecho, sí, pues era apenas un adolescente que vivía con sus padres, don Roberto, un hombre ya cansado y agotado del trasegar de su cotidianidad, y Mercedes, una mujer sumisa, la que, a pesar de ser una madre dedicada y abnegada, desde niña había tenido que cargar con una marcada carencia de sus facultades intelectuales, lo que no le había impedido ser una madre amorosa, tierna y entregada a su hogar.

Miguel era el cuarto de seis hijos, con estudios secundarios y con un gran deseo de conocer el mundo y disfrutar de su vida y su libertad, como cualquier adolescente; quizá nunca imaginó que su paso por este pequeño e insignificante pueblo cambiaría su vida para siempre.

Salomé, una bella joven, de apenas diez y ocho años, a quien le gustaba la diversión y dedicarse tiempo para sí misma, que hacía tan solo un mes se había recibido como bachiller, anhelaba, al igual que sus padres, continuar una carrera universitaria, que le permitiera vivir de la manera que siempre había deseado y darse todos los gustos que siempre había soñado. Sus padres, Jorge y Alicia, eran personas muy conocidas, respetadas y medianamente acomodadas de su pueblo, que se dedicaban a trabajar de manera independiente, para dar a sus tres hijas todo lo que añoraban.

Los preparativos para la partida de Salomé estaban casi listos; ella viajaría hasta la ciudad capital, donde realizaría sus estudios en enfermería superior; en el transcurso de este tiempo, entre un preparativo y otro, llegaron a su pueblo los obreros que adelantarían el trabajo en la adecuación del acueducto, entre los cuales se encontraba Miguel. Las muchachas del pueblo estaban muy entusiasmadas con la llegada de estos trabajadores, a quienes todas querían conocer, en especial a Miguel, que era el más atractivo; Salomé no fue la excepción; obviamente, todas no podían estar con él, debía haber una ganadora y, así, Salomé y su mejor amiga, Ximena, hicieron una apuesta: ¿cuál de ellas lograría conquistarlo?

¿A que no saben cuál fue la vencedora de la apuesta?; pues sí, fue ella, fue Salomé: el día en que ella decidió conquistarlo, para ganar la apuesta, se engalanó con sus mejores prendas, dispuesta a no dejar que Ximena saliera victoriosa de aquella inocente travesura que, para las dos tan solo era un juego, de muchachas y de amigas, que luego sería motivo de risa y burla o quizá quedaría perdido en el más vago de los recuerdos.

Como sucede en todo pueblo, las muchachas esperaban ansiosas el fin de semana, para salir a divertirse en *El punto latino*, la discoteca. Era sábado en la noche y Salomé estaba lista para salir en búsqueda de lo que ella consideraba una nueva victoria, como tantas otras que había logrado; llevaba puesto un hermoso vestido rojo que dibujaba su esbelta y atractiva figura, que hacía juego con su delicada y tierna piel, que dejaba al descubierto parte de sus sensuales muslos; sus labios perfectamente delineados hacían juego con el rojo de su vestido; sus ojos negros y profundos, correctamente perfilados, dejaban al descubierto una mirada coqueta, que encantaba y cautivaba a cualquiera que la miraba.

Llegadas las nueve en punto de la noche, Salomé salió de su casa directamente a la discoteca, pues sabía que allí lo encontraría; al llegar a la puerta, decidió subir las escaleras muy lenta y sensualmente, con una sonrisa plasmada en su rostro, muy cautelosa y picarona; fijó su mirada exactamente donde él estaba y vio que compartía con unas personas que, después lo supo, eran sus hermanos, tras una larga jornada de trabajo, ya que también ellos habían decidido salir y disfrutar de los placeres que la vida les ofrecía en ese momento; él siempre fue guapo; su contextura alta y atlética refería el cuidado que siempre había tenido de su cuerpo; aquel día vestía una camiseta y unos bluyines ceñidos que marcaban sus músculos, labrados por el cuidado y el trabajo que hacía a diario, que él consideraba su mayor atractivo para conquistar a las muchachas, además de su sencillez y su gran habilidad para hablar, de la que gozaba a la hora de conseguir lo que se había propuesto.

Miguel veía su reloj ansioso, pues, presentía que Salomé y Ximena pronto llegarían para ir a su encuentro; en su interior, sabía que esa era la oportunidad para conseguir algo con una de las dos y, ¿por qué no?, a lo mejor podía conquistarlas a ambas. Mientras lo pensaba, vio que Salomé, hermosa y perdida entre la gente, se le acercaba, por lo que de inmediato sintió una fuerte agitación en su corazón y, con mucha caballerosidad, salió a su encuentro, la tomó de la mano, la besó delicado en las mejillas y, con los ojos fijos en los de ella, la invitó a que siguiera hasta su mesa.

Después de un corto cruce de palabras, vieron que Ximena, muy arreglada y sonriente, se les aproximaba; Salomé tenía en su mente que debía ganar la apuesta que había hecho con su amiga, así que decidió mostrarle sus habilidades de bailarina, pues sabía que le haría ganar puntos con él y, en verdad, así fue, además de que era una muchacha divertida y extrovertida, lo que a él le llamaba mucho la atención; por el contrario, Ximena, aunque atractiva, era algo seria y se le dificultaba entablar alguna relación, lo que era un punto más a favor de Salomé; ella lo sabía y, sí, aprovechó lo que estaba a favor suyo y en contra de su amiga.

Aquel día, Miguel y Salomé bailaron hasta el amanecer y lo que había empezado como un juego tomó un rumbo diferente en el momento cuando se dieron su primer beso, mientras bailaban; cuando terminó todo, él decidió que la acompañaría, dieron una breve caminata por el pueblo hasta cuando llegaron a su casa y no partió hasta cuando escuchó de sus labios la promesa de que volverían a verse al día siguiente. Así transcurrió una semana, entre visitas a escondidas, hasta cuando, finalmente y aún que llena de dudas, tomó la determinación de darle el sí a la petición insistente de que aceptara ser su novia; ella sabía que eso no iba a llegar muy lejos, pues ella pronto iba a viajar para iniciar sus estudios universitarios, además de que su padre no iba a permitirle que tuviera una relación formal con Miguel, por lo que su noviazgo siempre fue a escondidas de sus padres.

El tiempo pasó y, al cabo de dos meses, los dos se sabían muy enamorados; por situaciones del destino y quizá de las desenfrenadas muestras de cariño, su amor se consumó sin mayor amparo que el de saber que iba a ser eterno; juraron quererse y amarse más allá de lo humanamente posible, como suele pasar con todas las promesas de los amores juveniles, pero llega el momento cuando la realidad es mucho más fuerte que el mundo de fantasía que se crea para escapar de aquellas cosas que afligen a los seres humanos, la verdad estaba al frente.

Así que, en el momento en que supieron sobre mi existencia, se suscitó la tristeza y la angustia al no saber cómo proceder: ¿acaso cómo se debía actuar ante esta noticia, al ser una joven de diez y ocho años, qué le iban a decir sus padres, cómo iba a salir adelante con esta situación, dónde partirían sus sueños de ir a la universidad? Las reacciones y pensamientos eran justos para su zozobra, pero, como antes ya lo habían visto, era una guerrera que, a pesar de las críticas que sabía que vendrían, siguió adelante con su instinto materno, en busca de la forma más adecuada para salir adelante con este nuevo destino, mientras que él, aunque aparentaba una gran alegría, en su interior, al parecer, buscaba la forma de evadir la situación, no quería que la comunidad lo viera mal porque la abandonaba, pero tampoco quería que este desliz se le llevara toda su juventud y, con esto, la vida; a él aún no se le había pasado por la cabeza la idea de ser padre; con tantas cosas como tenía en la mente sobre su futuro y lo grande que sería en su negocio familiar, no había espacio para que asumiera la responsabilidad de tener y responsabilizarse de una familia.

Salomé contaba con su hermana Mariana, que era su confidente y amiga, y cuando supo que un nuevo ser llegaría al mundo, a ella la enteró primero de su existencia, para preguntarse ¿qué iba a hacer?, ¿cómo se lo diría a sus padres?, pues ahora todo era confuso, cualquier decisión que tomara afectaría para siempre su vida; ¿abortar sería la mejor opción? Esta fue una de las salidas que las hermanas contemplaron, pero no, pues sus creencias religiosas no permitirían que acabara con la vida de un ser que apenas se gestaba en el vientre materno, pero, entonces, ¿qué iba a hacer? Una vez enterada, esto se lo preguntaban una y otra vez. Finalmente, decidieron que lo mejor sería que el bebé llegara a la vida y que debía enfrentar la reacción que tendría su padre, además del dolor que sabía que le iba a ocasionar; por otro lado, consideraba que sus anhelos de estudiar una carrera

universitaria quedarían atrás o quizá se aplazarían por algún tiempo, mientras se daban las cosas favorables y pudiera retomar su vida.

Desafortunadamente para ella, Mariana tenía que regresar a la ciudad a continuar sus estudios, pues estaba próxima a recibir su título como doctora, ¡qué angustia!, ¡qué zozobra! sentía al saber que sola debería enfrentar la reacción de sus padres cuando se enteraran de lo que le había ocurrido; su hermana la animó mucho al decirle que se estarían comunicando para saber qué había pasado y que, además, podía contar con ella para lo que necesitara; llegó el día en el que les iba a contar a sus padres lo que le estaba ocurriendo; primero se lo dijo a su madre y, aunque su reacción fue de dolor y decepción, al fin le ofreció todo el apoyo que le podía dar, como madre suya que era; ahora había llegado la parte más difícil, contárselo a su padre.

Salomé se apoyó en su madre, para que ella le diera la noticia de que pronto sería abuelo; eran las seis y media de la tarde, hora en la que se reunían para cenar; él llegó muy cansado y con bastante apetito; las dos se miraban una a otra, mientras ponían la mesa; después de haber cenado, el ambiente se sentía un poco tenso, pero ya no se podía dar marcha atrás, había llegado la hora. Alicia, la madre, se sentó junto a su esposo y le dijo, suavemente: “Salomé está embarazada”. Él, de inmediato, giró la cabeza hasta donde estaba sentada su hija y la miró con una profunda decepción, con rabia, con desasosiego, y sintió que el mundo se le venía encima, pero no dijo nada, guardó silencio; mostró una expresión de rechazo y se retiró a descansar; desde aquel momento, todo en la casa quedó en silencio.

Al día siguiente, él, muy desilusionado, pero al haber analizado las cosas con calma durante la noche, pensó que lo mejor sería bríndale apoyo a su hija, así que decidió sentarse junto a ella y hablar sobre lo que solo hacía unas horas le había destrozado el corazón, pero mostró que su amor de padre era más fuerte que la desilusión y el desencanto que embargaban su ser. Le preguntó sobre quién era el padre de aquella criatura que llevaba en su vientre; ella, cabizbaja y con la mirada fija en el piso, le contestó: “es de uno de los muchachos que está haciendo lo del alcantarillado”; el vacío que Jorge sentía en su corazón se acrecentó después de escuchar aquellas palabras; molesto, triste y, a la vez preocupado, se quedó mirándola y le dijo que debía contarle, en seguida, al joven lo que estaba pasando, pues temía que se marchara y evadiera su responsabilidad.

Ella lo miró con cariño y con dulce voz le dijo que no había nada que temer, pues sabía que Miguel la amaba como ella a él; aunque lo que había pasado era algo inesperado también había sido producto del amor que se profesaban; que su relación llevaba algunos meses, pues todo había sido a sus espaldas, por temor a su reacción. Con mirada tierna, él miró a su hija, la abrazó fuerte contra su pecho y le dijo:

—Cuentas conmigo, hija.

Ella le respondió:

—Gracias, papá.

Para terminar la conversación, él le dijo que no se olvidara de hablar pronto con su novio, que ella sabía que, por aquellos días, no se encontraba en el pueblo, pues había salido a la ciudad para adquirir algunos materiales que necesitaba para continuar con la construcción en la que estaba empeñado.

Todo, al parecer, estaba en calma en casa de la familia, pero el padre, en su interior, pensaba: ¿Por qué el novio no llegaba de su viaje? Constantemente se lo preguntaba a su hija y aunque ella siempre le daba una respuesta para tranquilizarlo, en sus adentros temía que algo malo pudiera estar pasando. Al fin, después de quince días de viaje, el novio llegó al pueblo, lo que la alegró y tranquilizó y, para atender el pedido de su padre, esa misma noche, un poco nerviosa, pero en el fondo feliz, salió a encontrarlo en el lugar donde se hospedaba; estaba hermosa, como la primera vez que sus miradas se cruzaron; la noche sería especial; al llegar a su hospedaje, se le abalanzó con gran cariño; él, entusiasmado, rodeó su cintura con sus fuertes brazos y le dijo al oído que la amaba y lo mucho que la había extrañado; ella sentía que su cuerpo temblaba; con voz entrecortada y buscando en su mente las mejores palabras para contarle lo que estaba ocurriendo, le dijo que debía saber algo; él no quería oír nada, solo perderse en su mirada, contemplar su belleza y sentir los latidos de su corazón, no permitiría que ella hablara, pero en esta situación y sin espera alguna, oyó lo que ella le dijo: “Seremos padres muy pronto”. Un frío estremecedor le recorrió el cuerpo; con lentitud se alejó de ella y se dejó caer en una silla que estaba cerca, su rostro palideció y permaneció callado por unos segundos.

—¿Qué dices? ¿Estás segura? ¿Cómo pasó? ¿Qué voy a hacer? —Estos y muchos otros interrogantes expresó, desconcertado, preocupado y nervioso. Ella, extrañada por esta reacción, estalló en llanto; no se explicaba qué estaba pasando; él, aunque desconcertado, reaccionó ante el llanto, se acercó, la tomó de sus manos y le acarició su mejilla.

—No te preocupes; estamos juntos en esto, te voy a ayudar. —Estas palabras habían logrado, aunque por un momento, llevarles algo de calma.

Al cabo de unas horas, ya tranquila, Salomé regresó a su casa, acompañada por él, pues juntos habían acordado que, al día siguiente, hablarían con la familia para formalizar su relación; de regreso, Miguel pensaba en qué haría ahora, pues no se sentía preparado para ser padre, pero tampoco podía abandonar a su suerte a la madre de su hijo; al fin y al cabo, en verdad la amaba, pero todo era confuso. En cambio, para ella, al parecer, aquel momento era de felicidad, pues contenta llegó y le dijo a su madre que, al día siguiente, debía preparar un delicioso almuerzo, pues él almorzaría con ellos, lo que, de alguna manera, alegró a sus padres.

Al llegar el momento esperado, él llegó a casa, donde Salomé, sonriente, lo presentó a su familia, cuyos miembros, a pesar de todo, lo acogieron de manera respetuosa, aunque su padre no podía disimular por completo el disgusto que le había provocado su alocada e irresponsable actitud. Todos disfrutaron del almuerzo hasta cuando llegó el momento cuando él tomó la palabra y les pidió a los padres le permitieran visitarla en su casa y tener una relación formal, que le autorizan; total, muy pronto los jóvenes serían padres, y los

padres serían abuelos, ante lo que los padres de Salomé accedieron, sin mayor resistencia, pues lo único que deseaban era lo mejor para su hija y, en aquel momento, esa era la mejor opción que ella tenía.

2

Pasados tres meses, la construcción del acueducto llegó a su fin y, como era de esperarse, Miguel y su familia debían regresar pronto a la ciudad, pues tenían nuevos compromisos que cumplir. ¿Qué pasaría en adelante? El amor de la joven pareja se había fortalecido, pero él no podía quedarse; ahora, debía seguir trabajando para sostener a su nueva familia. A pesar de su edad, Salomé comprendía la situación que debía enfrentar, separarse de él por algún tiempo, y no puso ningún inconveniente, pues entendía que esta era una separación temporal; su comunicación y relación continuaría a través de la distancia; él estaría pendiente de ella y la visitaría cada vez que estuviera en sus posibilidades hacerlo. Así pasaron algunas semanas y él había cumplido su palabra, pero ella no quería continuar en su pueblo; había elegido salir a la ciudad, donde viviría con su hermana, quien le había ofrecido su apoyo, de modo que preparó todo para su viaje; su madre se llenó de una honda tristeza al saber que tenía que alejarse de su hija, pero también la respaldó en su decisión, después de haber fracasado en sus varios intentos por persuadirla de que abandonara su elección.

Así, llegó el día en que ella dejó su pueblo por vez primera; su hermana la estaba esperando entusiasmada, pues ya no estaría sola en la gran ciudad; Salomé sería su compañía y Mariana la recibió en su casa y, pocos días después, empezaron juntas a buscar trabajo, pero fue muy difícil, ya que nadie quería emplear a una mujer embarazada. Mariana tenía algunas amistades, entre las cuales se encontraba Adriana, una profesora de cuarenta y cinco años, conocida por su amabilidad y espíritu de servicio, que conoció la situación por la que atravesaba Salomé y le dijo a Mariana que la llevara, para que trabajara en su casa, claro que sería en los quehaceres del hogar; este era un trabajo duro para alguien que lo había tenido todo en la vida, pero, en su situación, ameritaba aceptarlo; igual, las dos hermanas asumían que esto sería temporal y, pues, ayudaría en los gastos que, en adelante, cada vez serían mayores.

Al día siguiente, después de haber comentado y analizado todo sobre el nuevo trabajo, las dos llegaron a casa de la profesora; ella, sonriente y cortés recibió a las hermanas, les ofreció un espumoso y humeante chocolate, para que espantaran el frío que hacía en aquel momento, cuando una fuerte lluvia no dejaba de caer; Salomé temblaba intensamente, pues no estaba acostumbrada a ese frío abrumador de la ciudad; en su pueblo, siempre había gozado del sol veraniego, que asomaba cada mañana en su ventana y se ocultaba cuando caía la noche. Adriana le explicó cuáles serían los oficios que debía desempeñar en su casa: debía ocuparse de preparar los alimentos, del aseo general de la casa y del lavado de

la ropa, que se hacía en una lavadora; su hora de llegada sería a las siete de la mañana y saldría a las seis de la tarde, de lunes a sábado; el domingo sería su día de descanso, para que lo pasara en compañía de su hermana; Salomé aceptó con gusto y acordaron que iniciaría al día siguiente; pasadas algunas horas, la lluvia fue cediendo, para dar paso a unos tenues rayos de sol, que asomaban y permitían que las dos jóvenes se despidieran y regresaran a su casa.

Llegó su primer día de trabajo y ya debía lidiar con los síntomas de su embarazo que, aunque habían disminuido un poco, aún no desaparecían totalmente, además del traumático primer día de labores; finalizada su jornada, estaba exhausta, sentía que no podía más y, por un momento, pensó en no volver, pero sabía que no podía darse el lujo de abandonar su trabajo en ese momento, así que decidió ser fuerte y continuar hasta que su estado se lo permitiera. Trascurrido un mes de haber dejado su pueblo y estar en su trabajo, al fin había logrado acoplarse a las labores que debía realizar, había adquirido destreza en su desempeño, ya no le eran tan difíciles como la primera vez, aunque su barriguita había crecido y le pesaba cada vez más, pero, a pesar de todo esto, extrañaba su casa, a sus padres, sus amigas, extrañaba la frescura del campo y la agitación de los árboles con el paso del viento; extrañaba el trinar de los pájaros cuando llegaba la mañana, el aire fresco y puro que acariciaba su rostro cada día; lo cierto era que no había logrado acoplarse al ruido y el trajín de la ciudad; solía encerrarse en su habitación, se acostaba en su cama, cerraba sus ojos e imaginaba que estaba aún en su querido pueblo, con sus sueños de niña inquieta, que anhelaba volar cual ave libre, sin que hubiese obstáculo alguno que lo impidiese; entonces, sus ojos se humedecían de inmediato y las lágrimas corrían por sus mejillas, cuando despertaba y volvía a la realidad que ahora vivía, pero nunca permitió que su hermana se enterara de lo que le ocurría; Mariana siempre creyó que su hermana era feliz en su nueva situación.

Así pasaron los días, las semanas y la criatura en el vientre crecía, pero junto a ello crecían también las dificultades para las dos hermanas, pues debía asistir a su control de embarazo mensual, además de una cantidad de exámenes y citas médicas con las que debía cumplir debido a su estado, lo que le tomaba gran parte de su tiempo, aun del que ella debía dedicar a su trabajo; por su parte, Mariana también debía hacer muchos esfuerzos por su hermana, pues ella no conocía bien la ciudad donde residía, por lo tanto era debía llevarla y acompañarla a los sitios que debía visitar.

En este ir y venir de esfuerzos, dificultades y satisfacciones, fueron pasando los meses y ella continuaba en su trabajo, aun con la barriga que ya, casi en su noveno mes, había aumentado; ahora se sentía tranquila y contenta después de tanto tiempo lejos de su hogar, pues se pasaba el tiempo sintiendo los golpecitos que su bebé muy seguido le daba y los dolores que, por momentos, le avisaban cuando el bebé quería hacer sentir sus piececitos y sus manitos; se la pasaba pensando en cuál sería el nombre que le daría a su hijo o a su hija, pues aún no sabía de qué sexo era y esto la llenaba de mucha ilusión; había cambiado sus lágrimas por una sonrisa y sus pensamientos tristes cuando se ponía a imaginar cuál sería el

futuro que deseaba y le daría a su hijo; había dejado de lado su egoísmo de pensar solo en sí misma, pues comenzaba a entender que ahora eran dos, y debía pensar y vivir por los dos.

Llegado el noveno mes y, más preciso, el día en el que daría a luz, se levantó tranquila aquella mañana, se arregló para estar muy bonita, como lo hacía de costumbre, y se marchó a su trabajo; allí desarrolló todas sus labores cotidianas, aunque no con la misma disposición que siempre lo hacía, pues, al estar sentada y tomar su almuerzo sintió un leve dolor en su espalda, al que no le dio gran importancia, ya que era muy normal en su estado y, además, el cansancio ya se dejaba notar, por lo que, luego de terminarlo, continuó con las tareas que aún tenía pendientes. En el momento en que estaba por concluir con su actividad, empezó a sentir unos dolores muy fuertes, que eran poco constantes pero de gran intensidad y, a medida que el tiempo avanzaba, eran más seguidos; ahora, sabía que había llegado el momento y, angustiada por esta situación al verse sola, pensó que debía marcharse a su casa y hablar de lo que le pasaba a Mariana, y así lo hizo; al llegar a la puerta de su casa, sintió que por sus piernas corría un líquido, entonces se angustió mucho más y, sin saber qué hacer, solo se echó a llorar.

Con dificultad pudo entrar hasta la sala, donde sentada ante el escritorio estaba Mariana, muy concentrada en su trabajo de estadística, que debía entregar a la mañana siguiente, la que, al darse cuenta del estado de su hermana, dio un salto y se lanzó hacia ella para interrogarla sobre qué le sucedía; ante la pregunta, solo pudo murmurar:

—El bebé ya viene. —Mariana trató de serenarse y serenar a su hermana; luego, se dirigió hasta su habitación, tomó el bolso que con anterioridad habían preparado para cuando llegara el momento, se cercioró de que en su billetera hubiera dinero, la tomó por su cintura e hizo que se apoyara en ella y salieron a tomar un taxi para que las llevara al hospital; para su infortunio, en aquella hora se desplegaba un tráfico incesante, lo que impedía que pudiesen avanzar con rapidez; Salomé solo daba gritos de dolor y anhelaba en su interior que todo pasara pronto.

Mariana pensaba en Víctor, ¿dónde estaría? Tendría que llamarlo, pues su hijo pronto iba a nacer; a pesar de que el sentimiento entre Víctor y Salomé había menguado y ahora no estaba presente en su vida, no desconocía que sería padre muy pronto. Finalmente, llegaron al hospital donde, con rapidez, la atendieron; pensó que todo había llegado a su fin; para su sorpresa, la llevaron a una sala de maternidad, donde debía esperar a que estuviera totalmente lista. El dolor era cada vez más intenso; entonces, en aquel instante recordó los consejos de su madre, algunos recursos que la ayudaran a aliviar su dolor y que facilitarían en algo su trabajo de parto. Al fin, la llevaron a la sala de parto, donde daría a luz; aquel día, o noche, debo decir, nací, por fortuna sin ninguna complicación y me recibieron en un hogar donde el cariño y el amor han sido elementos esenciales en mi vida. Soy Ana y sigo con mi historia.

Vi la luz por vez primera reflejada en la mirada de mi madre que, feliz, a pesar de lo agotada que se sentía no dejaba de mirarme, abrazarme, darme besos y decirme palabras, muchas palabras; de ahora en adelante, yo sería su felicidad. Mientras disfrutaba de mi

presencia, en la sala de espera estaba Mariana, mi tía, que había logrado comunicarse con mi padre, para que fuera al hospital con algunas cosas que le había pedido, claro, cosas para mí: pañales, ropa y dinero; había pasado muy poco tiempo y llegó emocionado; quería verme de inmediato; cuando supo que había sido una niña, una sonrisa se reflejó en su rostro y preguntó dónde estaba.

Junto con Mariana, entraron a la habitación donde estaba mi madre; él, lento y silencioso, se acercó a la cama, mi madre giró su cabeza, lo miró y se sonrió y dejó que pudiera verme; un poco torpe, pero con delicadeza, me tomó en sus brazos y me llenó de besos; podía sentir lo feliz que estaba de tenerme cerca. Estaba tan emocionado que, llegado el momento en que nos dieron de alta, mi papá quiso que nos fuéramos con él, pues dijo que, en su casa, estaríamos bien atendidas, con su cuidado y el de su madre; mi mamá pensó que eso sería lo mejor y aceptó sin más dilaciones.

3

La llegada a casa de mi padre, junto con mi madre, causó alegría; todos querían tenerme en sus brazos, podía sentir cómo cada uno expresaba su cariño y, aún más, el de mi abuela, a quien, al alzarme por primera vez, sus brazos empezaron a temblarle. Ella había preparado con anticipación una habitación para que mi madre y yo pudiéramos estar cómodas y ¿cómo no estarlo con tantas atenciones?, desde una bella pared pintada de rosa, hasta una cuna llena de muchos juguetes.

Mis padres, con delicadeza y precaución, se encargaban cada día de mis cuidados, de mi baño diario, el cambio de pañal; mi madre debía alimentarme; sí, en esto mi padre no podía colaborarle, pero todo el trabajo concerniente a mí lo compartían los dos. Los días pasaban rápidamente, yo crecía cada vez más y más, lo que emocionaba a todos en casa, pero, como siempre todo tiene un final, llegó el día en el que mi madre cumplió su tiempo de reposo y decidió volver junto a mi tía Mariana, pues ya se sentía nuevamente con fuerza y ánimo para continuar su vida; pese a todos los ruegos e intentos por detenerla y lograr que cambiara su decisión, ella no dio su brazo a torcer; al fin regresó junto a su hermana que, como siempre, tenía sus brazos abiertos, ahora para nosotras dos.

Mi tía, feliz de tenernos nuevamente con ella, se esmeraba para que pudiéramos estar holgadas y tranquilas, así ella tuviese que fatigarse un poco más; mi madre recobró su trabajo, para poder darme todo lo que ahora yo necesitaba, pero, infortunadamente, las cosas se pusieron un poco difíciles, pues yo demandaba más tiempo del que mi madre podía dedicarme debido a su trabajo y mi tía no podía quedarse siempre conmigo, pues debía asistir a recibir sus clases y atender sus demás ocupaciones; entonces, mi madre resolvió regresar a su hogar, a su amado pueblo, al lado de sus padres, ya que ella sabía que ahí seríamos felices. Después de haber consultado con mis abuelos y mi tía, llegamos de nuevo

al hogar materno, que mi madre tanto había extrañado y anhelado desde el día que lo había dejado atrás, para permitir que yo llegara a la vida.

Todo estaba igual como ella lo había dejado: los abrazos, el cariño y el calor de hogar en ningún momento se hicieron esperar; todos querían conocerme, abrazarme; yo estaba sorprendida e inquieta, pues todo era nuevo para mí, incluso hasta el clima, que era cálido. Me sentía incómoda, pero mi madre estaba feliz, a todos los abrazaba, con todos hablaba y sonreía; en aquel momento, ella había alcanzado su felicidad. Poco a poco pude acoplarme a los cambios; en realidad, no era complicado para mí y, además, en todos lados se respiraba amor. Por vez primera conocí la naturaleza, el murmullo y agitación de los árboles con el paso del viento, las flores con sus múltiples formas y colores, el agua cristalina de un arroyuelo, las aves que, con sus hermosos conciertos matutinos, se asomaban a la ventana de nuestra habitación, era hermoso, todo era hermoso. Mi madre podía pasar todo el tiempo conmigo, después de ayudar a mi abuela Alicia en los quehaceres de la casa; de vez en cuando tomábamos una siesta juntas, después de almorzar y despertábamos con las mejillas rosadas a causa del abrigo que nos dábamos la una a la otra.

No se puede negar que como cualquier niño pequeño la aventura es la premisa diaria, siempre en la exploración, la prueba y la búsqueda, aunque los resultados acarreen problemas. Mi madre, al saber poco sobre el arte de la crianza cometía algunos errores, entre ellos el de no tener paciencia para confrontar y asimilar de la manera más adecuada algunos de mis actos.

A causa de mis travesuras, tengo algunas historias que contar, como la vez que, por querer conocer una construcción que estaban adelantando en la casa de mis abuelos, que se destinaba para cimentar el levantamiento del segundo piso, vi que en el lugar había un plástico que cubría algo celosamente; mi curiosidad fue más fuerte que las advertencias de que no me acercara y fui hasta ahí, di unos cuantos pasos y, al pisar sobre el plástico, al no haber piso, caí con fuerza y me golpeé fuertemente la cabeza y quedé acostada en el suelo por un tiempo que, para quienes me vieron caer, fue eterno; encima mío cayeron otras cosas que, al parecer, sujetaban el plástico, como unos ladrillos y algunas herramientas que estaban junto, las que por unos cuantos centímetros no me causaron mayor daño. Todos pensaron que había muerto, ya que no movía ninguna parte de mi cuerpo ni intentaba levantarme, pero, al poco tiempo, cuando el aire regresó a mí, me solté en llanto por el dolor que sentí por el golpe y por la conmoción de todos, que gritaban y corrían hacia mí.

Mi abuela, en el afán de ir por mí, chocaba con todo en el camino y, al rebuscar entre los escombros, me encontró y me cargó presurosa, mientras gritaba por ayuda a quien estuviese cerca, aunque solo logró ponerme en los brazos de mi madre, quien, desesperada, no paraba de llorar; mi abuelo, al oír el revuelo general corrió hacia donde estábamos y, al ver la escena y a mi abuela y mi madre en pánico, corrió a su carro y con premura me llevó al Puesto de salud, donde me atendieron de inmediato. Una doctora me vio; con calma, pero segura de lo que hacía, curó mis heridas y revisó que nada estuviera mal; ya que en el lugar

no contaban con equipos tecnológicos avanzados, algunas pruebas me realizaron con los medios con los que contaban y dejaron para después la realización de unos análisis más certeros. Al cabo de una hora, dejaron que entraran mis abuelos y mi madre a la habitación donde yo estaba, que se alegraron de verme bien y yo me alegré de verlos a ellos; juntos, oímos la noticia de que podía regresar a casa, bajo unos cuidados que mi abuela con gusto asumiría; regresamos a casa con tranquilidad y ahí, en adelante, cuidaron de mí. ¡Qué suceso!, ¿no?

Un nuevo episodio me ocurrió cuando yo apenas contaba con dos años de edad; ahora se trataba de mi madre, quien, a causa de una mejor oferta laboral, tuvo que viajar a otra ciudad, pues se había desempeñado, hasta ese momento como colaboradora de medio tiempo en un jardín infantil, claro, al que siempre me llevaba, donde yo era partícipe de todas las actividades que ahí hacían los niños; en las tardes, llegábamos a casa y mi madre elaboraba sombreros de paja, hechos a mano, pues esta era una de las actividades que ejercían las mujeres en la población pero que, en realidad, no se remuneraba muy bien, así que, al llegar esta nueva oferta de trabajo, donde el pago era significativamente mejor y que serviría para solventar gastos que cada vez se incrementaban en mi vida, pues necesitaba ropa, comida, además de que mis abuelos tenían deudas que habían contraído para que yo tuviese lo necesario y no era justo que ellos continuaran en esa situación, por lo que esa fue la única solución que mi madre vio para darle fin a todos esos problemas, así que se marchó y me dejó al cuidado de mis abuelos.

Habían pasado ya varios meses desde la partida de mi madre, pero ella siempre estaba en continuo contacto y al pendiente de mí, a través de las llamadas telefónicas que cada semana le realizaba a mi abuela y, además, periódicamente le giraba algo de dinero para solventar algunas de mis necesidades. Era tal el amor y los cuidados por parte de mis abuelos que, con rapidez, hicieron que la ausencia de mi madre no fuera tan notoria. Yo seguí asistiendo al jardín infantil, donde ya había hecho nuevos amigos, mi profesora cantaba hermosas canciones y todo lo que pasaba en el camino lo quería conocer, explorar, sentir. Así transcurrían todos mis días y yo era feliz; se acercaba la época decembrina y todos decían que pronto vería a mi madre de nuevo y que me traería muchos regalos, juguetes y ropa y yo la esperaba ansiosamente.

En familia, dimos inicio a la novena de aguinaldos, con adorno de la casa con luces e imágenes navideñas; un pesebre, grande lleno de juguetes y animales; mis abuelos cada día estaban a la espera de mi madre, pues quizás sentían que me habían ilusionado de más; era una tarde soleada del 24 de diciembre y la espera llegó a su fin, ya que mi madre apareció en la puerta de la casa cargada de maletas y regalos y a todos nos tomó por sorpresa; ella corrió hacia mí y me rodeó con sus brazos; sin tomarse un minuto de descanso, me bañó de inmediato y me puso ropa nueva, que me había traído; yo estaba muy contenta con mi nueva ropa y mis juguetes; entonces, todo volvió a la normalidad, con mi madre y yo juntas otra vez, no quería separarme un solo instante de ella; ya habíamos pasado la Navidad y ahora venía el año nuevo y yo creí que no nos distanciáramos nuevamente, que este nuevo año y todos los que vendrían siempre estaríamos juntas.

Ya habían pasado tres meses desde la llegada de mi madre, de compartir juntas bellos momentos, donde las risas y las alegrías no se daban espera; mi mayor tesoro era tenerla junto a mí y yo lo era también para mi madre; quizá hasta ese instante, ser felices era nuestra única preocupación o, al menos, para mí, pero, ya que los ahorros que tenía guardados empezaron a disminuir y los gastos nuevamente causaban intranquilidad para todos en la casa, por segunda vez tuve que separarme de ella, que había decidido ir a la ciudad junto con mi tía Mariana, para probar un poco de suerte y encontrar un trabajo que le dieran a ella y a mí una estabilidad, y así fue, puesto que, un fin de semana, emprendió su viaje, y yo quedé nuevamente bajo la protección de mis abuelos, porque ya me había acostumbrado a estar con ellos y las cosas que más querían también se encontraban aquí.

4

Cuando mi mamá llegó a la ciudad, se encontró con buenas noticias: una de ellas era que su hermana, junto con un grupo de amigas, alquilarían un apartamento donde, por supuesto, a ella también la incluirían; allí tendría un espacio propio para ella y también se encontró con la promesa de un trabajo en uno de los bares que tenía la amiga de mi tía, para empezar como mesera, pero, con el tiempo y la dedicación que le puso a realizar su labor, la nombraron administradora; este era un trabajo difícil, ya que se desarrollaba en horas de la noche, hasta la madrugada, lo que causó que mi madre sufriera quebrantos de salud, pero la situación lo ameritaba, puesto que le pagaban un buen sueldo y cada vez mis necesidades se hacían mayores, más aun sin contar con la ayuda de mi padre, que se excusaba o evadía su responsabilidad en el momento de apoyar económicamente mi bienestar y le dejaba únicamente a mi madre asumir este deber y los de ella. Muchas veces se sintió desfallecer y con el deseo de dejar todo atrás, pero el impulso que la motivó a que continuara con su trabajo y con el desarrollo de sus proyectos era yo, pues siempre estuve presente en sus pensamientos y en cada uno de sus actos; algo que valoro mucho es que ahora comprendo todo el esfuerzo que hacía para darme incluso hasta lo que no necesitaba, pero que con gran amor me lo proporcionaba para lograr que mi vida y la de mis abuelos fuera más cómoda.

Yo seguía creciendo lejos de los cuidados y atenciones de mi madre, pero mis abuelos se habían convertido en todo para mí, a tal punto que cuando viajaba a la ciudad para pasar algún tiempo con mi madre, deseaba volver pronto para estar con ellos, pues los quería y extrañaba demasiado. Mi abuelo era un loco juguetón, consentidor, que me mimaba y me daba todo lo que yo le pidiera, aun por encima del consentimiento de mi abuela, pues muchas veces me valía de él y de sus mimos para escaparme de las garras de mi abuela, que no permitía que le diera rienda suelta a todas mis ocurrencias, porque muchas de ellas eran solo travesuras que en nada podían enriquecerme; mi abuelo, por el gran cariño que me tenía, no admitía verme sollozar y esa era mi estrategia para salirme con la mía, y nunca me fallaba.

Cómo me gusta recordar aquellos días, de risas, de juegos, de travesuras, días cuando tomaba el cielo con mis manos y todo era posible, días cuando aún no conocía la realidad que más tarde me revelaría el mundo, pero, en fin, con solo cerrar los ojos y, cada vez que lo deseo, puedo volver a vivir en ese entorno que estremece todos mis sentidos cada vez que llegan a mi mente, es como revivir aquellas situaciones, en las que afortunadamente disfruté cada minuto, pero, bueno, voy a continuar con mi relato, en el que la relación con mis abuelos se afianzaba cada vez más a medida que pasaban los días y los meses; yo no desconocía la existencia de mi madre, pero nuestra relación se limitaba solo a una llamada telefónica cada tres días o cada semana, o incluso a veces pasaba más tiempo, o el tiempo que pasábamos cuando ella venía a estar un fin de semana en la casa de sus padres o los pocos días que yo pasaba en la ciudad, cuando iba a visitarla, los que no eran muchos, pues como ya lo había dicho, deseaba regresar pronto a la que yo consideraba era mi casa, mi hogar.

Mi madre había empezado a notar que mi trato para con ella era muy diferente al que les daba a mis abuelos, que mis sentimientos no eran recíprocos a los suyos y podía sentir que esto le incomodaba y le dolía, no por el cariño que yo les tenía a mis abuelos, sino por lo que ella sentía que estaba perdiendo al no poder estar a mi lado, lo que le oprimía el corazón; yo lo percibía en su mirada, pero no entendía, en realidad, qué le pasaba; era muy niña para reconocer lo que son los sentimientos y creo que fue una de las razones para que ella decidiera, luego, apartarme del lado de mis abuelos y que estuviéramos juntas.

En una tarde de domingo y, mientras mi madre descansaba, se le acercó mi tía Mariana y las dos empezaron a hablar sobre algunos temas de la vida diaria, del trabajo, de la universidad, de su pueblo, de sus padres y de lo mucho que los extrañaban y allí había surgido un tema en particular, el de mi estadía en casa de mis abuelos; era una decisión difícil la de asumir que la responsabilidad de crianza pesara sobre los hombros de mis abuelos, que yo necesitaba de mi madre, de tenerla junto a mí, y era eso lo que le planteaba mi tía, pues, según ella, no había una mejor opción que la de tener a los hijos junto a sus padres y, además, en la ciudad tendría mejores posibilidades de estudiar, de desarrollarme a plenitud; no era que en casa de mis abuelos no lo hiciera, pero en la ciudad había más oportunidades y mejor calidad en muchos aspectos, como en los relacionados con la educación y salud; al planteárselo a mi madre, ella lo pensó mucho, ya que aún no se sentía en la capacidad de llevarme a vivir junto a ella, pues pensaba que no tendría tiempo para dedicarlo a mí, ya que su trabajo la ocupaba mucho, el lugar donde vivía se limitaba a una habitación en el apartamento que compartía con su hermana y algunas amigas y, con esfuerzo, solo tenía lo necesario para mantenerse; además, tras los azares de la vida, había conocido a un joven, con el que había iniciado una relación y le preocupaba que esto causara algún rechazo de mi parte, así que por un tiempo olvidó el tema y continuó con su diario vivir; de todas formas, por ahora ella tenía la certeza que con mis abuelos estaría mejor. Este era un tema recurrente cada vez que dialogaban; sin embargo, siempre resultaban los mismos inconvenientes, a los que mi tía les encontraba solución. No se puede negar que la idea de tenerme junto a ella era un anhelo que crecía, además de la

preocupación respecto a que quizá con el tiempo su hija no la reconociera o llegara a perder su lugar de madre.

La situación de mi mamá había mejorado cada vez más; en su trabajo la promovieron y su salario había aumentado, por lo que ahora se sentía más cómoda; de igual manera, mi tía obtuvo un trabajo en un consultorio de un doctor muy reconocido; así, la situación económica de las dos había mejorado significativamente, suceso que las llevó a que tomaran la decisión de arrendar un apartamento para las dos, donde no tendrían que compartir con nadie más, como lo venían haciendo hasta el momento, un apartamento que podrían convertir en su hogar. Al poco tiempo, encontraron un bello lugar, que satisfacía sus deseos, por lo que resolvieron vivir ahí; una vez ubicadas en su nueva vivienda, continuaron con su día a día y allí retomó mi madre aquella conversación con mi tía, pues ya tenía un lugar donde yo podría vivir sin ninguna dificultad, su trabajo le daba un tiempo libre que me destinaría y su salario podía mantenernos a las dos, de modo que el anhelo de llevarme junto a ella podía cada vez más llegar a ser una realidad; después de pensarlo, se dispuso a llamar a sus padres para comunicarles su decisión, aunque ella sabía que sería un duro golpe para ellos, pero había llegado la situación en que esta era una elección que ya no tenía vuelta atrás.

Mi madre le dijo a mi tía Mariana lo que tenía planeado hacer; ella se alegró mucho de que, al fin, su hermana hubiera tenido el valor de llevar a cabo lo que ella consideraba correcto, le ofreció todo su apoyo y la animó para que siguiera adelante con sus planes; las dos consideraron lo difícil que sería para sus padres aceptarlo, pero era algo necesario para mi bienestar o, al menos, eso era lo que ellas dos pensaban. Juntas planearon cómo sería lo de mi estadía con ellas, cómo harían con los horarios para sus trabajos, para que yo fuera al colegio y el tiempo que debían dedicar a mi cuidado y, de este modo, todo ya se había preparado. De manera que mi madre se dispuso a comunicarse por teléfono con mi abuela para darle la noticia; cuando ella oyó de boca de mi madre que yo pronto debía partir para reunirme con ella, una corriente helada recorrió todo su cuerpo, su voz se perdió por unos segundos y mi madre pudo notar que algo le pasaba, aunque de antemano sabía que la separación de su nieta sería algo bastante difícil para los abuelos, pero ya se había hecho; mi abuela respiró hondo y, aunque le dolía mi alejamiento, decidió que no se opondría a la decisión que su hija hubiese tomado.

Entonces, mi madre le anunció que el viaje sería el fin de semana siguiente; mis abuelos, con mucha tristeza, me explicaron lo que pasaría; me dijeron, con dulce voz, que iría a quedarme con mi mamá a la ciudad, para empezar a estudiar; que allí tendría muchos amigos y que conocería muchos hermosos lugares, lo que me alegraba mucho y no entendía el porqué de su tristeza, hasta cuando me expresaron que mi viaje sería por un largo tiempo, que a partir del siguiente fin de semana ya no viviría con ellos y que, si alguna vez regresaba, era para realizar una breve visita y que, entonces, debía volver nuevamente a casa para seguir viviendo con mi mamá. Empezaron a preparar todo para mi viaje y pusieron las cosas que en mi corta vida podía llevar guardadas en una maleta. ¡Cómo hubiese querido guardar un poco de sol, para que me abrigara en los días fríos que me

esperaban; algo de la naturaleza del entorno donde había vivido hasta entonces, para poder recorrerla en los momentos cuando me atacara el aburrimiento; el fervor de la comunidad, que siempre me miraba con cariño y me brindaba una sonrisa de la forma más desinteresada; llevar para siempre el cariño de mis abuelos para los días de incertidumbre y soledad!

5

Tal y como lo había dicho mi madre, ese mismo fin de semana llegó a la casa; mis abuelos la esperaban con cariño, pero, en sus adentros, los embargaba de tristeza el motivo que traía de vuelta a su hija; sin embargo, esos últimos días que pasé en casa de mis abuelos fueron maravillosos, pues salimos de paseo en familia; mi abuelo estaba más cariñoso, tierno y juguetón que de costumbre y mi abuela preparaba todos mis platos favoritos y, por primera vez, permitía que hiciera todas las travesuras que se cruzaran por mi cabeza y ¡yo estaba feliz!, pero aún no acababa de entender el porqué de su actitud; el día anterior a nuestro viaje, mi madre y mi abuela preparaban las maletas, de modo que mi ropa y mis juguetes empezaban a dejar vacío el armario y las paredes de la pequeña casa; desde ya se empezaba a sentir el vacío que dejaría mi partida. Esa noche, mi abuela quiso que compartiera la cama con ellos y yo, feliz de hacerlo, emocionada con la novedad del viaje, quería que amaneciera pronto.

Llegó la mañana que había deseado, se concretaron los últimos detalles de nuestro viaje y el momento de la despedida estaba allí; mi abuelo me abrazó muy fuerte, me besó en las mejillas, me dio su bendición, sacó algunos billetes del bolsillo de su pantalón y me los dio para que comprara algo en el camino; llegó el turno de mi abuela, que me dio un gran abrazo, no pudo contener el llanto y las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras me decía que volviera pronto; me dio un tierno beso y su bendición y, entonces, así iniciamos nuestro viaje; cada vez que volvía mis ojos hacia atrás, veía cómo se alejaban algunas de las personas a las que más quería en el mundo, pero, a pesar de todo, yo estaba muy contenta.

Después de unas horas, el viaje había terminado; llegamos a la que en adelante sería mi nuevo sitio de residencia, un hermoso lugar donde tenía una habitación solo para mí, decorada de la mejor manera para que yo estuviera a gusto; mi tía, emocionada de verme, corrió a mi llegada y me abrazó tan fuerte que me hizo olvidar los momentos dolorosos que había vivido tras la despedida de mis abuelos; cada vez me sentía mejor. Nos dispusimos a descansar del pesado viaje y a descargar las maletas, que traía conmigo; una vez realizada esta labor, recuerdo que mi tía había preparado unas deliciosas papas con maní, comida que hasta ahora es mi preferida. Pasamos una linda noche, me mostraron cada uno de los lugares del apartamento, los que podría recorrer con tranquilidad, y me dijeron que en pocos días comenzaría a estudiar, pero mientras tanto debía disfrutar de un periodo de descanso.

Llevaba tan solo unos días de haber llegado a mi nuevo hogar y ya extrañaba a mis abuelos; extrañaba, además, mi libertad, por así decirlo; es decir, en casa de mi madre todo era diferente, pues yo no podía salir a la calle si no me acompañaban; solo los domingos íbamos al parque las tres juntas; ¡es verdad!, la pasábamos de maravilla, pues jugábamos, comíamos, caminábamos y disfrutábamos de un poco de entretenimiento, pero, sin lugar a dudas, sentía que cuando vivía con mis abuelos había sido distinto, pues yo jugaba todos los días con mis amigos en la calle, en el prado, en el parque o en cualquier lugar donde se nos ocurriera, ya que allí en ningún lado corríamos peligro, salvo el de golpearnos o estropearnos por nuestras diabluras, ¡cómo echaba de menos esos momentos!

Recuerdo un episodio de mi vida, cuando estábamos recostadas en la cama con mi mamá y, de repente, me eché a llorar; ella, sorprendida, me miró y me preguntó qué me pasaba; yo no podía responder a su pregunta a causa del llanto; cuando ella ya se estaba inquietando, entonces exclamé:

—¡Es que extraño mucho a mis abuelos! —Ella me estrechó contra su pecho y me dijo que, sin duda, ellos estarían bien y que pronto iríamos a visitarlos; entonces tomó su celular y me comunicó con ellos de inmediato; con solo oír sus voces, la calma volvió a mi pecho en aquel instante, puesto que me hacía feliz el sentirlos cerca, así fuera por medio de un aparato telefónico; ¡qué bueno que hubieran existido!

En una ocasión, mi madre recibió una llamada telefónica: era de mi padre, quien había tenido la idea de preguntar por mí, como comúnmente lo hacía, solo que esta vez recibió la noticia que yo me encontraba en la ciudad, que fue un momento que nos alegró a los dos, ya que no nos habíamos visto hacía mucho tiempo y yo necesitaba más compañía, aparte de la que me brindaban mi mamá y mi tía; mi madre le dio la dirección del apartamento y, al cabo de un tiempo, él llegó cargado de muchos juguetes y detalles; fue emocionante verlo, puesto que descubrí que ya no recordaba su rostro, por el tanto tiempo de separación que había pasado; me alegré mucho de poder abrazarlo y sentir cómo me mostraba su cariño; a partir de este momento, mi papá fue un gran apoyo, vivimos momentos maravillosos; ocasionalmente me visitaba y nos divertíamos mucho: juntos veíamos películas, jugábamos, paseábamos en los parques, me consentía y me quería mucho; también conocí su casa y a una nueva familia; cada vez eran más las personas que me querían y me cuidaban, lo que me hacía sentir segura y feliz.

El tiempo fue pasando rápido, pues conocí lugares hermosos, llenos de diversión y color, en los que dejaba toda mi energía después de una tarde de distracción; así se pasaban los días y los meses, hasta cuando oí una noche a mi tía Mariana cuando le decía a mi madre que había llegado la hora cuando debía pensar en que debía ir a la escuela, que ya tenía la edad para hacerlo; me sentí feliz al escuchar esas palabras: ¡ir a la escuela! Sí, pues allí tendría nuevos amigos, tendría cuadernos, lápices de colores para pintar y dibujar, aprendería las primeras letras y también aprendería a escribir; me llenaba de ilusión cuando me imaginaba todo aquello. Mi madre, de acuerdo con la idea de mi tía, le respondió que en la mañana siguiente se pondría en la tarea de buscar una escuela para mí, pues ella quería

que yo tuviera una muy buena educación, ya que había deseado siempre que lo mejor fuera para su hija.

Muy temprano, aquella mañana, mi madre emprendió la marcha para cumplir con su nueva tarea, encontrar una buena escuela para mí; visitó varias que ella conocía y algunas que le habían recomendado, para enterarse sobre los costos, ver los horarios y si eran de su agrado y estaban dentro de sus posibilidades; casi a medio día, regresó a la casa con no muy alentadoras noticias, pues en la institución que ella anhelaba matricularme ya no había cupos, se habían cerrado ya las inscripciones; por más que hizo todos los intentos por lograr que accediera a ese centro educativo, no fue posible, de modo que había optado por decidirse por una segunda elección, de las escuelas que tenía en su lista. En mi alegría por esta motivadora noticia, empecé a dar volteretas, abrazos y besos a mi madre, para agradecerle lo que había hecho, ya que esa sería una nueva etapa en mi vida, que me emocionaba iniciar; claro está que esto tardaría aproximadamente dos meses en suceder y yo aún no era consciente, o no tenía una clara noción del tiempo, de modo que pensé que eso llegaría pronto, de forma que cada día que pasaba y no llegaba el momento de asistir al colegio, me inquietaba y me molestaba, por lo que le preguntaba a mi tía que cuándo iría al colegio y ella me decía que debía esperar algunos días, que los niños estaban en vacaciones y que aún no se daba inicio al año escolar, pero yo no podía, no quería esperar más: ¡Dios santo, cuándo llegaría ese día!

Faltaban pocos días para que se produjera mi ingreso a clases y, de repente, una tarde sonó el teléfono de mi madre; yo veía que ella estaba muy contenta, se reía y le daba gracias a Dios; entonces, se dirigió hacia mí y me dijo que había un cambio de planes, que ya no asistiría a la escuela para la que se estaban haciendo todos los preparativos, sino a la institución donde ella inicialmente había querido inscribirme; la había llamado la secretaria para ofrecerle un cupo debido a que una niña de preescolar, de la jornada de la mañana, se iría a otra ciudad, por lo tanto quedaba esa vacante; que si le interesaba... ¿qué si nos interesaba? ¡Claro, claro que sí!

¿Qué había que hacer ahora, cuál era el paso a seguir? Mamá empezó a reunir los requisitos que le exigían para el ingreso a la escuela; en verdad, no era algo difícil, pero sí llevaba algo de tiempo; bueno, tenía un fin de semana para lograr que todo estuviera listo. Llegó el lunes y, como siempre, mi madre se levantó temprano y se marchó para matricularme en la nueva institución; a su regreso, se veía muy complacida pues, ahora, su hija tendría una buena educación y no importaba el sacrificio y el esfuerzo que hacerlo implicaría.

Cuando todo estuvo listo, mamá quiso que fuera a pasar unos días con papá, pues él se lo había pedido; de modo que esa misma tarde mi tía Mariana me llevó hasta su casa, me dejó con él y se despidió, con la advertencia de que cuidara mucho de mí. Mi papá había prometido que me iba a enseñar a nadar, antes de que comenzara a estudiar; esto era algo que yo quería y más si era junto a él; así, la promesa que me había hecho se iba a llevar a cabo pronto debido a que, en la familia de mi padre, planearon un paseo al que me habían

invitado; el plan de aquella salida era que se iba a pasar toda una semana en la finca de uno de mis tíos, un lugar que apenas habían adquirido y habían decidido que querían inaugurarlos a lo grande. Al día siguiente, muy temprano salimos de viaje; yo aún seguía dormida, por lo que me llevaron con suavidad para no perturbar mi sueño; a mitad del camino me desperté y me llevé la sorpresa de que me encontraba en un bello lugar, lleno de árboles y donde se respiraba un aire muy puro; el ver el rostro de papá, que me sonreía, alegró mi despertar.

Después de un poco más de recorrido, llegamos a la finca, que era un lugar enorme, con una gran casa y junto a ella había una piscina, donde iba a aprender a nadar, pero antes de intentarlo, se debía preparar la casa, ubicar los electrodomésticos, arreglar las habitaciones, limpiar la piscina y empezar a preparar los alimentos, por lo que a los más pequeños nos permitieron jugar en los alrededores para que no nos aburriéramos, aunque era difícil aburrirse en ese hermoso lugar y más aún al hallarse con la compañía de la familia. Una vez ya ubicados, mi papá me ayudó a que me cambiara de ropa para que no me molestara el clima cálido y me sintiera más fresca para que pudiera seguir jugando; además, era necesario debido a que todavía yo llevaba puesta mi pijama y no resultaba cómoda para que pudiera jugar; una vez cambiada, me sentí mejor y seguí en mis actividades; es tan alegre la vida en el aire libre que las horas se pasaron volando; así que, al parecer, bastaron solo unos cuantos minutos para que anunciaran que era hora de ir al almuerzo, lo que dio fin a la diversión junto a mis primos; un banquete nos esperaba y un delicioso aroma incitaba a que se lo disfrutara sin mesura. Mi papá me ayudaba en cada una de las cosas que yo hacía, pues era aún pequeña para poder comer de la misma manera y al mismo ritmo que el resto, por lo que me quedaba de última en la mesa, pero no sola, ya que toda la familia siempre era muy unida y paciente, por lo que esperaban hasta que yo terminara.

6

¡Qué mejor forma de gozar de la naturaleza que dormir bajo la sombra de un árbol junto a una persona a la que se valora mucho, más aun después de una suculenta comida y del arduo trabajo de los adultos!; un descanso no cae mal; de todas maneras, también me sentía agotada y descansar, sin duda, era algo necesario. Pudo haber pasado una hora desde nuestro receso y ahora había llegado el momento de que mi padre cumpliera la promesa, para que yo aprendiera a nadar. Emocionada, fui por mi traje de baño y mi papá hizo lo mismo; la felicidad era cada vez mayor y aumentó cuando vi que junto a la piscina había unos flotadores, que me ayudarían en el proceso de aprendizaje de la natación; luego supe que mi papá me los había comprado.

El primer paso siempre será el difícil, en un aprendizaje que poco a poco debía perfeccionarse y que no iba a salir bien desde el primer momento; una vez comenzado el empeño, lo intentamos muchas veces; al inicio, jugamos un poco con el agua, para que me

liberara de mis temores y, después, con pequeños avances, fui tomando más confianza, hasta cuando llegué hasta el punto de sumergirme y sostener por unos cuantos segundos la respiración; sentí que ya lo había logrado, pero el agotamiento físico ante la jornada de aquel día hizo que tomáramos la decisión de detener por el momento el proceso de aprendizaje; además, a esa hora ya empezaba a oscurecer; de igual manera, la familia había preparado una caminata para que se conociera el pueblo y los lugares aledaños, por lo que nos cambiamos y nos dispusimos, junto a todos, a ir a caminar para dar una vuelta y ver el pueblo.

Después de unos pocos minutos de caminata, llegamos a un pequeño poblado, cerca de la carretera, donde vendían frutas, dulces, deliciosos helados, que saboreé con gusto. No recuerdo cómo ni cuándo regresamos esa noche a la casa, ya que el cansancio me venció y terminé dormida en los brazos de papá; solo recuerdo que desperté en una camita, ubicada junto a las que habían preparado para mis primos, ya que habían adecuado un solo lugar para que pernoctaran los pequeños; de inmediato fui en busca de mi papá, que en ese momento estaba ayudando a preparar el desayuno para todos; me dio un saludo de buenos días, un beso cariñoso y me dijo que ese día terminaría de aprender a nadar.

Los arreglos necesarios de la casa ya se habían hecho, por lo que este día sería para divertirse; de manera que, una vez terminamos el desayuno, fuimos a la piscina; hacía un día espectacular, el sol calentaba suavemente y un cálido viento soplaba en nuestros rostros. Ya no tenía temor de entrar a nadar, pues mi papá me había dado unos muy buenos consejos por lo que seguí en el intento; iba de un lado a otro y mi papá me guiaba y me ayudaba; así lo hice hasta que ya no fue necesaria esa ayuda para que pudiera ir de un lugar a otro. ¡Qué emoción, pues, al fin, lo había conseguido! Todos estaban muy contentos y me felicitaban, ya que era un gran logro para mí, ya que en adelante podría disfrutar de la natación sin recibir ayuda o, bueno, la de los flotadores, pero pensaba que esto sería temporal.

Al medio día, de nuevo un banquete nos esperaba; mi abuela paterna y las mujeres de la casa habían hecho un asado que nos dejó con la boca abierta: ¡qué exquisita era la comida que mi abuela preparaba y siempre quería más! Mientras almorzábamos, mi tío, el dueño de la finca, comentó que a unos kilómetros de allí había un río que era muy bonito, pero en el que había que tener cuidado ya que la corriente era muy fuerte; eso hizo que se despertara el interés por conocerlo y propusieron ir para allá, por lo que todos, gustosos, aceptamos; una vez llegamos a ese lugar, la pasamos muy bien, jugamos en la orilla del río, llevamos juegos que compartíamos con mis primos y comida, que no era mucha, pero la suficiente para deleitar el momento; nos quedamos ahí hasta que anocheció y, en el regreso, cada uno traía consigo algunos palos que destinarían para hacer una fogata a la llegada a la casa. Esa misma noche, junto al calor del fuego, compartimos momentos de unión; contaron historias, en las que recordaron cosas de cuando eran pequeños y las travesuras que habían hecho; incluso recordaron su paso por mi pueblo; cantaron bellas canciones y también comimos masmelos asados; el fuego poco a poco se fue apagando y nos dispusimos a descansar del agitado día, pues luego aún quedaban más días por disfrutar.

Durante las siguientes jornadas, vivimos unas buenas aventuras, incluso los adultos realizaron una fiesta que duró hasta el otro día, a la que llegaron personas de todo el pueblo, con las que la familia mantenía buenas relaciones y se establecieron nuevas amistades, que hasta ahora perduran; algunos de ellos también tenían fincas y nos invitaron a conocerlas; en ellas había niños como yo, con quienes jugamos hasta quedar agotados. Ocasionalmente íbamos hasta el pueblo para comprar los alimentos que hacían falta; las personas que ahí vivían nos saludaban con mucho cariño y nosotros valorábamos aquellas muestras de amistad y les mostrábamos que era recíproco el afecto hacia ellos. Disfrutamos al máximo de cada uno de los días, jugamos, exploramos, conocimos, nadamos, reímos; todos éramos felices, pero, es una lástima, el final se acercaba; la semana en el lugar había pasaba muy rápido y había llegado el tiempo de regresar a la ciudad, para que cada uno cumpliera con sus obligaciones, lo que me incluía, ya que yo tenía ansias de empezar a estudiar. Empacamos nuestras maletas y nos dispusimos a retornar; el viaje fue corto, pero divertido al recordar algunas de las experiencias y las aventuras que habíamos vivido, además de acordar que pronto regresaríamos para seguir viviendo tan bellos momentos.

Esa fue una experiencia maravillosa; nunca olvido aquellos días que, de alguna manera, marcaron mi vida, pero ya habían pasado y de nuevo estaría en casa, cosa que, claro está, en absoluto me desagradaba, pues mi tía y mi madre se esmeraban por hacerme sentir lo mejor posible cuando estaba con ellas; al regresar a la casa, le conté a mamá todo lo que había hecho, le describí con exactitud cada una de las actividades realizadas en el paseo, hasta cómo mi papá me había enseñado a nadar; ella, maravillada de cada cosa que le contaba, hacía gestos que me causaban mucha risa; las dos reímos a carcajadas, parecíamos dos niñas después de haber hecho unas cuantas travesuras; mi padre nos observaba sorprendido y, a la vez, nos llamaba la atención, pues a él no le parecía nada gracioso lo que estaba pasando. Antes que él se despidiera, mi madre le dijo que yo pronto iniciaría clases, que necesitaba que le colaborara con los gastos; ella se había encargado ya de la matrícula y de los uniformes, pero ahora él debía correr con los gastos de los útiles escolares; mi padre, como siempre, salió con alguna excusa para evadir su responsabilidad pero, al final, terminó por ceder a lo que mi madre le pedía, pues le resultaba mejor que aguantarse sus reclamos; además, ella no lo dejaría tranquilo hasta cuando conseguía su propósito; igual, no se trataba de caprichos suyos, sino de una obligación de mi padre; creo que ella siempre fue muy suave con él; ahora lo veo así.

Cada vez se acercaba más el día en que yo debía ir a la escuela, me sentía ansiosa; quería que, en un abrir y cerrar de ojos, el tiempo pasara y ya estuviera estudiando, pero, es una lástima, el tiempo solo corre rápido para los adultos; para los niños, el tiempo es como un caracol, que demora horas en recorrer un metro de distancia; parecía que nunca iba a llegar ese día, parecía que el tiempo establecido para el inicio de la escuela no iba a tener fin; yo tenía que vivir y sentir cada segundo de mi vida; por más que quisiera, no los podía acelerar ni tan solo en un segundo; es raro, ¿verdad?, porque para algunos de los adultos el tiempo vuela, mientras para algunos niños el tiempo viaja a paso de tortuga, quizá porque los adultos, por estar en sus afanes, no disfrutan cada segundo del aire que respiran y dejan

que lo mejor de la vida se les escapase sin ni siquiera percatarse de ello; solo al final de sus vidas, o al final de su juventud, a veces aparece el lamento y el llanto. ¡Cuánto quisiera que esto no me pase; ojalá pudiera recordar cada día estas palabras y vivir cada segundo de mi existencia al máximo, como si fuese el último segundo que tuviera para respirar! Creo que así, solo así se puede llegar a ser feliz en medio de la cruel realidad que muchos eligen experimentar con el corazón abierto, por lo que no viven ni dejan vivir a los demás, al buscar de una u otra manera intervenir para acabar con la paz y con la tranquilidad de los otros.

Bueno, para continuar con mi relato, había llegado la hora en que debía ir a comprar los útiles escolares: ¿para qué describir la emoción y la felicidad que sentía, si bastaba con solo mirarme para darse cuenta de que la felicidad brotaba por cada uno de los poros de mi cuerpo? Una vez llegadas al centro comercial, no sabía qué escogería para mí: había torres enormes de hermosos cuadernos, de todos los colores, los diseños y tamaños; yo recorría una y otra vez los estantes, extasiada al mirar un mundo de fantasía ante mis ojos; quería llevarlo todo, todo lo quería, pero no era posible, así que opté por tomar los mejores cuadernos de diseños de princesas, que debían hacer juego con un maravilloso bolso de color rosa, decorado también de princesas, al igual que los colores y lápices que había elegido. Ese momento fue mágico, fue único, aún lo recuerdo como si todo hubiera sucedido ayer.

Después de haber escogido todo lo que necesitaba, mi madre pagó la cuenta y salimos hacia la casa de la modista, donde me probaría los uniformes que con anterioridad había mandado a confeccionar; al llegar al taller, ya todo estaba listo: me probé los uniformes y eran perfectos, ya no quería quitármelos, pero, como siempre, tampoco eso era posible, de modo que los tomé con cuidado, los guardé en mi bolso y nos dispusimos a volver a nuestra residencia; mamá estaba feliz al ver que yo era feliz y, ¡qué sorpresa!, al llegar al apartamento mi tía Mariana me entregó los zapatos que mi padre había hecho llegar; esto era justo lo que había deseado, mi alegría era ahora completa; solo faltaba esperar el día en el que pudiera lucir y usar todo lo que había comprado. Para saber con exactitud cuándo sería aquello, había tomado un calendario, en el que había ido marcando con una X cada día que había pasado y así sabría cuántos días más debía esperar, aunque esto también me inquietaba un poco, ya que solo marcaba una casilla cada mañana y debía esperar eternidades para marcar otra. Todos los días abría los cajones de mi armario para echar un vistazo y oler mis uniformes y para ver mis cuadernos, mi bolso, mis zapatos, todo lo que usaría para el inicio de las clases; estaba emocionada ante la expectativa de aprender a leer y escribir, de aprender a dibujar y pintar.

Aquella mañana desperté un poco más tarde de lo usual, me sentía un poco perezosa, encendí la televisión y empecé a ver mi programa favorito; mamá llevó mi desayuno a la cama, lo que le agradecí con un beso y un abrazo; cuando estaba por terminar, recordé mi calendario; de inmediato me lancé de la cama descalza y corrí hacia donde lo tenía guardado, lo saqué presurosa y cual sería mi asombro al darme cuenta de que esa era la última casilla que debía marcar, pues a la mañana siguiente iría a la escuela, a mi primer día

de clases; quedé pasmada por un momento y luego empecé a dar saltos y gritos de alegría; mi madre y mi tía corrieron un poco asustadas hasta mi habitación para saber qué me pasaba; al llegar a la puerta me vieron con el calendario en las manos y, al instante, supieron qué estaba ocurriendo, se miraron una a la otra y solo sonrieron, mientras yo seguía dando saltos de alegría.

SEGUNDA PARTE

LA MAÑANA

1

—Ana, Ana..., —escuchaba a lo lejos—, Ana, Ana, ya amaneció.

Fueron estas las palabras mágicas para que la conciencia llegara a mí, que el sueño desapareciera sin más ni más; me quité de encima las cobijas rápidamente, me lancé de mi cama, abracé a mamá y le di los buenos días; ella me sonrió y dijo que me bañara pronto, si no se haría tarde; mientras lo hacía ella preparaba mi desayuno; al salir del baño, mi cama ya estaba hecha y encima de ella mi uniforme listo; lo tomé con cariño, como si se tratara de uno de mis mejores tesoros y me lo puse cuidadosamente: primero, mi blusa blanca; luego, mi jardinera a cuadros de varios colores, mis medias largas, mis zapatos de color negro y, finalmente, la chaqueta roja que abrigaría mi cuerpo en aquellas mañanas tan frías que hacían en la ciudad; me sentía en el cielo, todo olía a nuevo; al fin, mi sueño estaba llegando a ser real; mi madre entró a la habitación y exclamó:

—¡Estás hermosa, mi princesa! —Tomó una peineta y empezó a arreglar mi largo cabello; una vez terminó, entró mi tía quien, al verme, mostró una expresión de asombro y dijo que estaba muy linda y me abrazó con fuerza; yo sonreí, mirando hacia las dos, y muy presumida salí de mi dormitorio para dirigirme hasta el comedor donde mi desayuno estaba servido; comí rápidamente y lavé mis dientes presurosa. Regresé a mi dormitorio, tomé mi

enorme bolso de color rosa, con princesas; dentro de él puse mis cuadernos, los colores, los lápices, mi delantal, los artículos para el aseo y unos juguetes, a escondidas de mi mamá que, con anterioridad, me había advertido que no llevara ningún cachivache conmigo; pero no lo pude evitar, debía llevar a mi muñeca Barbie rubia, con vestido de princesa, que era mi preferida; tomé mi morral y lo puse en mi espalda, ¡qué pesado lo sentía! De pronto, oí tras de mí ciertas risitas burlonas; sí, eran mi tía y mi madre, quienes se divertían al ver a la pequeña y tierna Ana con un enorme morral a su espalda, que la hacía caminar como pingüino, pero no me importó, solo fruncí el ceño y crucé los brazos en señal de desagrado, aunque en mi interior poco o nada me importaban sus burlas; sin prestarles más atención,

—¡Lista, estoy lista!, — exclamé, —¡vamos!

Mamá tomó su bolso, su chaqueta y salimos sin más demora; llegamos a la entrada del colegio, donde cientos de niños llegaban; algunos estaban muy tristes, pues no querían despedirse de sus padres; ¡pero..., qué les pasa!, si estar aquí es mágico, es un sueño — pensaba en mis adentros—; mi madre me hacía todas las recomendaciones posibles, pero yo no prestaba atención a sus palabras, sino a todo lo que había a mi alrededor en ese momento; ella le sugería a la profesora que cuidara mucho de mí; por si algo me pasaba, le dio su número telefónico para que la contactara de inmediato y, finalmente, se fue.

La profesora nos hizo entrar al salón en una fila muy ordenada; distribuyó los pupitres según ella lo consideró conveniente, al tener en cuenta la estatura de sus estudiantes; al frente nuestro había una barra que colgaba de la pared, donde debíamos poner nuestros delantales e implementos de aseo previamente marcados con nuestros nombres; en seguida, la profesora hizo su presentación; su nombre era Marta, una mujer de aproximadamente cuarenta años de edad, de baja estatura, de piel morena y unos cuantos kilos de más, pero con un carisma e imaginación increíbles para mantenernos a todos con la atención puesta en ella.

Yo veía todos los rincones del salón de clases, que estaba cuidadosamente adornado con muchas imágenes infantiles y muchos colores; hacia cualquier lado donde mirara quedaba atrapada con la magia que se desprendía de cada diseño, de cada color; nunca había observado algo similar, era precioso; sentí el deseo de volar y atrapar cada figura con las manos; entonces, me paré de la silla y empecé a caminar por todo el salón, curiosear en cada rincón y cada detalle que me llamara la atención por más insignificante que este me pareciera, pues para mí era un nuevo mundo inexplorado, que quería explorar, sin perder el más mínimo de los detalles; en ese momento, era la dueña de ese pequeño mundo.

Después de algunas horas en el salón de clase, llegó el tiempo de nuestro descanso; salimos al patio, donde había muchos de juegos, solo para nosotros; salí corriendo como un animalito al que han tenido encerrado por mucho tiempo y que anhela disfrutar de su libertad; empecé a jugar con todas las diversiones que allí había; obviamente, compartía con los nuevos compañeritos que había conocido, con quienes jugamos sin cansarnos, hasta que llegó la hora de la lonchera, que repondría nuestras fuerzas para continuar con las actividades escolares y recreativas. Creo que ese día jugué como nunca antes lo había

hecho; era tal mi entretenimiento y felicidad que olvidé por completo que debía regresar a casa, que tenía una madre y una tía que me esperaban; de pronto oí un ruido espantoso, que hizo que me quedara quieta de inmediato; ese era el timbre que anunciaba que la jornada había terminado, que debíamos volver ya a nuestros hogares.

Cabizbaja, volví al salón, tomé mi bolso y me cercioré que todo estuviera ahí dentro, pues mi madre me había dicho que tuviera cuidado con todas mis cosas y que revisara el bolso cada vez que fuera a salir; la profesora Marta se quedaría hasta que llegara el último padre de familia a recoger a sus hijos. Yo estaba sentada y esperaba que mamá llegara a recogerme con todas mis cosas listas y en una charla con Julián, el primer amigo que hice en el colegio; de repente, sentí que me tomaron del brazo:

—Ana, vinieron por ti, —me dijo la profesora, de modo que salí caminando rápidamente hasta la puerta, donde mamá me esperaba; corrí hacia ella y le comencé a contar, agitada y presurosa, todo cuanto había hecho en mi primer día de clase y cuánto deseaba que amaneciera pronto para volver. Al llegar a casa, estaba mi tía Mariana, que nos esperaba para almorzar y, claro, también le conté con pelos y señales todo lo que había acontecido en la escuela; ella me oía muy atenta e interesada en cada cosa que yo le describía; ella siempre me hizo sentir muy importante.

Antes de almorzar, fui hacia mi dormitorio para quitarme el uniforme, la blusa y las medias, que habían quedado demasiado sucias después de haber jugado como una loca, tirarme al piso y hacer piruetas en el prado; afortunadamente, mamá me había comprado varias blusas y varios pares de medias, pues ella sabía que esto iba a suceder; al final del día, muy juiciosa, me acosté temprano, lo que no era mi costumbre, pero ahora quería que amaneciera pronto y pensaba que si más rápido cerraba los ojos, más aprisa iba a llegar la mañana; además, estaba exhausta por el día tan ajetreado que había tenido.

Así comenzaron a transcurrir los días; cada mañana era una nueva experiencia para mí en la escuela; cada día era único, pues tenía nuevos aprendizajes; conocía ya los colores, el amarillo, el azul, el rojo, el negro, el verde, el blanco, en fin; había aprendido a usar las tijeras y a cortar el papel; sabía manipular el papel con mis dedos, para hacer bolas pequeñas, medianas y grandes; utilizaba el lápiz con mis manos, ya no de forma torpe, sino precisa, aunque un tanto suave y lenta, para que cada figura que hiciera con él fuera del agrado de mi profesora, de mi madre y mi tía. Había aprendido muchas cosas que me sorprendían cada día más; las felicitaciones y aplausos por las actividades que había realizado bien no se habían hecho esperar y esto me motivaba para ser cada vez mejor.

En esta etapa de la vida, junto con mi madre ya habíamos establecido una rutina: levantarnos temprano, ir hasta la colegio, aprender y regresar a la casa para realizar mis deberes; todo se desarrollaba así durante la semana; en ocasiones, cuando iba o regresaba de la escuela, sufría caídas que lastimaban mis rodillas y mis manos; mamá siempre se enojaba por ello y me decía, disgustada, que caminara bien, que mirara el piso, que fuera paciente al caminar y, en verdad, yo lo hacía pero no entendía por qué me caía con tanta frecuencia. Siempre procuré caminar con cautela y prever el camino por el que pasaría,

pero, de un momento a otro, caía al suelo y me daba un golpe muy fuerte, lo que también causó la burla y ofensa de parte de alguno de los compañeros de la escuela, quienes tomaban por chiste mis caídas, a lo que poca importancia le di y le dieron en casa; pensaba que eran cosas que le pueden pasar a cualquier niño de mi edad; más que el tener un moretón o una raspadura, este hecho nunca me incomodó en mi diario vivir.

2

Después de dos meses de haber ingresado al colegio, una fecha especial se acercaba y la había esperado ansiosa desde el inicio del mes, contaba los días con mucha impaciencia; pronto sería mi cumpleaños número cinco; esta fecha no la iban a pasar por alto: mi mamá, mi papá y mi tía organizarían un fiesta, para que festejara junto a mis amigos; cada uno tenía tareas que realizar y los preparativos eran muchos: desde buscar el lugar dónde hacerlo, elegir la comida, preparar los juegos, conseguir la piñata, buscar los obsequios, ir por el pastel, trabajar en la decoración, en fin; este era un momento que debía disfrutar. Al fin, llegó el día que había añorado; mi mamá, muy temprano, llegó a mi habitación y me cantó el ¡cumpleaños feliz!, acompañado de un buen desayuno; me dio un abrazo de cumpleaños y me deseó que ese día fuera magnífico y lleno de alegrías, y yo esperaba que así fuera; una vez terminé mi desayuno, me preparé para ir a la escuela como de costumbre; sin embargo, presentía que este podía ser un día diferente.

En la escuela, cada vez que alguien cumplía años, se lo festejaba con una pequeña torta, que se distribuía antes de salir al descanso; la profesora, muy cariñosa, se encargaba de que aquel día fuera especial para los cumpleaños; por fortuna, este era mi día y esperaba que la hora del descanso llegara, cuando, de repente, mi mamá llegó hasta el curso con una gran torta, lo que hizo que suspendiéramos las actividades para dar paso al festejo; nos divertimos mucho aquel día: mi mamá me entregó las invitaciones para la fiesta, para que yo se las entregara a algunos de los compañeros a quienes quisiera invitar, lo que, en realidad, los incluyó a todos; la fiesta se realizaría esa misma tarde y, por fortuna, era viernes, cuando todos podrían asistir.

La mañana terminaba y mi mamá pasó por mí para que pudiera ir a la peluquería, donde me realizarían un lindo peinado, que luciría con un vestido que mi abuela me había enviado, que, en verdad, era hermoso. La hora de la fiesta llegó; emocionada, fui hasta el lugar donde se realizaría, todo se había decorado para que se pensara en princesas y el dominante era el color rosa, que era el que correspondía a mi dibujo animado favorito; mi papá y mi tía estaban ahí esperando mi llegada, para darme muchos regalos; papá me dijo, casi como si se tratara de un secreto, que tenía una sorpresa para mí, pero que debía esperar hasta que los invitados llegaran; poco a poco mis compañeritos y familiares fueron llegando; en una mesa, los regalos aumentaban, jugamos mucho con unos globos, bailamos acompañados por la música infantil, que nos llevó a hacer unos pasos de baile muy divertidos, comimos el pastel y disfrutamos del helado sin reparo; rompimos la piñata, lo

que causó un gran revuelo entre los chicos; incluso se veía que hasta los adultos disfrutaban de esta fiesta.

La sorpresa que papá había organizado llegó: ¡era un mago!, ¡qué maravilla!, siempre había querido conocer a uno; nos sentamos todos frente a él y admiramos cada uno de los trucos que hacía: sacó un conejo del sombrero; a un pañuelo lo convirtió en paloma; hizo un juego con unas cartas de una baraja; también, figuras con globos y otras cosas más; estábamos como hipnotizados, al verlo. Toda la energía que teníamos, a causa del dulce que habíamos consumido, disminuía con el pasar del tiempo; el cansancio ya empezaba a detenernos y, poco a poco, empezamos a caer rendidos en los brazos de cada uno de nuestros padres; esta era una señal de que habíamos disfrutado mucho; en realidad, había sido un día magnífico, lleno de emociones, de alegrías, con bastante compañía, diversión y regalos.

Ahora bien, mis abuelos llamaban constantemente a mi madre para preguntar cuándo serían mis vacaciones, pues añoraban tenerme junto a ellos por una temporada y, en verdad, era más que justo, ya que, desde el día cuando salí de mi pueblo, habíamos prometido volver y hasta la fecha no lo habíamos hecho; cada vez que hacían esa pregunta, sobre cuándo serían mis vacaciones, aumentaba mi deseo de ir para estar con ellos; también, quería descansar de la escuela y la rutina que llevaba en la ciudad, para disfrutar del campo, del clima, de la naturaleza y, sobre todo, de la compañía de mis abuelos, pero aún quedaban algunas semanas más en la escuela. El fin de la primera mitad del año estaba cerca para, allí, aprovechar e ir a pasar unas merecidas vacaciones, que me aguardaban y yo las anhelaba, puesto que esa era la oportunidad para viajar a visitarlos, ya que, me parecía, hacía ya mucho tiempo que no los veía.

Entre actividades y juegos, dimos fin a la primera mitad del año escolar; en unas cuantas semanas nos volveríamos a ver, para seguir con el aprendizaje en la escuela, con los mismos anhelos y ansias, como si se tratara del primer día. Mi mamá, como de costumbre, fue a recogerme hasta la salida, me recibió con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, me preguntó si había comido lo que me había puesto en la lonchera y cómo me había ido; le respondí que estaba muy contenta, porque ahora ya podía ir a ver a mis abuelitos; mi mamá respondió que debía ser paciente y que debía esperar hasta que llegara el lunes, ya que ella trabajaría el fin de semana y no iba a dejar que yo viajara sola; además, me dijo que solo faltaban dos días para preparar nuestro viaje, los que aprovecharíamos para comprar algunos detalles, que destinaríamos para mis abuelos.

Esto fue buena excusa para pasar el tiempo, pues decidí que no era necesario comprar nada, porque mi profesora me había enseñado a hacer un portarretratos con cartón de una caja de zapatos, macarrones, foamy y pinturas de muchos colores; ya le había hecho uno a mi mamá y ahora sería el turno para hacerle uno a cada uno de mis abuelos; para mi abuela, sería de color verde, que era su preferido, y el de mi abuelo sería de color azul, porque no conocía cuál era su favorito; se lo preguntaría cuando lo viera; poco a poco y sin prisas, los fui construyendo; mamá me ayudaba en las tareas difíciles, como recortar, porque podía

resultar peligroso el uso de tijeras a mi edad, a pesar de que ya sabía utilizarlas, pero el resto, con orgullo, lo hice yo; debía pintar los macarrones antes de pegarlos y esperar a que se secaran; mientras tanto, recortaría las figuritas de foamy, que, sin duda, iban a darle más vida a mi obra de arte; no debía olvidar que tendría que buscar un par de fotografías, en el celular de mi madre, para poder incluirlas en los portarretratos, así que, presurosa, le pedí el celular y le indiqué cuáles eran las fotos que debía imprimir, y le señalé la prontitud con que debía hacerlo. Esta actividad ocupó gran parte de mi tiempo, pues esos portarretratos debían quedar hermosos, pues ellos lo merecían.

El día lunes había llegado y sería el momento para viajar; cinco horas de camino nos separaban a mis abuelos y a mí; era un largo camino que debía recorrer, pues las malas condiciones de la vía y las lluvias de aquella temporada habían causado daños en la vía, lo que hacía que aumentara el tiempo que se gastaba en recorrer ese trayecto, que llegaba a ser de seis o siete horas; ya en la ruta, la fatiga me llegó, tanto movimiento, por el mal estado de la carretera, me molestaba y perturbaba mi sueño, lo que dejaba que el mal humor se apoderara de mí; mi mamá intentaba tranquilizarme por medio de juegos o al acurrucarme junto a ella para que pudiera dormir un poco, pero sus intentos no eran suficientes para apaciguar mi incomodidad; una vez en la llegada, no fue necesario más que el ver a mis abuelos, que nos esperaban en la parada de buses, para que la alegría me invadiera; corrí a abrazarlos y besarlos, y les dije, emocionada:

—¡Les tengo un regalo! —Mi madre también los saludó cariñosamente y dejó ver el aprecio que sentía por ellos; fuimos en el carro de mi abuelo hasta la casa, lugar donde les estregaría sus detalles, pero primero debía hacer la pregunta que había rondado en mi mente durante el fin de semana, y le pregunté a mi abuelo cuál era su color favorito, para llevarme la sorpresa de su respuesta:

—Es el azul, mi amor —dijo él, con su dulce voz.

El camino desde la parada de buses hasta la casa me recordó algunos de los momentos de mi pasado; en casi un año transcurrido, se habían producido algunos cambios que, aunque no muy decisivos, para mí resultaron notorios, como el cambio de color de las casas, la pavimentación de algunas vías, la adecuación de algunos espacios para la venta de alimentos en la plaza, y otras cuantas cosas más, pero, en cuanto a lo demás, todo seguía igual. Una vez dentro de casa, me dispuse a entregarles los detalles a mis abuelos, que ellos desempacaron con mucho cuidado, para intentar no estropear la envoltura que les había hecho, como tampoco su contenido; una expresión de ternura se dibujó en sus rostros y mi abuela hasta una furtiva lágrima de alegría derramó al ver una foto de las dos en el portarretrato que le había hecho; mi mamá les dijo que yo lo había elaborado gracias a la enseñanza de la profesora en la escuela, lo que provocó un tema de conversación; me preguntaron mucho sobre cómo me iba en la escuela y qué tanto había aprendido. Les canté algo del repertorio de canciones que había aprendido y mis abuelos me acompañaron con sus aplausos, para incitarme a que siguiera cantándoles algunas otras de las que me sabía; mientras esto pasaba, junto con mi madre nos alimentamos y descansamos del ajetreado

viaje, aunque en mi interior sentía que quería salir corriendo para ver a los amigos que había dejado un tiempo atrás, pero era más fuerte el deseo de estar con mis abuelos y no alejarme de ellos, quienes con sus mimos y abrazos hicieron todo lo posible para que mi llegada fuera muy agradable.

3

Nuevamente me encontraba en el cuarto donde mi vida pasó por un tiempo considerable; mi mamá arreglaba mis cosas para que tuviera un orden en mi visita, pues debía dejar todo listo para su regreso a la ciudad, que sería al día siguiente; esos pocos días, quedaría nuevamente a cargo de mis abuelos y esa idea me gustaba mucho; a partir de este momento salí presurosa a la calle, para recordar la libertad que tenía, la de poder estar fuera de casa sin mayor prevención, ir a casa de mis vecinos y que me recibieran como en la propia; jugar hasta que el día acabara, pero me produjo un gran impacto el ver que los que niños que jugaban conmigo hacía un tiempo ya no recordaban mi rostro, me miraban con rareza e incluso temieron mi efusivo saludo; todo fue zozobra hasta el momento cuando me encontré con Dianita, una niña con la que pasaba mucho tiempo cuando estaba en el jardín infantil y que me reconoció de inmediato, me esbozó desde lejos una gran sonrisa, entonces me sentí completa y llena de alegría, debido a que ahora ya tenía con quien jugar, además de que había alguien que les recordaría a los demás niños quién era yo; empezamos a jugar y a corretearnos por las calles y los parques que había cerca, reímos a carcajadas con las caídas que sufríamos y nos regocijamos con cada uno de los momentos compartidos hasta cuando cayó la noche.

Las vacaciones eran un buen momento para divertirse; no se necesita más que la adrenalina para ser feliz, pues bastaban pequeñas cosas para encontrar la diversión: un árbol con un neumático que colgaba de él podía llegar a ser el mejor entretenimiento por horas y horas. No se calculaban tiempos ni horarios, no habían timbres que avisaran cuánto tiempo tendríamos para seguir jugando; solo nuestras necesidades nos indicaban el momento justo para regresar a nuestras casas: el hambre, la sed, el cansancio, el sueño, eran los guías más que suficientes. De vez en cuando, los adultos nos buscaban para que regresáramos a casa, pero esto se dio muy pocas veces, puesto que permitían que disfrutáramos de nuestra infancia y de las vacaciones que pasaban presurosamente, aunque no siempre estaba con mis amigos; había días en los que decidía quedarme acostada toda la mañana para ver la televisión, aunque mi abuela hacía muecas de disgusto al verme que dejaba pasar el día, al parecer, sin provecho alguno, pero, a la vez, se acercaba a mí con una taza de café, para que con la bebida acompañara mi momento de esparcimiento; a mi abuela siempre le disgustaba que perdiera el tiempo en acciones que no me enriquecieran; procuraba que, en cada instante, hiciera algo que fortaleciera mi imaginación, mi creatividad y mi inteligencia; de modo que, una mañana en la que estaba dedicada al ocio, me regaló unas hojas y unos lápices de colores para que hiciera lindos dibujos para ellos, y así lo hice. La casa era una verdadera obra de arte, por lo menos para mí; habíamos encontrado un nuevo pasatiempo:

durante el día, debía estar muy atenta a las cosas que mirara a mi alrededor, la casa, las calles, las personas, los objetos, los animales y otras cosas, porque mi abuelo, al terminar el día, me pedía que le dibujara algunas de las cosas que pudiera recordar, cada una de forma detallada, como, por ejemplo, las flores que había en el jardín de los vecinos, los colores que tenía el parque, las personas que transitaban en la calle, mis amigos y así con algunos otros elementos, lugares y características propias de mi pueblo que, por supuesto, él ya conocía perfectamente, pero yo quería complacerlo con mis dibujos.

Los fines de semana iba con mis abuelos a almorzar a un lugar cerca al pueblo; ahí podíamos degustar varios tipos de platillos y postres, una exquisita variedad de comida a la que tenía acceso; ese día no había restricciones de ninguna clase; los dueños del restaurante eran muy buenos amigos de mis abuelos, se conocían desde ya hacía mucho tiempo y era casi una tradición ir a visitarlos; en ese lugar se habían conocido de jóvenes mis abuelos, por lo que significaba mucho para ellos estar ahí, por eso parecían un par de jovencitos enamorados, tomados de las manos, que compartían su comida y hasta cariñosamente comían un helado juntos; era muy dulce ver esa escena. Lo que más me gustaba de ese lugar era que podía entrar hasta la cocina y ayudar a servir algunos postres; la señora que los servía permitía que yo pusiera encima de cada uno un poco de mermelada para adornarlos; después, debía pasarlo al cliente con mucho cuidado de no hacerlo caer y, entonces, recibir el dinero; los compradores halagaban mi buen desempeño; me emocionaba mucho hacerlo, ya que la recompensa era muy buena; de vez en cuando, uno de esos dulces era para mí. Al llegar la tarde, la especialidad de la casa era los tamales con café; el propietario nos los obsequiaba como gesto de amistad y este era el anuncio de nuestra partida; nos despedíamos siempre con mucho cariño y agradecidos por sus atenciones. Después de pasar gran parte del día en el restaurante, regresábamos al pueblo, donde asistiríamos a la misa, de la que mis abuelos son devotos, siempre nos quedábamos hasta que la ceremonia terminara y, antes de regresar a casa, comíamos un helado sentados en la plaza principal, para ver cómo transitaban las personas, tratar de imaginar lo que pasaba por la mente de cada uno y fantasear con ideas que solo quedarían en nuestros pensamientos.

Dos meses es realmente un tiempo corto para vacacionar, pero necesario para recargar energías; ya empezaba a extrañar a mi mamá, a mi tía, la escuela, mis amigos y, en parte, la rutina que llevaba. Al igual que cuando inicié a estudiar, cuando contaba los días que faltaban para comenzar el año escolar, en esta etapa también lo hacía, aunque ya no con ayuda de un calendario para acelerar el tiempo, sino era mi madre que, con sus llamadas telefónicas me iba haciendo a la idea de cuándo sería mi regreso; tampoco quería que el tiempo fuera tan fugaz que no me permitiera disfrutar de mi estadía en casa de mis abuelos y de lo bien que la pasaba con ellos; cada día fue una experiencia única, que difícilmente voy a olvidar, pues mis abuelos han sido un pilar en mi vida. Ya solo me quedaba una semana en mi pueblo, el tiempo de regresar a la ciudad y a mi escuela se acercaba, los días con mis abuelos eran cada vez menos y de nuevo la tristeza de alejarme de ellos a ratos me

invadía, pero tengo el consuelo de haber disfrutado con ellos todo el tiempo que me fue posible.

Todos los días era una actividad y una experiencia nuevas: esa semana, mi mamá iría a recogerme para, juntas, regresar a la ciudad; mis abuelos preparaban todo para su llegada y para mi partida; fui a casa de mis amigos, para despedirme de ellos y jugar por última vez; todo fue normal, como si yo no partiera al día siguiente; aún éramos muy chicos para entender lo que significaba una despedida, pero lo hicimos a nuestra mejor manera, jugando sin cesar, ni el cansancio pudo detenernos, solo lo hizo la caída de la noche. La llegada de mi madre siempre me causaba alegría; además, sentí que la había extrañado de forma sin igual, pero, a la vez, sentía el peso de alejarme de mis abuelos; mi abuela tenía una forma peculiar de consentirnos, era a través de la comida, y este día no sería la excepción. Mi mamá y yo quedamos muy agradecidas por sus cuidados y así partimos de regreso.

Después de dos largos y espectaculares meses de vacaciones, de nuevo estaba en casa; ya casi se daba inicio al segundo semestre del año escolar; me embargaba el mismo ánimo y entusiasmo que sentí el primer día de clases; mi madre había dispuesto que volviera con una semana de anticipación al reinicio de las actividades escolares, para que recordara un poco lo que había aprendido y tuviéramos preparado todo para el regreso a la escuela; no me disgustó la idea una vez en mi casa de la ciudad y, como lo había dispuesto ella, desempolvé mis cuadernos para empezar a recordar lo que había aprendido, pues no queríamos correr el riesgo de que algo se me hubiera olvidado o se me dificultara para adquirir los nuevos conocimientos que vendrían en este reinicio de año. Así, entre risas, juegos, repasos y descansos, transcurrió la última semana de vacaciones y ahora volvería a la escuela para finalizar el año escolar.

Al regresar, de nuevo fue emocionante encontrar a mis compañeros; a la profesora Marta, a quien le tenía mucho aprecio; el salón de clases, que era uno de mis lugares favoritos, después del patio de juegos. Todo transcurrió de manera normal durante este periodo de tiempo; me había hecho merecedora de izar la bandera, como reconocimiento a mi buen desempeño escolar y a mi excelente comportamiento; mis padres estaban felices por ello, al igual que yo. Había aprendido bastantes cosas nuevas, entre otras a colorear perfectamente, a distinguir un color de otro, a usar las témperas y los vinilos; sabía diferenciar las figuras y los tamaños; en fin, varias cosas nuevas para mí. Se aproximaba el final del año escolar y todo marchaba sobre ruedas con mi aprendizaje; de antemano, sabía que ganaría este año y que luego iniciaría un nuevo curso, para seguir aprendiendo muchas cosas, lo que me llenaba de curiosidad, pero esto tendría que ser lentamente, paso a paso, pero, igual, estaba dispuesta a seguir este recorrido.

El final del año escolar había llegado y todos nos preparábamos, muy satisfechos y orgullosos con nuestras pequeñas togas y birretes, para recibir nuestros diplomas, que nos acreditaban para continuar los estudios como estudiantes de primer año; ya no seríamos los pequeños del colegio, habíamos dado un paso importante en nuestras vidas y el primero en nuestra larga formación personal; nos esperaba un gran camino por delante; como niña que

era, nunca se me cruzaron por la cabeza las situaciones que tendría que afrontar para llegar a alcanzar mis sueños; siempre había pensado que todo era seguir, caminar hacia el frente, que todo estaría dispuesto para cada paso que tuviese que dar, pero, con el transcurrir del tiempo, me daría cuenta cuán equivocada estaba.

4

Era temporada escolar nuevamente; ahora mi bolso pesaba cantidades, pues los cuadernos que habían pedido para este nuevo año eran muchos, además de los nuevos libros y una cantidad de útiles, ante los que mi tía y mi madre se sorprendían pues no les encontraban algún beneficio; siempre decían que hablarían con la profesora sobre esto, pero nunca lo hicieron; solo les bastaba con quejarse.

Llevaba unas cuantas semanas de haber iniciado la escuela, las cosas que ahora aprendía eran más complicadas que antes; la profesora dejaba tareas para realizar en casa, mi madre me ayudaba y supervisaba cuando yo ejecutaba estas actividades, pero en reiteradas ocasiones se enojaba mucho puesto que yo no recordaba fácilmente lo que había aprendido en clases y esto acababa con su paciencia; varias veces tuve que oír insultos y regaños de su boca, hasta el punto que empecé a temer la llegada a casa y sentarme con ella a realizar mis tareas.

Todos los días era la misma historia; mi madre se sentaba junto a mí para dar inicio al desarrollo de la nueva actividad, yo solo la quedaba viendo y empezaba a adivinar lo que ella preguntaba; cada vez que le daba una respuesta equivocada, ella me alzaba la voz muy fuerte y me miraba con sus ojos llenos de rabia, como diciendo que cómo no recordaba lo que hacía unos momentos me había explicado; ella cada vez se llenaba de ira y yo solo estallaba en llanto; muchas veces mi tía Mariana se acercaba a mí, de forma muy cariñosa, y empezábamos juntas a desarrollar las tareas, pero a mí me pasaba lo mismo; por más que intentaba dar una respuesta correcta, siempre fallaba, o si acertaba una sola, bastaban unos segundos para que olvidara lo que había aprendido y volver a dar nuevamente una respuesta incorrecta; yo podía darme cuenta de que mi tía también se desesperaba, pero nunca le escuché una palabra que hiriera mi corazón o que fuese culpable de mis lágrimas; ella siempre fue muy paciente y comprensiva, a diferencia de mi madre.

Esto no fue impedimento para que continuara con mis estudios, pero fue la primera dificultad que tuve que asumir en mi camino hacia la consecución de mi meta, la de llegar a ser una veterinaria, entregada a su profesión, pues desde muy pequeña siempre he querido a los animales, sin que me importara si eran de raza o no lo eran, si eran bellos o no; para mí, todos los animales eran hermosos y mi sueño era ser doctora de animales, como se lo decía siempre a mi madre. Las dificultades eran mayoría a medida que avanzaba en mi aprendizaje, lo que empezó a manifestarse tanto en la escuela como en mi casa, motivo por el cual la profesora habló con mi madre, para darle aviso de lo que estaba ocurriendo

conmigo, que debía estar más pendiente de mis cosas o, posiblemente, que tendría que repetir el año.

Al regresar mi madre de esta reunión, le dijo a mi tía lo que había hablado con mi profesora; mi tía se enojó un poco, pues, según ella, no era correcto ni justo que yo pudiera reprobar el año escolar, por lo que invitó a mamá a que me dedicara más tiempo y que fuese más paciente conmigo; mi tía pensaba que, a lo mejor, el motivo de la dificultad en mi aprendizaje se debía al poco tiempo que mamá dejaba para dedicarme, o quizá a los problemas que ella tenía con mi padre; al pensar peor aún, la causa podía ser la caída que tuve de un segundo piso cuando apenas yo era una bebé; ojalá y esto no tuviese nada que ver, porque, sin duda, podía ser algo mucho más grave; por ahora, los consejos de mi tía eran que se recurriera a la paciencia, el amor y el tiempo que me dedicara en su máxima expresión.

Pese a los esfuerzos que mi tía hacía para que mi madre me dedicara mayor parte de su tiempo y de su paciencia, todo era en vano, pues ella distribuía sus horas del día en el descanso, en su novio, en su trabajo y lo mínimo era para mí, solo unos cuantos minutos para el acompañamiento en el momento de estudiar; su actitud para nada cambiaba; mi estudio junto a ella se había convertido en una rutina, en la que yo olvidaba por completo lo que en la mañana había aprendido en la escuela, a excepción de las canciones infantiles. Ella, en su esfuerzo y afán, no sé si porque hiciera las cosas rápido o que aprendiera, se ofuscaba cada vez que no daba mi lección de forma correcta; en esos momentos mi madre me miraba fijamente, llena de rabia y desespero, porque no estaba en sus manos el lograr que yo aprendiera fácilmente o, quizá, porque no sabía cómo manejar esta situación; lo único que le quedaba por hacer, o la única salida que encontró, siempre era gritarme, algunas veces golpearme o simplemente tirar el lápiz junto a mi cuaderno, levantarse de su silla, desde donde me acompañaba, darse por vencida y dejarme sola con lágrimas en mis ojos, con el corazón destrozado, pues no comprendía el porqué de su carácter, el porqué de su reacción; no entendía por qué yo no podía responder como los demás niños y esto me afligía, me frustraba lentamente y, aunque nunca manifesté el dolor que mi madre me causaba con su actitud, se iba albergando de a pocos en mi ser.

Algunos meses pasaron desde el día en que mi profesora había notificado sobre mi poco avance en la escuela; lo cierto era que no había mostrado ninguna mejoría desde entonces, por lo tanto no había nada que hacer y esta vez reprobaría el año escolar; mi tía estaba un poco triste con esta noticia, pues ella había llegado a creer que todo era culpa del poco interés que mis padres habían mostrado por mí; de seguro, el año que vendría todo sería mejor y las cosas cambiarían, para mi bien.

Un nuevo año escolar iniciaba; yo continuaría en el mismo curso, pero con una profesora diferente, pero era afortunada porque tendría compañeros nuevos, conocería otras caras, sería una nueva y mágica experiencia; no todo era malo, al menos no para mí, pues aún no había llegado a concebir la idea del tiempo en mi mente y lo único importante era los momentos que pudiera pasar en la escuela y con mis compañeros; yo no había perdido nada, pues a mis antiguos compañeros podía verlos y compartir con ellos en los momentos de descanso.

Ahora las cosas habían mejorado un poco, pero no como debieran haberlo hecho, pues mis problemas de aprendizaje aún se manifestaban, lo que empezó a sonarle un poco raro a mi tía quien, al saber que mis dificultades persistían, le aconsejó a mi madre que visitáramos a un sicólogo; quizá mis complicaciones se debían a un problema psicológico y esta sería una muy buena forma en la que podrían ayudarme. Las cosas cada vez se ponían más incómodas para mí, pues no bastaba con la actitud de mi madre frente a mi problema, sino que ahora se relacionaban con mi profesora; tendría que aguantar también a la profesora, quien no tenía en cuenta los inconvenientes que yo presentaba; así, a sabiendas de mi lentitud a la hora de escribir, sin ni siquiera preguntar si yo había terminado de copiar lo que había escrito ya, borraba el tablero para continuar con sus actividades; por este motivo, muchas veces los trabajos que dejaba para desarrollar en la casa o en el salón de clases quedaban inconclusos; a veces, me llamaba la atención injustamente y me ridiculizaba frente a mis amigos; entonces, yo empecé a tener sentimientos de rabia, también de vergüenza, hasta el punto de que algunas veces le manifesté a mi madre que no quería volver a la escuela por la actitud que la profesora tenía para conmigo; ella, un tanto enojada con lo que yo le había comentado, se dirigió de inmediato para hablar con la docente, respecto a lo que estaba pasando. Ella alegó, en su defensa, que yo era una niña muy inquieta y que debía tomar medidas para que no me saliera de sus manos, pero que, en adelante, cambiaría su modo de trabajar conmigo; ese era su compromiso.

Mientras mi vida transcurría en la escuela, mamá adelantaba todo lo concerniente a los exámenes médicos y psicológicos que mi tía le había sugerido que me hicieran, lo que tardaría un poco, ya que, con el sistema de salud que se tiene, que pone tantas trabas, las cosas no serían tan fáciles, más aun cuando se es de un estrato bajo, como el nuestro, así que mi madre debía de ir de un lado a otro, sacar papel tras papel, autorización tras autorización, tan solo para que el médico pudiera hacerme un chequeo general; después de haberlo logrado, tuvimos que esperar aproximadamente dos o tres meses para que pudiera visitar a un especialista quien, al fin, según decían mi tía y mamá, daría un diagnóstico final sobre qué era lo que sucedía conmigo; pero el resultado no fue el esperado, pues de allí me enviaron a uno y a otro y a otro especialista, para descartar posibles problemas.

De modo que, primero, estuve con una psicóloga, quien dio su diagnóstico, en el que decía que se trataba solo de problemas relacionados con el aprendizaje; ella decidió que debía asistir a una consulta con un neuropediatra, para que él diera su diagnóstico definitivo; afortunadamente no debimos esperar mucho tiempo para esta cita; una vez hechos los exámenes requeridos, solo quedaba esperar la respuesta. El día había llegado,

entonces nos dirigimos hacia el hospital donde teníamos la cita con el médico especialista, para que revisara el resultado de los exámenes; al llegar, mi tía se quedó en la sala de espera mientras mi madre y yo entramos; el médico empezó a hablar con mi mamá y, en seguida, ella empezó a llorar, mientras el médico la consolaba y le decía que no estaría sola, que tendría a todo un equipo para asistirle en este caso.

Yo no entendía qué pasaba; total, mi felicidad, en aquel momento, aún no se había truncado; cuando salimos del consultorio, mi tía vio cómo mi madre lloraba; en seguida, pude notar una extraña expresión en su rostro, se le acercó y le preguntó qué había pasado; tartamudeando las palabras, mi madre le respondió:

—Ana tiene epilepsia. —En ese instante vi que la calma retornó al rostro de mi tía, quien decía que se había asustado por un momento; que, a pesar de que la epilepsia no era nada fácil de sobrellevar, tampoco era la peor enfermedad del mundo. Se había descartado que la causa de mis dificultades con el aprendizaje se debiera a la caída que sufrí desde el segundo piso de la casa de mis abuelos, cuando la morada estaba en construcción y yo solo contaba con un año de edad; ese era un alivio y un peso menos para mamá; ahora, faltaba esperar el resultado de otros exámenes que, a lo mejor, vendrían a aclararlo todo. Lo cierto era que mi vida no se detenía; a pesar de esto, yo continuaba con una vida normal, a no ser por las complicaciones que venía presentando que, a la larga, no eran un impedimento para que siguiera viviendo como cualquier niña de mi edad; al menos, los problemas los olvidaba a través del juego y de las distracciones que a diario se me presentaban.

Al fin, después de unos días entregarían los resultados de los últimos exámenes, requeridos para mi diagnóstico definitivo; por tanto, mi madre tendría que visitar al neurólogo, quien le diría cuál era el dictamen final que, después de los estudios hechos a través de una tomografía axial computarizada, que me habían realizado previamente, determinó que en mi cerebro existía un corto circuito; mi madre no entendía a qué se refería con esto; entonces, el médico procedió a explicarle qué era lo que ocurría; de acuerdo con su explicación, en mi cerebro existía un corto circuito que se daba cada vez que me movía; es decir, en las neuronas existía un proceso de sinapsis que no debía realizarse o, dicho de otra forma, con el movimiento las dendritas de algunas neuronas chocaban entre sí, lo que ocasionaba una especie de corto, como sucede en los circuitos eléctricos, donde un cable, que se avería, se junta con otro y produce que la conexión eléctrica se funda y, en casos extremos, termina en incendios graves.

Con esta explicación, mi madre pudo comprender qué era lo que pasaba en mi cerebro; este motivo era el causante de que mi aprendizaje fuera a paso lento, de mis constantes caídas sin motivo alguno al caminar, de mis enredos en la lengua cuando pronunciaba alguna palabra, de no comprender con exactitud cuando algo era peligroso para mí; mi problema, en palabras simples, se debía a un retraso mental leve, por fortuna leve; es decir, yo podía tener una vida normal si llevaba a cabo una serie de terapias, que serían de por vida; al instante, el neurólogo dio las autorizaciones correspondientes para que iniciara esas terapias lo más pronto posible, que se llevarían a cabo en una fundación especializada para

estos casos; ahí habían señalado que debía asistir dos veces por semana; cada día tendría que estar por dos horas en terapia, divididas así: media hora con el sicólogo, media hora con el fisioterapeuta, otros treinta minutos con el fonoaudiólogo y los últimos treinta minutos con el neurólogo.

Así di inicio a una nueva rutina que, de ahora en adelante, se convertiría en parte de mi vida; el paso del tiempo hablaría sobre los posibles beneficios que esto me acarrearía; recuerdo a mamá, que muchas veces llegaba de su trabajo quizá agotada, quizá sin haber probado bocado aún, pero, sin perder un minuto, salíamos de casa para llegar puntuales a nuestras citas; ella no iba a permitir que se perdiera una sola de las que me correspondían; los días para mi rehabilitación eran, como ella lo decía, “sagrados”; en aquellos momentos, yo primaba por encima de todo; eran muy agradables las horas que pasaba en rehabilitación, pues me hacían jugar, dibujar, colorear, tenía que hablar con una joven muy agradable y divertida, a quien le había tomado confianza; de esta forma, el tiempo se pasaba en un abrir y cerrar de ojos, para anhelar que llegara pronto nuestro próximo encuentro; no puedo decir lo mismo de mi madre para quien, al parecer, esto le resultaba un poco aburrido; ella debía esperarme en una sala, donde había unas sillas muy cómodas; siempre buscaba la mejor para sentarse y, a veces, cuando yo volteaba a mirarla, podía darme cuenta que estaba bostezando e incluso aprovechaba para tomar una siesta; otras veces, se quedaba con su mirada perdida, lo que me causaba curiosidad, al preguntarme sobre qué pensaría ella en aquellos momentos; quizá nunca lo sabré, pero de lo que estoy segura es de que esos momentos me hicieron comprender lo valiosa e importante que yo era para ella, aunque muchas veces no lo mostrara con su actitud fuerte, en los ratos que colmaba su paciencia.

El tiempo enmarcaba su causa y en mi vida algunas cosas habían mejorado, mientras otras continuaban igual o peor; por fortuna, las terapias de rehabilitación mostraban sus primeros frutos: lo primero que noté fue que ya no tenía mis rodillas llenas de golpes o morados, pues las caídas sin explicación habían cesado; el aprendizaje de las letras ya se hacía notar, claro está que no con la misma rapidez con la que lo hacían los otros niños, pero, al menos, empezaba a reconocerlas y formar palabras con ellas; aprendí poco a poco los números y ahora podía contar, lo que me alegraba sobremanera; para mí, esto era un logro importante; es evidente que el cambio pudo notarse, pero no todo sería color de rosa, ya que yo era la única estudiante que, en mi salón, presentaba esta complicación; el resto eran niños “normales”, que adelantaban en sus conocimientos sin mayor dificultad, por lo cual la profesora les daba prioridad a sus veinticuatro pequeños antes que a mí; ella no podía atrasarse con los demás por mi causa y, a sabiendas de la problemática que yo atravesaba, ella se empleó siempre en exigir que rindiera igual que los otros; siempre me envió al último lugar, lo que dificultaba mi visión y por ello me demoraba aún más en anotar los contenidos que ella escribía en el tablero; continuaba con sus regaños inútiles e injustos, que nunca lograron su cometido; no era de su incumbencia que solo un estudiante se quedara atrás mientras que el resto rendía a su medida, ese no era su problema; ella asumía que el problema estaba en mí, por ser una niña anormal o enferma, como muchas

veces me gritó delante de toda la clase; quizá nunca llegó a imaginar cómo desgarraba mi alma cada vez que esas palabras salían de su boca dirigidas directamente contra mí; quizá nunca imaginó que las lágrimas que recorrían por mis mejillas era una pequeña expresión del algo que moraba en mi ser, aunque nunca logré entender de qué cosa era yo culpable.

Los días seguían pasando entre mi estudio, los juegos, las terapias, las incomprensiones de mi profesora e incluso de mi madre, pero yo debía seguir adelante con ello; aun siendo una niña, al menos ahora me entusiasmaba mucho que esta vez sí pasaría el año y así se lo expresaba a mi tía y a mi mamá, quienes se mostraban alegres, junto conmigo, por este triunfo que ahora veíamos cerca. Recuerdo una ocasión, cuando mi tía se me acercó, como de costumbre, para preguntarme sobre cómo me estaba yendo en el colegio:

—Muy bien, tía —le respondí.

Luego, me preguntó sobre cuál era el trato que me daba mi profesora; yo le dije que ella era muy brava, me regañaba mucho y, eventualmente, me tomaba por lo brazos de forma brusca, para impedir que me acercara a otro compañero a pedirle algún objeto prestado; mi madre nos oyó hablar e interrumpió nuestra charla, para intervenir sobre el tema; ella, con anticipación, había hablado con la profesora sobre estos acontecimientos y, al parecer, eso no había servido de nada; mi tía le indicó a mamá que hablara una vez más con la profesora, para que le expusiera las complicaciones que yo tenía y, si esto no resultaba suficiente, entonces debería dirigirse al rector de la institución, para que tomara alguna medida sobre el caso; mi tía se veía muy enojada; decía:

—¿Es que acaso esa maestra no tiene preparación para llevar estos casos?, ¿acaso no sabe ella que estos niños deben tratarse de manera especial, se debe tratar de incluirlos en el grupo y no hacer todo lo contrario, sacarlos de ahí?, ¿acaso no es una profesional calificada para sobrellevar este asunto? —Mi madre la oía con atención y, como era de esperarse, al día siguiente, después de ir por mí al colegio, intentó, por última vez, que ella cambiara su trato para conmigo; dijo que esperaría algún tiempo y, si no obtenía los resultados que ella esperaba, tomaría medidas más drásticas, incluso hasta llegar a denunciarla; ciertamente, los cambios en la maestra esta vez se hicieron notar; había concebido, al fin, que, sin tratarme como alguien diferente, debía emplear unos métodos o unas estrategias que facilitaran mi rendimiento académico, pero creo que lo entendió demasiado tarde o por un lapso de tiempo muy corto.

El año escolar estaba llegando a su fin; ¡vaya sorpresa cuando, en una entrega de informes, mi maestra le volvió a decir a mi madre que yo tendría que repetir el año! Ella se afligió mucho y, al llegar a casa, como siempre lo hacía, enteró a mi tía sobre lo que la profesora le había dicho; cuál sería mi extrañeza cuando, por vez primera, vi la indignación que mi tía expresaba en su semblante; entonces, subió su tono de voz y señaló:

—¡Cómo que va a perder el año otra vez! Dígale a esa señora incompetente que ¡cómo se le ocurre decir eso; si es que ella no tiene hijos; si no sabe cómo actuar en estos casos, que se forme primero; dígale que ella no tiene ningún derecho para obligar a Ana a repetir

otra vez el año; no vaya a permitir que eso pase; a la niña no pueden obligarla; cómo va a dejar que le hagan repetir, con lo ilusionada que está al decir que ahora sí ganará el año; no es justo con ella, con tanto esfuerzo como hace cuando debe levantarse en las mañanas, lo difícil que es quitarse las cobijas de encima y obligarse a abrir sus ojos, que pareciera que tienen voluntad propia para no hacerlo; soportar el frío matutino al tomar una ducha para estar fresca y bien presentada en su clase, con la ilusión de que esta vez será diferente, que ahora no tendrá que abandonar a los que considera sus amigos, que no tendrá que atrasar una vez más el avance en sus estudios; es verdad que solo es una niña de seis años, pero ya puede darse cuenta y analizar lo que sucede a su alrededor; esto le puede afectar más adelante en su comportamiento y no es justo para ella! —Mi madre solo escuchaba, pero no pronunciaba una sola palabra, pues en su interior sabía que su hermana tenía toda la razón. Mi tía continuó su discurso, al decir:

—Es falso aceptar que si deja a la niña un año más con esa profesora, las cosas van a ser diferentes; si no hizo nada en dos años, tampoco logrará nada en uno nuevo; sugiero, mejor, que hable con la sicóloga, con quien Ana tiene cita en dos días, y le comente la situación, a ver qué dice y, así, decide qué sería lo mejor que se puede hacer en este caso. —Mamá aceptó el consejo de mi tía y esperó para tener una valoración psicológica respecto a este asunto. Una vez hubo consultado la situación con mi sicóloga, le confirmó lo que mi tía de antemano había dicho, que no era para nada conveniente que tuviera que repetir el mismo año; tendría que continuar mi ciclo de estudios como los demás niños, con la diferencia que no se me podía exigir que rindiera igual que ellos; mi avance tendría que ser a paso lento, sin detenerme en ninguno de los años que fuera cursando, pues, de no hacerlo así, traería grandes consecuencias para mi salud mental, lo que influiría más adelante en mi comportamiento; además, nadie desconocía que, a causa de las palabras que escuchaba de mi profesora, de mis compañeros e incluso de mi familia, me había convertido en una niña un poco tímida, insegura, y me había convencido que, en verdad, era una “tonta”, que no tenía habilidades para realizar algunas tareas que tenían que ver con mi estudio o para ejecutar la más simple maniobra en mi casa. Después de haber escuchado la opinión de la doctora, mi madre se convenció y reafirmó que no permitiría que me quedara una vez más repitiendo el primer año y que mi profesora no podía oponerse a ello.

6

Así, es exacto, sucedieron las cosas: gané el año lectivo y todos estábamos muy contentos por este triunfo; tendría unas merecidas vacaciones, que pasaría junto a mis abuelos; al igual que yo, ellos añoraban mi pronta llegada a su pequeño y tranquilo pueblo; estar ahí era la ocasión para vivir una serie de experiencias mágicas, irrepetibles, inigualables; allí podía ser, o me sentía, libre; no existía el encierro en las cuatro paredes de una habitación; al contrario, no solo tenía dispuesto un patio, sino la naturaleza, con toda su majestuosidad, solo para mí; hacia donde observaba, podía notar el hermoso verde de los árboles; las

flores, con sus mil colores; los pajaritos, con el movimiento de sus alas; podía respirar el fresco aire, que no se veía contaminado por el humo emanado de una fábrica, de un montón de vehículos alborotados con sus pitos, porque el motor del carro que los antecedía no arrancaba cuando apenas había cambiado el semáforo a verde.

Estar ahí era vivir en un paraíso inimaginado, donde nadie miraba al otro de forma despreciable; donde las personas nunca sacaban a relucir las diferencias, sino, al contrario, las cualidades y las capacidades; aparentemente, era lo único que los demás percibían del otro; quizá, en el interior de sus corazones, sabían que existía algo en mí que marcaba la diferencia, pero nunca, nunca oí una palabra que se refiriera a ello; nunca sentí el desprecio por absolutamente nadie, ni por grandes ni por chicos; en ese lugar, yo era una más de los niños del pueblo, que tenía todo el derecho a crecer sin oposición alguna; mis Necesidades Educativas Especiales jamás me marcaron. Tal vez, sin saberlo, esto era un motivo para que amara entrañablemente aquel sitio y siempre deseara con todas mis fuerzas estar ahí.

Muchas veces mis abuelos le pidieron a mamá que me permitiera regresar con ellos, y yo también lo deseaba, pero ahí no se contaba con los servicios de salud o de especialista que había en la ciudad, los que debía visitar cada semana; este era el mayor impedimento para que mi vida trascurriera en ese maravilloso lugar, de donde jamás hubiese deseado salir, pero no se puede nadar contra la corriente y tuve que aceptar las exigencias de una sociedad cada vez más impositiva, donde la voluntad propia para ser feliz, para ser cada uno sí mismo empieza a limitarse desde el momento en que, por vez primera, se pisan las instalaciones de un centro educativo; aunque, de primera mano, esta fuese la ilusión más grande que puede albergar un niño en su interior, nunca alcanza a imaginar que su mayor anhelo puede llegar a convertirse en la celda de una prisión, en la que cada uno se ha puesto, a lo mejor sin nunca percatarse de ello, ¡qué ironía!

Mientras yo gozaba mucho de mis vacaciones, en la ciudad mis padres adelantaban un pleito, en el que se decidiría cuál de los dos se iba a quedar conmigo, cuando regresara de mi viaje; mi padre alegaba que mamá era una mujer que no estaba pendiente de mí, que a su lado estaría mejor y que si ella no se lo permitía, él lo llevaría a casos extremos, la amenazó con quitarle mi custodia a través de un juez; mamá, un poco furiosa, pero asustada al mismo tiempo, con fuertes palabras le decía que nunca iba a permitir que él se quedara conmigo. Mi tía se había enterado y estaba pendiente de todo lo que ocurría; ella era el apoyo de mi madre, sus palabras le tranquilizaban el corazón exaltado y preocupado de mamá; mi tía siempre le dijo que ella nunca perdería mi custodia, pues, en primer lugar, mi padre tendría que demostrar que ella era una madre que no podía hacerse cargo de mí, que no contaba con una calificación ética y moral para que me mantuviera a su lado y nunca podría serlo porque sencillamente eso no era verdad.

Mamá lograba serenarse cada vez que platicaba con mi tía y, de esa forma, reflexionaba cuál sería el paso que debería dar; después de algunas semanas de ataques y riñas entre mis padres, mamá estaba considerando el permitir que yo fuera a vivir con papá; de esa forma, él tendría toda la responsabilidad en el cuidado de su hija, al menos por un

tiempo; ella quería que él experimentara lo difícil que era estar a cargo de un hijo, pues habían sido muy pocas las veces cuando recibimos la ayuda de mi padre, sobre todo en lo económico, que es lo que más demanda en estos días. Después de haberlo meditado concienzudamente, mamá permitió que viviera ahora con mi padre; él se haría cargo de mis cosas y a ella solo la vería los fines de semana, así que, cuando regresé de las vacaciones en casa de mis abuelos, mamá me recibió con aquella grata noticia, y digo grata porque, a decir verdad, era algo que le había insinuado cantidad de veces a mi madre cada vez que me enojaba con ella, cuando no aprobaba que jugara porque debía hacer mis tareas; esto me molestaba y sabía que las cosas con papá serían a otro precio, pero ¡qué equivocada estaba!

Mi papá decidió que no iba a regresar a la misma escuela donde había adelantado mis estudios; él quería que fuera a una institución que, según él, era mucho mejor y donde yo no tendría los problemas que traía conmigo hasta el momento; mi madre, reacia a este cambio, le preguntaba constantemente sobre cuál sería esa nueva dichosa institución y, cuando la nombró y dijo que era una de las mejores instituciones de la ciudad, donde había programas de inclusión educativa, mi madre se sintió más tranquila y aceptó que se produjera mi traslado. Este era un nuevo cambio para mi vida, en tan poco tiempo; ahora, tendría que enfrentar nuevamente el proceso de adaptación y de relacionarme con nuevos compañeros y profesores; claro está que esto nunca fue, ni ha sido, cosa difícil para mí, pues tengo una buena capacidad para entablar las relaciones interpersonales; por fortuna, esto no es difícil para mí, por lo que no sería un problema; yo estaba muy contenta, pues al fin podía ir a vivir con mi padre, que era algo que había deseado desde hacía algún tiempo.

Al inicio todo marchaba sobre ruedas, pero luego papá también empezó con las exigencias que me hacía mi madre; es más, papá me hacía pasar más tiempo del que me exigía mi mamá clavada en un escritorio con mi cuadernos, estudiando lo que lo que había aprendido cada día en mi jornada de clases, lo que me molestaba mucho pero, a pesar de esto, aún era feliz viviendo al lado de mi padre que, un día, me comentó que, por motivos laborales, tendría que ausentarse por algún tiempo, que ahora yo estaría al cuidado de mi abuelita y él vendría a visitarme cada quince días, lo que me disgustó mucho, pues yo disfrutaba al estar con él y ahora ya no lo estaría, pero... ¿qué podía hacer? Nada en absoluto, solo era una niña que debía aceptar todas las decisiones de los grandes y, así fue; papá partió hacia un pueblo muy alejado de la ciudad; ahora, me sentía un poco sola; mi abuelita, aunque era muy cuidadosa conmigo, no compensaba los momentos que disfrutaba al lado de papá, así fuera con sus regaños y sus exigencias para que estudiara.

Mamá venía por mí cada semana o cada dos semanas, según su trabajo se lo permitiera; ella me llamaba cada noche y me preguntaba si había cenado ya, que cómo estaba en la escuela, que cómo iba con mis terapias, y a todo yo contestaba:

—¡Muy bien, mamita! —Sabía que esto la hacía sentir tranquila pero, cada vez que mamá iba por mí a casa de mi abuela, había una discusión telefónica con mi papá, pues ella no se explicaba por qué cada vez que me recogía, yo aparecía con las rodillas golpeadas, con morados, sucia; en pocas palabras, muy descuidada en mi aseo personal; a medida que

pasaba el tiempo, las discusiones aumentaron, pues yo empecé a darle quejas de todo lo que mi abuela y la hermana de mi padre, es decir mi tía, me obligaban a hacer; mamá, enojada, le reclamaba a mi padre sobre por qué yo tenía que encargarme de algunas obligaciones de la casa, como lavar la loza, arreglar las habitaciones, lavar mi ropa; ella decía que yo no estaba para que hiciera esas cosas y le exigía a mi papá que no permitiera que eso siguiera pasando, pero ellos siempre le dijeron que lo que yo decía era mentiras y exageraciones más, lo que mi madre nunca les creyó, así que sus discusiones eran interminables.

A pesar de sus peticiones, las cosas nunca cambiaron; al contrario, seguían de mal en peor, pues lo que se hizo fue que perdiera todo lo que a mi madre tanto esfuerzo le había costado conseguir, que tuviera acceso a esas ayudas en salud; en definitiva, las terapias se habían perdido; ya no podía seguir en rehabilitación como lo requería, simplemente por el descuido de mi padre al llevarlo a cabo; ahora, mi madre tendría que iniciar un nuevo proceso y quién sabe cuánto tiempo le llevaría para que volvieran a darme dicho servicio.

Transcurridos algunos meses en la nueva institución, mamá se percató que yo no había mejorado, que estaba igual o peor que antes, pero sabía que, de alguna manera, era normal porque no estaba recibiendo la ayuda terapéutica, por lo que no puso mayor reparo en esta situación, hasta que llegó el día en el que ella tuvo que ir hasta la escuela por mí para que pasáramos ese fin de semana juntas y se sorprendió totalmente cuando la maestra y la sicóloga de la institución la llevaron para hablar con ella a puerta cerrada y decirle que se iniciaría la gestión para que el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar se hiciera cargo de mí; ella, por completo atónita, no podía creer lo que estaba escuchando, que no había nadie que estuviera respondiendo por mí en la escuela, que no se habían acercado para cumplir con la recepción de los boletines, que se habían hecho ya dos llamados de atención por escrito y ninguno se había respondido, y este era el tercero, para dar inicio al papeleo.

Mamá, un poco alterada por lo que acababa de oír, les respondió que nunca estuvo enterada de nada, que el padre de la niña se había encargado de esas cosas y que, según él, todo iba perfectamente bien en la escuela, las terapias y con la niña, pero ahora resultaba que todo había sido una vil mentira; la sicóloga le manifestó que mi rendimiento era bajo, al igual que mi estado de ánimo, y le sugirió que me llevara a vivir nuevamente con ella, además de ofrecerle los servicios de la institución respecto al programa de inclusión educativa, que allí tenían. El colegio sabía sobre mis dificultades de aprendizaje, por lo tanto el acompañamiento que me brindarían sería diferente al de los otros niños, al igual que la forma de calificar; del mismo modo, había un acompañamiento personal, por el área de sicología, para tratar de que se asegurara mi derecho a la educación; por un momento, había rondado en la cabeza de mi madre la idea de cambiarme de escuela, pero con lo que la sicóloga le había ofrecido, pensó que lo mejor sería que me mantuviera allí.

El regreso a casa de mamá fue inmediato, pese a la oposición de mi abuela y de mi padre, pero esta decisión no estaba en discusión; en aquel momento, sentí que lo peor que pudo haber hecho era haberme apartado de su lado, pero este sería un error que no volvería a cometer jamás; el cambio de actitud, mi presentación personal y mi estado de ánimo fue

muy notorio desde que regresé a la compañía materna; ahora la situación se había invertido una vez más, viviría con mi madre y con mi tía y a papá lo vería solo los fines de semana.

7

Las cosas en la escuela habían mejorado, en la mayoría de mis profesores, pero aún continuaba atrasada en mi aprendizaje, sobre todo en el área de español, clase que se me había convertido en una tortura, dado que la profesora encargada de la materia, no sé si por su edad, no comprendía de ninguna persona que yo tenía un problema de aprendizaje, que requería de un método de evaluación diferente, que evaluara mi proceso acorde a mis Necesidades educativas especiales; contrario a esto, experimentaba una vez más el maltrato por parte de la docente de forma pública, pues utilizaba expresiones como “niña tonta”, “boba”, “retraída”, entre otras, lo que hacía que me sintiera menospreciada, con lo que alimentaba en forma reiterada mi problema de baja autoestima y de introversión, ante lo que se buscó una solución de fondo, al formular un ultimátum a su comportamiento, lo que permitió que, al menos, ella frenara paulatinamente sus acciones; las cosas empezaron a ser mejores desde todos los ámbitos.

Después de varios meses y luego de una larga lucha de mi madre por conseguirlas, pude volver otra vez a mis terapias; así, se me programaron cada semana las visitas que debía hacer a cada uno de los especialistas que trabajarían conmigo para asegurarme una mejor calidad de vida, que debían adecuarse a los horarios que mamá tenía debido a sus compromisos de trabajo; por fortuna, los especialistas estuvieron de acuerdo en acoplarse a nuestros horarios y buscaban los espacios que pudieran favorecernos: ¡quién, además de yo, tendría estos privilegios! Me sentí bendecida, en aquel momento.

A favor mío, el año lectivo llegaba a su fin, y era un nuevo logro que me llenaba de felicidad; esta vez podría seguir adelante en la misma escuela; al parecer, mamá pensó que lo mejor sería que terminara mi educación primaria en esta institución que, de alguna manera, me garantizaba el derecho a educarme, pues, aunque lo anhelaba, no contaba con los medios económicos para pagar mi formación académica en una institución privada especializada en estudiantes con Necesidades educativas especiales, pero eso se había convertido en su siguiente meta, y creía que algún día podría pagarla.

El tiempo continuaba su derrotero, sin dar la menor espera para enderezar el cauce que habían tomado algunas de las decisiones que habían llegado a afectar mi vida; yo iba creciendo en edad y en estatura, pero mi nivel cognitivo no era acorde con el nivel cronológico que había alcanzado; a pesar de mis inicios como una adolescente, de las terapias y la abnegación que ahora veía en mi madre, los resultados eran lentos; mi nivel cognitivo no encajaba con mi edad, lo que siguió siendo motivo de burla para algunas personas, quienes se detenían a observar mi estatura y, al estimar mi comportamiento, consideraban que era una persona “torpe” y “tonta” para ser tan grande; no se explicaban

qué ocurría, o se sorprendían, cuando me oían mencionar el grado de escolaridad que estaba cursando.

A pesar de no que no tenía un aprendizaje rápido, sí podía entender y sentir perfectamente cada palabra, cada burla, cada risa, cada mirada que los demás lanzaban contra mí como si fuesen piedras, o espinas, que cada vez acrecentaban mis heridas internas, las que nunca pude manifestar con un reclamo, con un llamado de atención a quienes me las infligían, al declarar mi descontento o decir cuánto me hería aquello; no, esto se quedaba en mis adentros y lo único que podía hacer era enfurecerme con la comida, ponerme de mal humor, desobedecer a mi madre o simplemente ponerme a llorar; tantas cosas con las que lo único que deseaba manifestar y gritar era que con aquello que enfilaban contra mí “me hacían daño”, me dañaban sus palabras, sus risas, sus burlas; mientras que para ellos eso era solo motivo de juego o simplemente imprudencias, para mí eran unos dardos envenenados que acababan lentamente con las ilusiones de una niña que apenas estaba empezando a vivir.

En medio de estas contradicciones, el tiempo se me hacía eterno; muchas veces deseé cerrar los ojos y, al abrirlos, hubiera querido darme cuenta que todo ya hubiese pasado; ser una mujer adulta, con sus sueños hechos realidad, para no sentir o experimentar cada una de esas cosas que a diario me acontecían, pero cada vez que soñaba con esto lo único que lograba, cuando abría los ojos, era decepcionarme y saber que tendría que vivir cada segundo con los ojos muy abiertos; el tiempo seguía su marcha y, junto con él, mi vida avanzaba a paso lento, aunque para mis padres los años solo les parecían meses o días que se habían esfumado sin darse cuenta: ¡cómo lograban sentir esto!, en verdad no lo sé. Me decía:

—¡No lo entiendo!

Ahora cursaba ya quinto grado y, según decían mis padres, no habían sentido en qué momento había llegado hasta ese punto: “yo lo sé perfectamente”, pensaba en mi interior.

Quinto grado, ¡qué alegría!; quinto grado, al que había podido llegar sin tener ningún retraso en los últimos niveles anteriores, en años de grandes experiencias, buenas y malas, alegres y tristes, con compañeros que aún llevo en el corazón; con recuerdos bellos, pero también frustrantes, como aquella vez cuando la profesora del área de español realizara una prueba de lectura: con mucho esfuerzo había logrado aprender a escribir y, claro, a leer, pero no lo hacía de manera muy fluida que digamos y esto me aterraba un poco para cuando llegara mi turno de dar la lección; en efecto, cada compañero realizaba la lectura de un párrafo, que la docente había preparado con anterioridad; al escuchar mi nombre en su boca, sentí que algo se caía dentro de mí; la miré a los ojos, caminé lento hasta cuando llegué al frente, junto al tablero; ella me entregó la lectura que había preparado para mí, la tomé en mis manos, me puse de frente a toda la clase, tapé mi cara con la hoja que me había entregado la maestra y di inicio a la lectura, un poco temblorosa y agitada; todo estaba en completo silencio, en espera de que arrancara con mi ejercicio; volví mis ojos nuevamente hacia la profesora y ella, con voz apagada, exclamó que iniciara.

Yo repasaba las imágenes que me mostraban las letras que formaban las palabras, para tratar de reconocer cada una y para evitar equivocarme y, al fin, decidí empezar mi lectura; como lo había imaginado ya, mi lectura fue lenta; leía las palabras casi que por sílabas; algunas veces oía la ayuda que me brindaba la profesora para que terminara alguna palabra que se me trababa; al terminar, no escuché ninguna felicitación por el esfuerzo que había hecho, sino un

—Vuelve a tu lugar. —Pero hubo algo que no dejó de llamar mi atención por completo: que algunos estudiantes habían leído y leían igual que yo, con dificultades o, quizá, peor y, en mi entendimiento, eran niños que estaban totalmente sanos; por ese lado, me di cuenta que yo les llevaba ventaja, ¡qué alivio! En cambio, en la asignatura de matemáticas era excepcional; era capaz de realizar sumas y restas de manera ágil, aprender las tablas de multiplicar no fue un asunto que me causara inconvenientes; las divisiones y la multiplicación podía resolverlas sin equivocarme. En el momento de realizar actividades en clase, era la primera en terminar y obtenía buenos resultados, motivo por el cual la profesora me dejaba unos cuantos ejercicios más, para que los realizara mientras el resto terminaba y así no causara molestia ni distracción al resto del grupo; yo veía que mis compañeros, con ayuda de hojas adicionales, lápiz y borrador en exceso, adivinaban la respuesta, ponían números al azar o, con la ayuda de sus dedos para contar, lograban terminar con apuros sus ejercicios; incluso había algunos que, con astucia, guardaban pequeñas calculadoras y las utilizaban, sin tener en cuenta que de nada servía obtener un buen resultado, si el proceso de la operación estaba sin realizar, errado o incompleto.

Así, obtuve buena fama en mi curso por mi capacidad para desarrollar problemas de matemáticas, lo que hacía que, cuando la profesora disponía que se formaran grupos de trabajo, se peleaban por hacerme parte de ellos; en esos momentos, me sentía parte de algo, cosa que muy pocas veces pasaba en mi vida. En casa tampoco necesitaba ayuda para hacer mis trabajos; mi mamá, y ocasionalmente mi tía, se cercioraban de que mi tarea estuviera bien hecha y completa; ellas conocían mis habilidades con los números, por lo que no era necesario que hicieran correcciones, pero sí debían reforzar lo que había aprendido en la clase.

En la institución transcurrieron tres años más de mi vida; sí, ahí terminé satisfactoriamente mi educación básica primaria, en medio de las dificultades que cada año, cada periodo traía consigo, pero, como mi mamá se lo había propuesto, aun con grandes esfuerzos me llevaría a un colegio de educación privada, donde me brindarían lo que el Estado, las instituciones y muchos profesores me habían negado de hecho: el derecho a una educación gratuita y de calidad.

TERCERA PARTE
A MEDIA MAÑANA

1

No era una niña inconsciente, que no entendiera lo que sucedía a mi alrededor; me había convertido en una niña a quien las pruebas de la vida la habían obligado a madurar. Terminé la escuela primaria con muchos obstáculos en un colegio público, donde más que apoyo, lo que encontré fueron pedruscos, que cada vez dificultaban mi camino; ahora ingresaría a un colegio privado, que mi madre se había visto obligada a conseguir, para cerciorarse de que pudiera continuar mis estudios, aunque esto significara grandes sacrificios para poder pagarlo, pero yo lo valía todo y, por mí, estaba dispuesta a hacer los más grandes esfuerzos.

Antes de optar por semejante decisión se había informado bien sobre los beneficios que me ofrecía o aportaría a nivel integral, pues, además de mi aprendizaje académico, a mamá le interesaba que hubiese una educación moral, donde se me respetara como ser humano y se reconociera mi valor como persona; que tanto los profesores como los estudiantes con los que me encontraría, hicieran a un lado las diferencias y no marcaran en mi frente un rótulo que nuevamente pusiera en entredicho mis capacidades y valores; mamá, ante todo, deseaba mi felicidad, y la nueva institución, a la que asistiría, contaba con un programa de inclusión educativa a su manera, diferente al establecido por la Ley, pues era una institución privada que no se obligaba a regirse por las normas que imponía el gobierno, ya que contaban con autonomía dentro de sus Lineamientos educativos; en ella, admitían estudiantes con algunos tipos de discapacidad, como síndrome de Down, síndrome de Asperger y discapacidad motriz, pero nunca se habían enfrentado a una necesidad educativa de retraso mental leve.

En medio de toda esta lucha que habíamos tenido que librar, junto con mi madre y mi tía, desde los inicios de mi educación, ya contaba con trece años cuando ingresé a la educación secundaria; mi razonamiento era el de una mujer mucho mayor y mi aprendizaje, en lo académico, el correspondiente a una niña de diez años; todo estaba disperso en mí, pero algo tenía muy claro: tanto todas las personas con discapacidad como yo tenemos los mismos derechos de educarnos que una persona que la sociedad cataloga como “normal”.

Mi madre no había quedado totalmente satisfecha con la información que había recibido por parte del director del supuesto Programa de educación inclusiva que existía en el colegio, pues, en realidad, lo que había en la institución no era un Programa para necesidades educativas especiales, sino la disposición del colegio para acoger a estudiantes que presentaran este tipo de necesidades, pero allí no tenían el personal capacitado y calificado para dicha labor, pero sí se había producido una apertura para trabajarlas, aunque con algunas limitaciones, pues el hecho de ser grandes instituciones significaba un gran número de estudiantes en el aula, que debía dirigir, coordinar y vigilar una sola persona, un solo docente, que no poseía la metodología para acompañar a los estudiantes con

necesidades educativas especiales, lo que complicaba aún más la enseñanza para ellos, ya que les demandaría mucho más tiempo, vigilancia y acompañamiento, motivo por el cual sólo aceptaban a un estudiante con necesidades educativas especiales por año lectivo y por cada grado, además de la exigencia de que se debía reforzar su aprendizaje con acompañamiento terapéutico y, por fortuna, ya contaba con este tipo de ayuda para mi salud.

Lo innegable era la calidad humana con la que contaba su personal; mamá pensó que lo mejor sería que iniciara mi secundaria en ese lugar y, para lograrlo, trabajaría más duro para sostenerme ahí, pues decía ella que no podía quedarme sin educación; mi madre anhelaba un buen futuro para mí y el educarme sería la mejor manera de conseguirlo, así que, después de estos nuevos hechos, tendría que cambiar de institución.

Muchas veces vi a mamá preocupada porque quedaban pocos días para que se cumpliera el plazo para realizar el pago de la matrícula y para pagar los nuevos uniformes, lo que me entristecía, pues podía entender que, de alguna manera, yo era la culpable de su angustia y muchas veces deseé ser una niña normal, como cualquier otra, para que mis familiares más cercanos no sufrieran por mi causa; alguna vez le dije a mamá que no se preocupara, que sería mejor que dejara mis estudios y que me iría a trabajar para poder colaborar con los gastos de la casa, pero ella me respondió que nunca más repitiera esas palabras, que yo debía estudiar, pase lo que pase, cueste lo que cueste.

En esta situación, desafortunadamente la ayuda que recibíamos de parte de mi padre era muy limitada, por lo cual los esfuerzos de mi madre debían ser cada vez mayores. Al fin, todo estaba dispuesto, mamá logró cancelar la costosa matrícula y comprar los uniformes, además de mis útiles escolares, para que diera inicio a la lucha por la consecución de una nueva meta. El tiempo que restaba de vacaciones lo dediqué a mi autoformación, en lo poco que estuviera a mi alcance, y a recordar lo que había aprendido, pues no quería decepcionar a mi madre cuando ingresara a la nueva institución.

A medida que el día de inicio se acercaba, la expectativa se apoderaba de mí: ¿esta vez sería diferente, o pasaría lo que ya había vivido en las anteriores instituciones? En mí albergaba la esperanza de que esta vez sería distinto, así lo creía mi madre y así hizo que yo lo creyera; confiábamos en que, en esta ocasión, tantos sacrificios no fuesen en vano; ella me hacía sentir segura y fortalecida, pues me decía que ahora las cosas cambiarían para mí: ¡cuánta alegría sentía en mi corazón! Mamá se daba cuenta de todos mis esfuerzos por superarme, de la autoformación que había asumido y se sentaba junto a mí para ayudarme y hacerme sentir que contaba con ella, lo que era muy gratificante.

El primer día de clase en la secundaria llegó; como de costumbre, mamá me llevó hasta el colegio y me dejó en la puerta de mi salón de clase; muy contenta se despidió de mí y se fue, aguardando recibir más tarde buenas noticias de mi parte. Como en toda institución educativa, la profesora y la directora de grupo hicieron que todos nos presentáramos, que dijéramos nuestros nombres y nuestra edad para empezar a conocernos; luego, la profesora realizó una serie de juegos, para romper el hielo y entrar en confianza; más adelante nos

llevó para que conociéramos las instalaciones del colegio, para que lo conociéramos en su totalidad y no llegáramos a extraviarnos; principalmente lo hizo para los estudiantes que por primera vez llegábamos al plantel, puesto que muchos de mis compañeros ya lo conocían pues habían realizado su primaria en el mismo establecimiento; después, algunos profesores ingresaron al aula para exponer el programa de estudios que desarrollaríamos en sus materias durante este primer periodo y así finalizó la jornada escolar y regresé a casa, junto con mi madre.

Nuestras expectativas y esperanzas estaban puestas en esta nueva experiencia; todo marchaba estupendamente las primeras semanas de clase, había hecho nuevos compañeros y podía observar a algunos estudiantes que, como yo, tenían dificultades en su aprendizaje; por vez primera, tenía a mi lado a personas que, de alguna manera, podían entender lo que yo vivía y sentía, pues quizá lo habían experimentado por sí mismas, lo que hacía que sintiera gran afinidad con ellos, motivo por el que hicimos una buena amistad, Daniela, que padecía de síndrome de Down, y David, que era un muchacho sordo, claro que la comunicación con él no era la más fácil, pero nos dábamos nuestros modos para entendernos y divertirnos y esto me hacía sentir un poco más acompañada y apoyada.

El tiempo transcurría y las expectativas en cuanto a lo que esperábamos de la institución se estaban cumpliendo poco a poco; por fin, sentía que encajaba en algún lugar; ahora veía más cerca la oportunidad de hacer mis sueños realidad, sabía que esta vez llegaría a la meta. Todo aquí era distinto al resto de lugares por los que había pasado; de inmediato, se notó un cambio en mi ánimo y en mi actitud, lo que alegraba sobremanera a mi madre y a mi tía, quienes sentían que los esfuerzos que estaban haciendo por mi estadía en ese lugar no se echaban en saco roto, pues sus sacrificios estaban dando sus primeros frutos; de mi parte, al notar que todo iba por muy buen camino, puse mayor empeño y me esforzaba cada vez más para corresponder a todo lo nuevo que recibía de parte de mi familia y de mi nuevo colegio.

A medida que pasaba el tiempo corroboraba aún más lo acertado que fue haber ingresado a esta institución, donde existía un proceso en el que no solo los educandos, sino también los padres de familia y los directivos hacían parte de este Programa de inclusión que había asumido el plantel; aunque no contaban con todos los medios requeridos para hacer frente a este reto educativo, había toda la disposición para que lo que había planteado la institución se cumpliera a cabalidad, principalmente con un sistema de formación de los docentes, donde se comprendía lo que en sí se refiere a la “inclusión educativa” y que les permitía adquirir pautas respecto al conocimiento sobre el manejo y la metodología que debían emplear en cada caso especial que hubiese en los diferentes salones de clases; sabían que lo que debían enfrentar no sería nada fácil, debido a la cantidad de estudiantes presentes en cada aula y por las pocas herramientas que manejaban respecto a este tema, lo que era motivo para que, en algunas ocasiones, los docentes se quejaran por dicha situación y no permitieran que hubiese más de dos estudiantes de inclusión en cada salón de clase, pues, de no ser así, no podrían prestarles la atención que, en particular, cada uno requería.

Existían, además, las Escuelas de formación para padres de familia, lo que se llevaba a cabo de manera periódica, con el fin de que se tuviera una buena educación en cuanto a lo moral, en valores y en torno a algunas estrategias de enseñanza y de aprendizaje que podían aplicar con sus hijos; así mismo, se formaba a los estudiantes en la cátedra de ética y valores, que correspondía al pensum institucional, por lo que la aceptación en toda la comunidad educativa era muy alta, de manera especial con los estudiantes que nunca nos aislaron debido a nuestras diferencias; al contrario, ellos fueron nuestro apoyo, nunca nos hicieron a un lado, sino nos acogieron como a sus hermanitos menores, que necesitaban un poco más de cuidado y atención, pero esto tampoco hacía que nos viéramos diferentes; solo éramos uno más del grupo, con fortalezas y dificultades propias, que se debían ayudar a mejorar o a superar.

Pronto, nos explicaron a mi madre y a mí que conmigo se debían llevar a cabo algunas actividades distintas a las del resto del grupo, pero de las que ellos también serían partícipes, con el fin de evitar que surgieran mayores diferencias entre nosotros; por obvias razones, estas actividades se desarrollarían con tiempos limitados en mis horarios de clases, motivo por el cual debía adelantar algunas en casa, pero, cuando nos explicaron de qué se trataba, supimos que resultaría divertido y que disfrutaríamos al hacerlo. La idea era ejercitar aquellos procesos cognitivos básicos en los que presentaba mayor dificultad, como lo relacionado con la memoria, la atención y la concentración, y la mejor forma de hacerlo sería mediante el juego, ¡qué divertido!

Continuamente tendría que jugar dominó, lotería, parques, rompecabezas, concéntrese, juegos de manos, trabalenguas, etc., lo que no sería difícil, así que mi tía Mariana y mamá compraron los juegos necesarios. Cada noche nos sentábamos en la sala y realizábamos un juego diferente; para hacerlo más divertido, algunas veces establecíamos que la perdedora se encargaría del arreglo de la mesa después de terminar; también animábamos un poco más el juego con la preparación de sándwiches, palomitas de maíz, tortillas, o comprábamos algunas golosinas; sí que nos divertíamos en la ejecución de estas labores y, al tiempo, yo iba puliendo paulatinamente las áreas donde se presentaban mis dificultades.

Debía desarrollar tareas que motivaran mi sensibilidad, a través de Programas virtuales en el computador; uno de mis programas favoritos era la creación, pues allí podía diseñar los vestidos que se me antojaran, a mi modo y estilo; podía producir paisajes, con toques muy propios de mi invención, y muchas cosas más. Junto a estas labores, debía ir de la mano la ayuda médica, continuar mis ejercicios con la fisioterapeuta, con fonaudiología, con sicología y con el neuropediatra, para que los resultados se vieran en el menor tiempo posible.

Con el pasar del tiempo y el cumplimiento de las distintas actividades que debía desarrollar para adelantar mi aprendizaje, los profesores fueron descubriendo mi potencial en cuanto al dibujo, la pintura y a las artes se refiere; por lo tanto, decidieron que enfocarían mi aprendizaje haciendo énfasis en estas fortalezas, lo que les facilitaría las cosas, y también a mí, pues, además de este descubrimiento, se percataron de que aprendía de manera rápida cuando la estrategia didáctica era de carácter visual, lo que venía a enriquecer mucho más las estrategias a las que se recurría para que lograra coronar mi formación académica.

Por este motivo, el director del Programa citó a mi madre para comentarle el nuevo proceso que adelantarían conmigo, lo que ocasionaría algunos gastos extras, debido a la necesidad de adquisición de nuevos materiales, como pinturas, pinceles, delantales, lienzos, papel especial, entre otras cosas. Mamá comprendió que lo planteado por el director era bueno y necesario para mí, por lo tanto no planteó mayor reparo en aceptar lo que le había propuesto, pero, en su interior, pensaba: ¿qué voy a hacer para solventar estos nuevos gastos? No lo sabía, pero no permitiría que pasara mucho tiempo para que yo pudiera iniciar los procesos de aprendizaje con estas nuevas estrategias educativas, así que, aquel mismo día, se dirigió hasta su trabajo para pedirle a su jefe un adelanto de su salario y le comentó los motivos que la habían llevado a hacerlo.

Por fortuna, el jefe comprendió la situación y accedió a darle el anticipo que mi madre requería; feliz por el buen resultado de su gestión, fue y compró los materiales que le habían solicitado para mí, lo que nos tenía muy ilusionados a todos, pues, se pensaba, mis logros serían mayores de los que había alcanzado y, lo mejor de todo, iba a aprender al ejercitarme en lo que más disfrutaba hacer, el arte. En Daniela, mi compañera, su aprendizaje se había desarrollado con énfasis en lo referente a la música, pues le encantaba y tenía habilidad para ello; por lo tanto, con ella aprovecharon su destreza con los instrumentos musicales y su capacidad auditiva para facilitar su aprendizaje académico, pero no todo era perfecto pues, a pesar de los avances que había logrado, aún presentaba algunas dificultades, lo que ocasionaba disgustos en mis profesores, quienes trataban de ocultarlas, pero algunas veces no podían hacerlo debido quizá al cansancio producido por la labor de la jornada, quizá ante la impotencia de no contar con mejores herramientas para desarrollar este trabajo; esto me incomodaba y hacía sentir mal, en ocasiones, pero, bueno, tanto de su parte como de la mía, tratábamos de dar de cada una lo mejor, aunque casi a diario se ponía a prueba la paciencia, el respeto y la aceptación de la diferencia para la consecución de los logros propuestos.

Habían pasado ya cuatro meses desde la iniciación de mis procesos terapéutico y didáctico con la pintura, lo que había arrojado los mejores resultados; se vio que la estrategia que me habían diseñado era la adecuada; además de mis avances escolares, permitió el desarrollo de mi habilidad en la pintura: había aprendido a conocer mucho sobre formas, figuras, colores, mezclas, medidas, etc.; es decir, estaba aprendiendo doble, lo que era ganancia para mí; desde ya me había proyectado sobre mi futuro profesional, que se enfocaría por el lado de las artes: ¿acaso iba a ser una maestra de artes visuales?, ¿una

diseñadora gráfica?, ¿una diseñadora industrial? Aún no estaba segura, pero sabía a ciencia cierta que mi profesión iba a girar en torno a alguna de ellas, pero esto solo el tiempo lo diría; por ahora me dedicaría a disfrutar de todo lo que había aprendido y a lo que me faltaba por aprender; claro, no se puede negar que el apoyo de mi madre y la terapia física que recibía cuatro veces a la semana habían contribuido para adelantar y lograr todo lo que hasta ahora había alcanzado; aunque lo disfrutaba, de repente me sentía cansada y pensé, en algún momento, abandonarlo todo y dedicarme a vivir como cualquier niña de mi edad, pues empecé a sentir me agotaba mi ritmo de vida, con las clases matutinas diarias, las terapias físicas en las tardes y, al llegar a casa, debía continuar con mi programa de refuerzo, lo que limitaba el tiempo que podía dedicar a mis juegos y a las travesuras de niña; llegaba a la noche totalmente rendida; mamá me acompañaba a la cama, hasta cuando me quedaba dormida, lo que en verdad no tardaba mucho en ocurrir, puesto que el cansancio era tal que pronto quedaba vencida por el sueño hasta la mañana siguiente, cuando debía iniciar mi nueva jornada; por fortuna, pronto estos pensamientos se desvanecían de mi mente cuando iniciaba un nuevo día e iba a encontrarme con las caras alegres de Daniela y de David, al tomar las pinturas y plasmar mis ideas en el lienzo y dejar que en repetidas ocasiones volara mi imaginación; además, sabía que todo lo que tenía que hacer era para lograr mi bienestar.

A medida que el tiempo transcurría, mi grupo se hacía cada vez más unido; ya conocíamos los nombres de cada uno, sus habilidades, sus cualidades y el carácter, de modo que la confianza era cada vez mayor; las niñas siempre estábamos juntas y hacíamos muchas actividades que considerábamos propias de nuestro género y los niños también hacían las suyas; había ocasiones cuando todos juntos teníamos momentos divertidos y de unión. Entre las personas a las que les tenía mayor aprecio estaban Daniela y Valentina; ellas, al igual que yo, encontraban gran fascinación en las artes, por lo que congeniamos rápido; Valentina, a pesar de no tener una necesidad educativa especial, me aceptó sin que le preocupara mi particularidad. En realidad, la pasábamos muy bien, compartíamos el tiempo juntas, jugábamos en los descansos, hacíamos los títulos de los cuadernos, las carteleras, escribíamos cartas y, de vez en cuando, hacíamos dibujos en la parte trasera de los cuadernos; ella era una persona muy hábil y de buen corazón.

Ella me comentó que solo conmigo podía hacer esas cosas, ya que sus padres no la dejaban que lo hiciera en su casa, porque consideraban que esto era una actividad poco productiva, que solo tendría un momento cuando terminara sus deberes o solo tendría tiempo disponible en los fines de semana; a ellos les importaba que aprendiera a cabalidad sus lecciones y que realizara de manera impecable sus tareas. No puedo negar que eso era muy importante, pero no de forma tan radical como ellos se lo exigían; poco a poco, y con tristeza, fue alejándose de mí; al parecer sus padres le habían prohibido que siguiera hablando conmigo, aunque por algunos momentos rompíamos esa regla y dejábamos que nuestro interés mutuo nos uniera de nuevo, obviamente sin que sus padres se enteraran, pero los padres llegan a saberlo todo, pareciera que es un don que adquieren desde el mismo momento cuando se convierten en padres.

Ahora sí, de manera definitiva, le negaron que pudiera compartir conmigo y yo con ella, pero, en verdad, yo no conocía cuál era la razón de este comportamiento: ¿acaso los dibujos que habíamos hecho en la parte trasera del cuaderno lo habían causado? A mí también me habían causado algunos problemas, ya que mamá había comprado un cuaderno exclusivamente para eso y me había dicho que no debía hacerlos en los cuadernos del colegio, pero ¿cómo no iba a realizarlos si las ideas surgían de la inmediatez y no había tiempo de aguardar para llegar a casa para hacerlos?, debía plasmarlos en algún lugar y ese lugar era la parte de atrás de los cuadernos.

Después de un tiempo llegué a saber la razón del porqué los padres de Valentina lo habían decidido así: un día normal de clase, la madre de quien hasta hacía poco había sido mi amiga se dirigió a la profesora directora de nuestro grupo y le solicitó que querían ella y Valentina hablarle en privado; como es común a nuestra edad, nos enteramos de su charla y me llevé una gran sorpresa cuando oí que aquella señora le reclamaba a la profesora el por qué en el salón de su hija había gente rara y, más aún, que se mezclaran socialmente con los “normales”, y continuó diciendo:

—Esas son cosas que se deben trabajar aparte, en centros especializados para los enfermos, —le decía, con un despotismo que nos hacía ver como si fuéramos personas incapaces y enfermas, que no pudiéramos estar en un ambiente público y que debiéramos someternos a padecer la discriminación. Mi profesora, con el rostro algo disgustado tras escuchar esas afirmaciones, se dispuso a explicar la situación y le hizo saber en qué consistía dicha inclusión y cuál era el estado particular de cada uno de nosotros; además, le aclaró que, al estar compartiendo un ambiente escolar o social con personas diferentes, a su hija no le pasaría nada, que incluso aprendería mucho de aquellas personas que ven la vida desde otra perspectiva; le indicó que el primer sitio donde surge la discriminación es la casa y que este no era un mensaje apropiado de difundir; antes, por el contrario, debía fomentar ideas de convivencia y de aceptación frente a la existencia de la diferencia entre las personas.

¡Quise tanto a mi profesora en aquel momento! Sentí que nos defendía como un guerrero frente a un dragón hambriento, combate en que la victoria indiscutiblemente fue suya; la madre de Valentina, aunque un poco ofuscada por haber recibido aquella lección moral, se serenó y dijo que iba a informarse más sobre el tema, ya que temía por el futuro de su hija; en lo personal, considero que Valentina nunca me discriminó, pues en ella no había ese sentimiento, pero sí en su madre, quien no hizo el intento de siquiera conocerme. Ya sabía la razón y, para no causar más problemas, decidí que no seguiría insistiendo en ello.

A pesar del incidente ocurrido con la madre de Valentina, no dejé que eso afectara mayormente mi vida; total, podía entender que, al igual que otras personas, ella ignoraba el significado del respeto por la diferencia; no podía entender que el tener habilidades diferentes a las del resto del mundo no es excusa suficiente para excluirnos de él, sino todo lo contrario, pero no me correspondía lograr que ella entrara en razón, pues después del

llamado de atención que nuestra directora de grupo le hizo a la señora, ella decidió recurrir a medidas más extremas: pidió hablar directamente con el rector del colegio y exponer su inconformismo ante el hecho de que, en su institución, mezclaran a los niños “normales” con personas “enfermas” y “anormales”, que si no se tomaban medidas sobre este asunto y separaban a unos de otros, ella trasladaría a su hija a otra institución, donde conocieran la palabra respeto y donde primara la palabra de los padres de familia distinguidos. El rector oyó con paciencia su reclamo, dejó que ella le dijera todo lo que tenía y quería expresar y, cuando terminó y el ambiente quedó en calma al cesar el sonido de su voz, tomó la palabra con autoridad y, a la vez, con mucha delicadeza señaló:

—En realidad, no entiendo el porqué de su ofuscación; sus argumentos no son válidos para sustentar la razón de su enojo; encarecidamente le ruego que se calme y reflexione sobre lo que acaba de decir. —Al oír estas palabras, la mujer se ofendió más, pues muy convencida estaba de que ella tenía toda la razón y exigía que se la escuchara y se la respetara, con lo que aludía al hecho de que debían satisfacerse sus peticiones.

Entonces, el rector le señaló que ella tenía el derecho de elegir dónde poner a su hija a estudiar y que si su elección era retirarla, él no podía impedirselo, pero antes de que lo hiciera trató de lograr que entrara en razón, con el principal interés de que cambiara su errado concepto sobre el respeto; que se diera la oportunidad de asistir a las escuelas de padres de familia antes de que tomara cualquier decisión; ella accedió, no muy convencida, pero le dijo que se daría la oportunidad que el rector le sugería.

Una vez llegó el día de la reunión de la escuela, los padres de familia se congregaron para optar por la capacitación que un psicólogo iba a dirigirles; entre los temas que se trabajarían en esa ocasión, estaban el buen uso del tiempo libre y el tema de la inclusión educativa en el salón de clase que, debido a una petición especial del rector, se desarrollaría; empezó por señalar algunas pautas y proponer algunos consejos para el aprovechamiento del tiempo libre, que se debía emplear en reforzar algunas habilidades y destrezas que permitieran aclarar la mente y eliminar obligaciones y preocupaciones escolares que podían llevar al estrés; en mi caso, el tiempo libre del que disponía se ocupaba en mis terapias, que cumplían con esa tarea y eso era muy bueno, según lo que exponía el sicólogo.

Era una conferencia que duraba aproximadamente dos horas; algunos de los asistentes prestaban atención e incluso tomaban nota de los consejos, mientras que el resto parecía distante, disperso en otras actividades, sin poder liberarse de sus aparatos electrónicos, que los mantenían en contacto con su realidad; esta distracción llegó a su fin cuando empezaron a tratar el tema sobre la inclusión educativa en la institución y en el aula de clases y, entonces, la madre de Valentina, presurosa y con fuerza se levantó de su silla y dio a conocer, casi a gritos, la situación que la agobiaba; señaló:

—¡En esta institución, tienen a gente enferma junto a nuestros hijos, compartiendo su mismo espacio y robando la atención de los profesores, quienes descuidan sus asignaturas para tratar de enseñar algo a ese tipo de gente, que quién sabe si sean capaces de aprender!

Si no fuera porque ya han avanzado mucho en el calendario y no es posible que reciban a mi hija en otra institución, hace mucho tiempo la hubiera retirado y, así, hubiera evitado que esté junto a esos enfermos. —Todos quedaron atónitos tras oír lo que la señora dijo; surgieron varias opiniones que, en baja voz, compartían; mi madre sintió una gran indignación al oír eso de la señora y se preguntó: ¿acaso no era tan educada como aparentaba?

No podían creer, ni ella ni el resto, que esta madre fuera capaz de concebir ese tipo de diferencia de tal manera y, al parecer, ella era la única, pues en los rostros de los asistentes se veía el asombro que aquellas palabras habían causado. De inmediato y tras haber conocido la situación previamente, cuando la señora terminó con aquella intervención, el psicólogo tomó la palabra y se dispuso a explicar en qué consistía la iniciativa de inclusión educativa y a exponer la situación de los estudiantes que estaban en este programa; así mismo, al traer a la memoria que este tema ya se había tratado anteriormente en diferentes reuniones, aclaró que la condición de los estudiantes con diferencias no era algo que se pudiera contagiar con el contacto, que la diferencia se debía usualmente a problemas cognitivos que nada tenían que ver con el lugar donde estuviesen e que incluso muchos de esos problemas no se detectan en los propios hijos, por lo que no se tratan en forma oportuna.

No obstante pese a las muestras de rechazo de los demás padres de familia y a la detallada explicación del psicólogo, a la señora nada logró sacarla de la idea errada sobre la inclusión educativa, pero de alguna forma había llegado a tener que tolerar la permanencia de quienes teníamos necesidades educativas especiales en el establecimiento educativo, mas no a aceptar la idea de que su hija conviviera con nosotros.

3

Los días, meses y años continuaron su curso y yo seguía creciendo en edad y en conocimientos, además de seguir perfeccionando mis habilidades con el pincel, que ya no solo era parte de una estrategia didáctica, sino que se había convertido en una de mis ocupaciones favoritas, que ocupaba gran parte de mi tiempo; al parecer, todo marchaba por muy buen camino.

Al estar ya a mediados de mi etapa escolar, cuando cursaba octavo grado, se había pasado por un proceso que me había implicado trabajar mucho; a pesar de que contaba con muchas ayudas y con metodologías que habían dispuesto para mí, la exigencia del colegio era muy alta y, a pesar de mi necesidad educativa especial, estas exigencias no disminuirían, solo que las cumplía de forma diferente. Los profesores ya conocían mi condición y procuraban mi buen desarrollo, tanto en lo académico como en lo personal, a

excepción de un docente suplente de la asignatura de Ciencias Naturales, que hizo que su paso por mi curso fuera un calvario para mí.

El había llegado a comienzos del segundo periodo del año lectivo, a causa de la concesión de una incapacidad médica, que el profesor inicial había solicitado debido a un accidente de tránsito que había sufrido, estando a pocos metros de la salida de la institución; inicialmente, las directivas se encargaron de informarle sobre las dos personas con discapacidad que había en ese curso y las necesidades que teníamos; además, le indicaron que debía enfocar su clase fundamentada en el logro del desarrollo de nuestras habilidades, para que con ello pudiera adelantar una evaluación adecuada.

La discapacidad de Daniela era notoria por su aspecto físico y por los rasgos característicos de quienes la poseen, mientras que la mía no se manifestaba en mi corporalidad, razón principal para que el profesor suplente no tuviera tan presente mi necesidad educativa especial; él llenaba el tablero de textos, pasaba de un tema a otro rápido, dejaba talleres muy largos y no se tomaba el trabajo de analizar las situaciones; entonces, se requirió que yo acudiera pronto a la Coordinadora académica para informarle sobre la situación que se me estaba presentando con este docente; la verdad, me sentía muy incómoda por su conducta, por lo que le pedí permiso al profesor para salir del salón a tomar un poco de aire fresco, pues no podía decirle que iba ir a la Coordinación a quejarme por su metodología; de lo contrario, pensé que no permitiría que saliera, ¡o quizá sí!, pero sentí que era mejor mantenerlo en secreto hasta ese momento.

Me llevó el resto de la clase y principio del descanso hablar con la Coordinadora; ella me hacía preguntas e indagaba sobre el comportamiento del docente e iba llenando una hoja con todas mis respuestas, por lo que cada vez más sentía que esa no había sido una buena decisión de mi parte, ir a reportar este asunto, pero lo que había hecho ya no tenía reversa; luego, la Coordinadora fue hasta donde el docente tomaba su descanso y le solicitó que hablaran; seguro, ella le explicó que en cada curso había dos estudiantes con discapacidad y que debía desarrollar el Plan de trabajo que se le había encomendado; el profesor suplente, extrañado, le dijo a la Coordinadora que él solo había visto a una sola persona con esta necesidad, que era la niña con síndrome de Down, que no había nadie más con discapacidad; esto lo dijo al estar yo presente; así que la Coordinadora me presentó al docente y le dijo que yo tenía problemas cognitivos debido a un retraso mental leve; él, desconcertado, señaló que no entendía dicha discapacidad; señaló que físicamente no era notoria, por lo que podían ser solo excusas de mi parte para no realizar a cabalidad mis deberes.

En la vida he tenido que conocer a muchas clases de personas que no comprenden mi situación; a estas alturas, ya ningún comentario que hicieran al respecto me asombraba; este había sido uno de los muchos que había encontrado en el repertorio para justificar su forma de actuar, pero, a diferencia de mí, hizo que la coordinadora se enfadara y de inmediato le pidió que se acercara a su oficina para que diera explicaciones sobre el proceso que venía adelantando en la institución y bajo qué condiciones él había llegado. En este momento yo

ya no estuve presente, pero no me queda la menor duda que su profesionalismo y su preparación quedaron en entredicho; había cometido una falta que lo iba a condenar; yo creí que esto habría servido como fundamento para la elaboración de sus clases y el apegarse al programa que se había preparado anteriormente para las personas que requeríamos otro tipo de enseñanza, pero no fue así.

Al día siguiente, que teníamos nuevamente clase con él, al llegar ofuscado y con una mala actitud, que fue muy evidente para todos, se dispuso a desarrollar su cátedra como la había preparado, no lanzó ni una sola sonrisa y me pareció que siempre tuvo una mirada cortante conmigo. Al final de sus largas explicaciones, le entregó a cada uno un taller, que debíamos realizar en clase; era un trabajo de diez puntos que, en su mayoría, consistía en que dijéramos con nuestras propias palabras los temas que habíamos aprendido aquel día, además de componer un ensayo, en el que plasmáramos la opinión personal sobre la situación actual del planeta. Por mi parte, me dispuse a realizar el ejercicio con la responsabilidad que me caracteriza pero, aunque ponía todo mi empeño, no pude avanzar con la misma agilidad que mis compañeros; ellos iban en el desarrollo ya del quinto punto, mientras yo apenas terminaba el primero; el final de la clase se acercaba y mis compañeros, uno por uno, entregaban sus talleres; yo trataba de acabar rápido, pero no lograba pasar de la mitad del taller cuando, de repente, tocó el timbre que indicaba que la clase había terminado:

—Entreguen sus talleres, —dijo el profesor en voz alta. Tímidamente me acerqué a él para entregarle mi trabajo, que miró y me dijo:

—No has completado ni la mitad de tu trabajo; ten por seguro que la calificación que obtendrás no será buena, ni por mucha discapacidad que tengas. —Este suceso me dejó con un sinsabor durante el resto del día; siempre había tratado de no hacerle caso a aquellas cosas que me lastimaban, como me lo habían sugerido varias personas, pero este hecho me dejó derrotada; en el camino a casa iba distraída; mi mamá me preguntaba acerca del colegio y mis respuestas se limitaban a un sí o un no; ella, al igual que yo, había tenido que soportar mucho y por eso no quería darle una nueva queja sobre este hecho; sabía que no sería por mucho tiempo la presencia de este docente en la institución y que pronto regresaría nuestro profesor, quien hacía de sus clases algo ameno y llevadero para mí, aunque, como se dijo anteriormente, sin olvidar la exigencia.

Esa tarde me dediqué a hacer mis deberes escolares, a ayudar en las tareas del hogar y, para distraerme un poco, vi una película junto a mamá; ella no había dejado de preguntarme si todo estaba bien y, por toda respuesta, oyó siempre un sí. Una vez terminada la película, fui a mi cuarto y me preparé para dormir, levanté las cobijas y me recosté en ese abrigado y acogedor refugio y lloré gran parte de la noche por la frustración y el dolor que sentía por lo que me había ocurrido, para permitir que las lágrimas fueran las que sosegaran mi sueño; esta fue una de muchas noches en que el llanto era mi desahogo y un calmante frente a los sentimientos que me lastimaban por dentro.

Con este mismo ambiente de irritabilidad y de poca tolerancia se adelantó un mes de clase; es obvio que en este tiempo mis calificaciones y las de Daniela no fueran las mejores ya que, según el profesor, no nos exigíamos lo necesario, pero eso no era así; siempre procuré mostrarle que sí lo hacía, aunque nunca valoró mi esfuerzo y dedicación, como lo hacía el resto de profesores. En cuanto nos enteramos que el profesor titular regresaría de su incapacidad, todos nos alegramos mucho y le preparamos una gran bienvenida, pues no solo era yo quien lo extrañaba, sino todos estaban muy contentos por su llegada; ahora sí podría regresar a esa estabilidad en la que estaba antes de este desafortunado suceso.

Había vivido muchas experiencias bellas que por nada del mundo podrían arrebatarme, que permanecerían en mi mente para alegrar mi mundo cada vez que llegaran mis recuerdos; los momentos difíciles, en lugar de derrotarme, habían fortalecido aún más mi carácter y mis ansias de triunfar; no había dejado que se envenenara mi corazón, sino aprovechaba cada una de ellas para lograr mi crecimiento personal, pues tantas pruebas por las que había pasado me habían abierto los ojos y me habían convertido en una mujer segura de sus anhelos.

Con mucho cariño recuerdo hoy una de esas tantas bellas experiencias, cuando con ocasión de una feria intercolegial, realizada por la institución, expuse algunas de mis creaciones en pintura; quienes las veían se quedaban sorprendidos por su belleza y su naturalidad y querían adquirirlas; una de mis mayores sorpresas fue la de saber que la madre de Valentina, cuyas humillaciones había recibido, era una de las primeras que admiraba y quería tener mis pinturas, pero su asombro fue mucho mayor cuando se enteró que yo era su creadora. Al finalizar aquella feria, se me hizo un reconocimiento público por el éxito que habíamos obtenido con mis pinturas, lo que fue un gran motivo de orgullo para mi familia y también para mí.

4

Así, con dificultades pero con muchas satisfacciones había logrado llegar al grado once; en este momento, era ya una mujer pensante, que razonaba sobre cada detalle de lo que hubiera acontecido en mi diario vivir, en cada uno de los ámbitos donde me desenvolvía, de modo que no dejaba que pasara inadvertido el más mínimo acontecimiento.

Los retos y las metas que venían ahora iban a ser definitivos para el rumbo de mi vida; este último año me enfrentaría con desafíos intelectuales y personales muy grandes: tendría que, junto a otras responsabilidades académicas, presentar el Examen de Estado, para tratar de acceder a la Educación Superior; los profesores del colegio, desde el inicio de año, se preocuparon por prepararnos muy bien, además de que desde el año anterior ya habíamos iniciado con el proceso de acoplamiento a dichas pruebas, habíamos hecho simulacros, teníamos clases especiales para que nos formáramos y conociéramos los componentes que allí se evalúan; las clases se enfocaban en la solución de estas pruebas y se realizaba un

trabajo adicional en las tardes, para que nuestro rendimiento fuese el mejor, como el que había registrado el colegio en años pasados y que se había acostumbrado a obtener.

A pesar de que mi desarrollo era mucho mayor que en años atrás, aún me causaba dificultad el hecho de comprender con rapidez de lo que trataba una lectura, o entender un problema matemático que requiriera de análisis, o un ejemplo sobre la sociedad que necesita de reflexión; tardaba más que el resto en su desarrollo, pero ello no implicaba que no los pudiera realizar de la manera adecuada; un par de meses antes de la fecha de presentación de la prueba, debíamos realizar el registro por Internet, por lo que mi profesor de grupo me había sugerido que en él especificara que tenía una condición de discapacidad, que esto iba a ser una información importante para que pudiera desarrollar con éxito el examen, puesto que se me brindarían unas condiciones especiales en el momento de enfrentarlo, y así lo hice; llené la información que allí solicitaban, con los datos generales y los relacionados con mi condición de discapacidad; una vez finalizado el plazo para que se produjera la notificación para presentar la prueba, enviaron a mi correo electrónico un mensaje que anunciaba que pronto se establecería un contacto con un funcionario del ICFES, que se encargaría de confirmar el tipo de discapacidad que padecía y el apoyo que iba a requerir.

Mi profesor ya me había explicado previamente que, ante estas situaciones, se suele utilizar otro tipo de estrategia para la evaluación; esperé con paciencia que se produjera el contacto con dicha persona; no pasaron más de dos semanas para que llegara al colegio una solicitud, para que la institución avalara la información respecto a mi discapacidad y certificara que los datos que había incluido en el formulario eran verdaderos; también, un psicólogo, enviado por los evaluadores, me hicieron una breve entrevista, que sirvió para corroborar la validez de esos datos; el personal administrativo y académico de la institución se encargó de efectuar el trámite de estos papeleos y el cumplimiento de los demás requisitos, lo que me llevó a conocer plenamente el proceso, pues ellos ya sabían a cabalidad cómo realizarlo, puesto que no era la primera estudiante a la que le habían exigido esta documentación.

Así llegó el día en el que todos debíamos presentar el examen; llegamos muy puntuales a la institución donde nos habían ubicado e ingresamos con orden a los respectivos salones; una vez ahí, una funcionaria del ICFES se me acercó y me explicó que, debido a mi discapacidad, mi formulario tendría algunas variaciones en comparación con el que el resto de estudiantes debía solucionar y, además, me dijo que ella estaría ahí por si en algún momento necesitaba de su ayuda. Fue un día extenuante para todos mis compañeros, como también para mí; por fortuna, en mi colegio se sabía que esta prueba era algo muy desgastante para los estudiantes, por lo que decidían que se diera descanso el día siguiente, para lo que programaban una salida recreativa a un centro vacacional cerca de la ciudad, donde podíamos descansar, divertirnos y dedicar nuestras mentes a otra cosa distinta al estudio.

Después de esto, solo nos quedaba esperar el resultado en unos cuantos meses; de él dependería la posibilidad de lograr el ingreso a la Educación Superior; este era un tema que no era nuestra prioridad en aquel momento, pero que vagamente rondaba en nuestras mentes. Una vez pasada la presentación de la prueba, todo retornó a la normalidad y se continuó con la asistencia y el desarrollo de las clases habituales.

Desde hacía ya algún tiempo había estado reflexionando sobre todo mi recorrido escolar, lo que me había llamado mucho la atención, pues era obvio que, para mí, no había resultado fácil llegar hasta el punto donde ahora me encontraba. Me parecía algo contradictorio eso con lo que había escuchado y aprendido, que “todos los seres humanos tenemos derecho a una educación gratuita y de calidad, sin discriminación alguna”; entonces, ¿por qué en la realidad esto no ocurría así? ¿O solo me había pasado a mí? ¿Por qué? ¿Qué había ocurrido, en verdad? Estos eran unos interrogantes que no había logrado responder y si le hacía esta pregunta a un adulto, solo me habían respondido:

—El papel aguanta todo.

—Esta sociedad está muy dañada.

—Esas son puras mentiras... —etcétera, pero nadie había logrado aclarar mis dudas; entonces, me hice el propósito de investigar por mí misma y encontrar una salida para la encrucijada en la que me hallaba.

Entonces, la maestra encargada del área de Ciencias Sociales pidió que hiciéramos un trabajo investigativo sobre el tema de nuestra preferencia como trabajo final de año; ahí supe que se había presentado la oportunidad perfecta para adelantar los estudios sobre la problemática que hacía mucho tiempo venía rondando en mi cabeza; al ser así, no iba a tener inconvenientes en investigar, entrevistar o indagar con las personas indicadas, pues tendría una justificación para realizar hasta las preguntas quizás más atrevidas referentes al tema.

Sin más demora, di inicio a mi estudio; primero, hice un plan de trabajo sobre qué o cuáles lugares serían los adecuados para iniciar mi búsqueda, pero antes tenía que darle un título a mi investigación, de modo que quise llamarlo: *inclusión educativa*. Ahora sí, como ya sabía cuál sería el tema de mi interés y de estudio, debía adquirir por mí misma algunos libros o algunos documentos, de modo que, para no incomodar a mamá o a mi tía, opté por ahorrar parte del dinero que ellas me daban para mis descansos o para el bus, aunque ello implicara caminar hasta mi casa o quedarme sin mis onces; total, solo sería por algún tiempo y mi dinero estaría muy bien invertido. Cuando tuve los ahorros suficientes, compré la Constitución política de Colombia y la Ley general de educación, que serían las herramientas principales para mi trabajo.

Inicialmente, tomé la Constitución colombiana, le di un vistazo general a todo el documento: “¡Qué bien construida está!”, pensé, pero luego decidí que solo debía detenerme en aquellos Artículos que resultaran útiles para mi investigación; el primero que cautivó mi atención fue el Artículo 13, que habla de la igualdad entre los seres humanos,

que todos gozamos de los mismos derechos y oportunidades, sin ningún tipo de discriminación y que era obligación del Estado velar para que esto se llevara a cabo; de manera especial, me llamó la atención este fragmento: “El Estado protegerá especialmente a aquellas personas que por su condición económica, física o mental se encuentren en circunstancias de debilidad manifiesta y sancionará los abusos o maltratos que contra ellos se cometan”.

¿Era verdad lo que acababa de leer? Si así era, entonces, me pregunté: ¿por qué, durante mi periodo escolar, desde sus inicios me había encontrado tanto con profesores como con estudiantes y otras personas que me habían maltratado psicológicamente sin tener una consecuencia, que no respetaron mi condición de diferencia?, ¿acaso no conocían lo que decía este Artículo o nunca nadie les había hablado de él? ¿Dónde estaba el Estado en aquel momento para hacer que lo respetaran, que se cumpliera el Artículo 13 de la Constitución política? Pero, lo cierto es que nunca se hizo nada en lo relacionado con este asunto, a pesar de que mi madre había puesto la queja ante las directivas de las instituciones en las cuales había sido la víctima.

Bueno, sin detenerme más tiempo en esto, seguí indagando para ver qué otra cosa podía encontrar; más adelante me encontré con lo que decía el Artículo 67, donde, algo no menos importante que el Artículo 13, hablaba sobre el derecho que tenemos todas las personas a la educación, a una educación gratuita: ¿gratuita? Entonces, ¿por qué mi madre había tenido que pagar grandes cantidades de dinero mensuales para lograr mi formación escolar? No lo entiendo; claro que la institución donde me hallaba era de carácter privado y esto venía a resolver mi inquietud, pero, entonces, ¿por qué no había podido estudiar en una institución que pagara el Estado? ¿Por qué no se me había respetado este derecho? ¿Por qué no se me brindaron todas las garantías para mi formación en un colegio público, sino que me vi acorralada hasta el punto de que nos viéramos obligadas a optar por una educación privada? A medida que avanzaba en mi investigación, iban surgiendo otros interrogantes, pero aún me faltaba mucho por descubrir; a lo mejor más adelante pudiera resolver estas preguntas.

En definitiva, estaba dispuesta a ahondar en el tema todo lo que me fuera posible; mamá me veía muy concentrada y entregada a la investigación, por lo que alguna vez me preguntó sobre cuál era mi interés en ella; le respondí que me parecía que algo que se había estipulado en una forma tan bella en el papel, valía la pena saber por qué no se llevaba a cabo en la vida real y que ya que yo lo estaba viviendo en carne propia, al menos quisiera satisfacer mi gran inquietud, aunque a lo mejor no pudiera hacer nada por transformarlo, ¡o quizá sí! Mi madre trataba de colaborarme en todo lo que estuviera a su alcance, incluso con sus preguntas, las que hacían que me pusiera a reflexionar y encontrar respuestas o para generar nuevas inquietudes.

Ahora, proseguí con mi búsqueda en la Internet y allí encontré que existían muchos casos o necesidades educativas especiales con nombres propios; entonces, por un momento sentí un poco de alegría, puesto que descubrí que no era la única con este tipo de problemas, claro que aparte de Daniela y David, a los que ya conocía, pero, a la vez, sentí tristeza pues sabía que a lo mejor existían muchos niños que, al igual que yo, no la estaban pasando tan bien en sus instituciones y quizá tendrían las mismas o mayores dificultades que las mías, lo que, al saber lo que había llegado a saber, ya no se vería tan justo. Allí me enteré de una clasificación de estas Necesidades Educativas Especiales, entre las que están: los problemas visuales, los problemas de lenguaje o dislalias, los problemas motores, los problemas auditivos, la dificultad de atención o hiperactividad, el autismo, los problemas de comportamiento, las dificultades en el aprendizaje de la lectura o la escritura, el síndrome de Down, el síndrome de Asperger; ¡incluso allí se incluía a los niños con capacidades excepcionales!

Me resultó algo increíble llegar a saber que los niños llamados genios también eran considerados “anormales”; es decir, sus grandes cualidades e inteligencia los sacaban de los estándares de las personas normales y los incluían en nuestra lista y ahora resultaba que ellos también tenían una Necesidad Educativa Especial. ¡Qué lástima, qué lástima que esta sociedad tuviera que poner rótulos a todos sus miembros, que categorizara quién va de un lado y quién va de otro, por el simple hecho de no aceptar que solo somos diferentes, que tenemos capacidades o habilidades distintas, que si no somos buenos para algo, pues seremos estupendos en otro cosa, pero que todos, sin excepciones, tenemos nuestro lado positivo!

Más adelante me encontré con Decretos, Convenios, Lineamientos políticos, Fundamentos conceptuales y Leyes que hablaban de y amparaban a la población vulnerable; todo lo que se encontraba escrito en esos documentos era excepcional, lo que allí se decía era maravilloso; incluso la Organización de las Naciones Unidas se había manifestado al respecto, al citar uno de los Derechos fundamentales de las niñas y los niños, en el que se establece que a todos los niños se los debe proteger de todo tipo de discriminación; hasta sentía que mi corazón se aceleraba con su lectura, pero de inmediato caía de esa nube en la que me había subido, cuando volvía a la realidad, para darme cuenta de que allí todo era totalmente diferente.

Me sorprendía sobremanera esto y me preguntaba cómo era posible que teniendo tantos derechos que preservaban nuestra educación, nuestra integridad y buen trato, resultara muy difícil que se llevara a cabo; me preguntaba, entonces, ¿cuál es la dificultad? ¿Por qué no se cumple lo estipulado en las leyes por nuestro gobierno? Y esta fue una de las respuestas con las que me encontré cuando entrevisté a un rector de una institución pública de mi ciudad; él me dijo:

—Eso está escrito en la ley, pero la verdad es que el gobierno no apoya con las instalaciones, el personal o el dinero suficiente para suplir estas necesidades; es decir, el gobierno nos exige como institución a prestar estos servicios; pero no aporta con el dinero

suficiente como para adecuarnos a las Necesidades Educativas Especiales que presentan muchos estudiantes; por lo tanto, nuestros servicios son limitados y lo único que podemos hacer es recibir a este tipo de educandos, sin garantizar las mejores condiciones para ellos. —Así como esta respuesta, recibí varias similares, en las que todos culpaban al gobierno por su falta de aporte o de apoyo económico, pero al preguntarles sobre la actitud que asumían muchos docentes para con los estudiantes con Necesidades Educativas Especiales, lo que no dependía del dinero, se abrió un silencio inquietante y aceptaban que les faltaba formación a los profesores para responder a estas necesidades.

Quise ser un poco más arriesgada y me lancé a entrevistar al Secretario de Educación Municipal, con quien fue muy difícil lograr una cita, pero, al fin, con mucha paciencia, logré que me la otorgara; al igual que a los docentes, lo interrogué sobre cómo estaba la educación para personas con discapacidad o con Necesidades Educativas Especiales dentro del municipio y oí, de acuerdo con sus palabras, que todo era perfecto; me habló sobre el Decreto 366 del 9 de Febrero del 2009, sobre los Lineamientos políticos para la atención educativa a poblaciones vulnerables, en que se enfatizaba en las personas con Necesidades Educativas Especiales y, en efecto, todo lo que allí se había escrito era perfecto y de sus labios se oía aún más perfecto y maravilloso, pero cuando le pedí que mencionara las instituciones en las que se hubiera implementado el Programa de inclusión, como el que se mencionaba en los Decretos, se inmovilizó y no pudo responder de inmediato; luego de una pausa, nombró a tres instituciones que, según él, desarrollaban dicho programa, pero la verdad era que, de las tres que había nombrado, solo a una la habían constituido, dotado y allí se había implementado para que adelantara y brindara un servicio educativo a personas con Necesidades Educativas Especiales y así se lo hice, ante lo que respondió que las demás estaban en camino de desarrollar el Programa para acoger a estos estudiantes.

Además, hice que conociera algunas de las respuestas que me habían dado los docentes y rectores que había entrevistado, para saber algunas cosas respecto a esta problemática, en las que manifestaban que lo que faltaba era apoyo económico por parte del gobierno y la Secretaría de Educación para tales fines, lo que supo defender y replicar al sustentar su falta de verdad con el Decreto 366 de febrero del 2009, en el que se especifica sobre la responsabilidad que tienen las instituciones públicas, las entidades territoriales, las Normales Superiores, las instituciones de Educación Superior e incluso las instituciones privadas en cuanto a la atención que deben prestar a población vulnerable y el apoyo que le iba a dar el gobierno a cada institución que demostrara que estos estudiantes habían ingresado allí; la razón que habían dado algunos rectores para justificar su falta de interés al respecto desaparecía ante mis ojos, con lo que pude entender que existía una Ley, pero que nadie quería comprometerse con que se cumpliera, lo que hacía que se descargaran la responsabilidad en un lado o en otro, puesto que el compromiso al que la mencionada Ley los enfrentaba no sería nada fácil de llevar a cabo.

Después de haber hablado y aclarado algunas dudas con el Secretario de Educación, volví a casa para comentarle a mamá y a mi tía respecto a cómo iba la investigación que estaba adelantando; ellas se sorprendieron al oír algunas de las cosas que había aprendido y

todo lo que había descubierto hasta ahora; ahora, solo me faltaba conocer unas cuantas cosas más para tener los elementos suficientes que me permitieran escribir el ensayo respecto a la educación inclusiva, que me iba a permitir culminar con éxito mi grado once.

Otra búsqueda que no debía pasar por alto era la relacionada con lo que se había registrado en el Manual de convivencia de mi institución, en el que se incluían las normas, las políticas, los principios, derechos, deberes, las pautas de convivencia, los organismos directivos y las pautas académicas; pese a que no era una institución establecida como inclusiva, allí se reconocía la existencia de esta población en sus instalaciones, a la que se había categorizado como personas con Necesidades Educativas Especiales, que comprendía a personas con discapacidades físicas, cognitivas o sensoriales que no les permitieran el normal desarrollo y desenvolvimiento en las clases, las que podían gozar de los mismos derechos que cualquier otra persona dentro y fuera de la institución. Por fortuna estos parámetros si se cumplían y llevaban a cabalidad; había un ente administrativo que velaba a diario para que las cosas allí estipuladas se llevaran a cabo, lo que llevaba a reconocer que este colegio trataba de alcanzar un nivel de calidad evidente; al inicio de mi etapa escolar, me habían entregado este manual, mi mamá lo había leído para saber cuáles eran las características de la institución, pero, por mi parte, no me había percatado a cabalidad respecto a lo allí plasmado, pero ahora lo iba a utilizar para dar cierre a mi investigación, con lo que me iba a llevar la grata sorpresa de verificar que lo que se había escrito se acercaba a la realidad, a diferencia del resultado que había tenido en otras investigaciones, las que me habían llevado a la decepción, al constatar la incoherencia existente entre lo que se dice en el texto y lo que, en realidad, se halla en la práctica.

En las políticas institucionales siempre se había recalcado que, para los estudiantes con Necesidades Educativas Especiales, se debía contar con el apoyo familiar en el proceso educativo, tanto de monitoreo como de superación, acorde con sus capacidades intelectuales, las habilidades y destrezas que les hubiera descubierto el cuerpo docente, en el que se efectuara un trabajo fuera del aula de clase y si fuese necesario se contara con ayuda médica especializada, para con ello poder cumplir con la premisa de ofrecer una educación de calidad.

Si bien esta información me servía para mi exposición, me dispuse a investigar sobre cuáles instituciones colombianas contaban con un elaborado plan de inclusión, por lo que recurrí a la búsqueda de colegios que la brindaran; la respuesta a este interrogante no pudo ser más desalentadora, pues de más de diez mil instituciones educativas a lo largo y ancho del país, escasamente tres tenían un Plan de inclusión, de las cuales pude acceder a una, a través de su página web, para revisar de qué se trataba.

En él se incluían los derechos y los deberes, las políticas, la misión y la visión respecto a los estudiantes con necesidades educativas especiales matriculados en la institución; toda esta información iba consignada en un capítulo exclusivo, donde se encontraban premisas como que se los integrara en el aula regular de clase, se les dieran apoyos que fomentasen el buen desarrollo y el entendimiento de los temas que se trabajaran por medio de

estrategias adecuadas; la recepción de un cuidado, auxilio y protección necesarios sin discriminación alguna, basados en el apoyo pedagógico y especializado, que se lograba a través de la realización de un trabajo cooperativo de cada una de las partes; brindarles una educación integral de acuerdo con el desarrollo biopsicosocial o con sus necesidades educativas especiales, al reconocer que esto era un proceso que necesitaba de la continua formación docente; la recepción de un trato igualitario, fundado en valores tanto dentro como fuera de clases, que se llevaba a cabo por medio de sensibilizaciones para el reconocimiento y aceptación de la población estudiantil con Necesidades Educativas Especiales; que se pudiera programar en actividades específicas y apropiadas en cada área, que contaran con un sistema de evaluación preparado según la necesidad de cada uno y con objetividad; el ingreso a la institución sin necesidad de que se presentara alguna prueba de admisión y que se contara con un monitoreo continuo en el proceso académico; la recepción de asistencia pedagógica, médica y especializada para trabajar con las diferentes necesidades educativas especiales; que pudieran participar en las actividades que propusiera la institución de forma íntegra, entre otras, donde se resaltaba el papel que debía jugar el estudiante incluido y los compromisos que de esto se derivaban. Este era un manual muy bien estructurado, con un Proyecto educativo institucional establecido para quienes tenían una necesidad educativa especial, quizá regido por el Decreto 366, puesto que concordaba mucho con lo que ahí se había establecido.

Aún me quedaba entrevistar a algunas personas con algún tipo de discapacidad, para que me contaran algunas de sus experiencias educativas y, con ello, estaría lista para redactar mi informe final; por tanto, me di a la tarea de entrevistar primero a mis amigos Daniela y David, de los que ya conocía parte de su experiencia, pero no muy a fondo; ellos, sin ningún reparo, accedieron a contestar las preguntas que yo les iba a hacer, en algo que más que en una entrevista se convirtió en una confesión, donde los dos terminaron por sacar a flote sus más hondos sentimientos, que comprobé se asemejaban mucho a los míos; al conocer sus experiencias, sentí cómo me deshacía por dentro y en mi interior mis lágrimas se ahogaban, pues no podía permitir que ellos se dieran cuenta de mi estado, pues en aquel momento yo era su entrevistadora y, más que eso, su confidente, pero, al fin de cuentas, estas entrevistas resultaron muy fructíferas.

6

Aún no conforme con lo que hasta ahora había hecho, quise buscar otras opciones con estudiantes pertenecientes a otras instituciones, para que me comentaran algunos aspectos de sus historias, para lo que le pedí ayuda a mi tía, pues sabía que, por su trabajo, quizá ella conocería a algunas personas que pudieran y quisieren ayudarme, y no me equivoqué al pedirle su colaboración, puesto que, para este fin, ella hizo que pudiera contactar a dos muchachos, uno con déficit de atención y otro con dislexia, los que gustosamente quisieron facilitar la conclusión de mi investigación; lo dicho y esperado: al igual que Daniela, David,

yo y quizá cuantos jóvenes más, ellos habían tenido que afrontar las dificultades de un sistema educativo que aún no estaba listo para asumir el nuevo reto de atender a las personas con necesidades educativas especiales.

Al fin tenía todo lo necesario, o lo que yo consideraba que debía saber para iniciar la redacción de mi trabajo, así que, después de haber recolectado toda la información, empecé a escribir mi informe y trabajo final de año, que titulé Encrucijada y que se incluye a continuación.

ENCRUCIJADA

Después de recorrer una y otra vez en mi cabeza cómo podía dar inicio a mi relato, pensé que lo mejor sería plasmar en el papel los sentimientos que toda esta investigación realizada afloraba en mí; por un momento creí que seguramente no estaría bien, puesto que lo correcto sería mostrar e indicar cada Ley, cada Convenio, cada frase, preguntas y respuestas obtenidas en el desarrollo de la investigación, pero luego me detuve a meditar por un instante y sentí que lo único que quería hacer era desahogar y seguir buscando respuestas y satisfacer una respuesta por mí misma que no pude conseguir de los labios de ninguno de los que había logrado concertar para tal fin. Pensé que a lo mejor nadie quería dar respuesta a una pregunta y que seguramente todos conocían, pero, quizá, el sentir que dentro de cada quien existía un grado de responsabilidad hacía que se evadieran las respuestas y que estas no me dejaran satisfecha en la resolución de mis dudas; por ello, solo quiero aquí expresar lo que pude descubrir o de lo que pude darme cuenta después de este profundo trabajo que me impuse a mí misma.

Lo primero que llega a mi mente es reconocer que cada ser humano, desde el momento de su nacimiento, llega con una infinidad de deberes y derechos, de los cuales empieza a gozar aun antes de haber nacido, pero, a medida que avanza su desarrollo y crecimiento, podrá conocer y ejercer uno de estos tantos derechos y, que es motivo de esta reflexión, que es el derecho a la educación, el cual se declara como derecho de toda persona en la Constitución política en su Artículo 67, siendo obligación del Estado velar para que cada ser humano del rincón más escondido del país pueda ejercer dicho derecho, siendo este gratuito y de calidad; pero si damos una mirada a nuestra cotidianidad, podemos saber a ciencia cierta que estudiar o prepararse, más que un derecho para todos, es un privilegio para unos cuantos que han contado con la suerte o que han tenido que esforzarse grandemente para poder superarse. Ese es el caso que tantos jóvenes hemos tenido que vivir, y siendo aún más difícil para quienes, desde el momento de nacer, llegamos ya marcados por la diferencia, una diferencia que, con el pasar del tiempo y al cruzar los detectores sociales, inicia un cúmulo de rótulos, generando exclusión social; pues, empezamos entonces a ser señalados, aislados y etiquetados, como aquellos que no sirven para nada, como aquellos con quienes no se puede contar en la producción monetaria o cognitiva que aporte al desarrollo del país; por lo tanto, somos la población discapacitada, los sin derecho, los que no tenemos habilidades ni posibilidades para un buen futuro, desarrollándonos como profesionales productivos y efectivos ¿Qué es lo que espera una sociedad como la nuestra de personas con capacidades diferentes? Sí, capacidades diferentes, no discapacitados. Quizá los discapacitados son aquellos que no han entendido que nosotros somos tan capaces como los demás de lograr grandes cosas, de conseguir nuestros sueños y ser felices, lo cual no solo se limita al cúmulo monetario; discapacitados son aquellos quienes piensan que deben actuar de manera distinta frente a la diferencia y no saben cómo hacerlo

porque está fuera de sus posibilidades; discapacitados aquellos que piensan que por tener sus cinco sentidos puestos en su lugar y cada miembro de su cuerpo donde y como corresponde, eso les otorga la perfección; discapacitados son aquellos incapaces de abrir sus mentes e ir más allá, para entender que no existe en absoluto nada que nos ponga por debajo o que nos arrebate nuestros derechos, como cualquier otro ciudadano.

Es lamentable percibir que incluso personas de nuestra propia familia se encargan de desmoronar nuestras motivaciones, queriendo que nos veamos como personas enfermas, sí, enfermas, porque no podemos aprender, entender o actuar como lo hace nuestro hermano, nuestros primos o nuestros amigos hijos de los vecinos; es doloroso aceptar esa realidad cuando murmuran: al enfermo no le pongan ninguna responsabilidad o tarea, porque no será capaz de hacerla, ¡qué lástima!, porque infinidad de veces son las personas más cercanas a nosotros quienes se encargan de hacer los primeros señalamientos; si esto es así, ¿qué podríamos esperar de los demás?

Ignorancia, solo ignorancia es lo que puedo responder a mi interrogante sobre el por qué esta sociedad nos trata de esta manera. Creo que solo el ignorar el verdadero funcionamiento del mundo y de la vida puede llevar a cometer tantos errores, el pensar que la vida tiene un solo camino y todos debemos seguir el mismo recorrido; pero, afortunadamente, he sabido comprender que la realidad no es esa; he podido aprender de la experiencia que la vida no es una línea recta que se deba cruzar hasta llegar al final; no, la vida es saber que hay miles de formas de llegar a una misma dirección, con tiempos y estrategias distintas que cada quien toma o elige para su recorrido, no por obligación, sino por elección. Cada quien decide, y así debería ser, que cada ser humano tome la dirección que lo lleve a encontrar su felicidad, que creo que es lo que finalmente busca cada quien.

La vida me ha puesto retos, la sociedad dificultades y obstáculos, mis seres más amados las ganas y la valentía para seguir adelante, así que no me daré por vencida, creo firmemente en mí, en mis capacidades y en mi potencial para llegar alto. Muchos han dicho: – No podrá, –pero no me rendiré, seguiré adelante, no para demostrar a nadie, sino a mí misma que soy y seré capaz de lograr todo lo que me proponga, pues si la vida no es una línea recta, entonces tomaré una de sus desviaciones para llegar a la cima y ser FELIZ.

Este trabajo le causó una gran impresión a mi profesora, quien invitó a mis compañeros y a la comunidad educativa en general a conocer este escrito y, no solo esto, también tendría un reconocimiento público el día de la ceremonia de grado.

Mi paso por el bachillerato llegaba rápidamente a su fin; unas cuantas horas me alejaban de recibir mi título como bachiller; mis abuelos viajaron hasta la ciudad para este evento; mi mamá, papá, mi tía y yo nos preparábamos para ser partícipes de la ceremonia; los ensayos previos, los nervios, los anhelos y los afanes se verían terminados en este momento. En un bello auditorio, entrábamos los estudiantes en compañía de nuestros padres: la madre iría a la derecha y el padre a la izquierda; ingresaríamos en orden alfabético, sin importar el curso en el que hubiéramos estado; se dio inicio al protocolo habitual de las proclamas de grado y anuncios académicos y legales, entre los que estaban los reconocimientos a los méritos; fui llamada a recibir el reconocimiento a la perseverancia, por mi constancia y esfuerzo en todo mi proceso académico; de igual

manera, se dio un reconocimiento a mi exhaustiva investigación respecto a la educación inclusiva.

Posteriormente, a cada uno de los estudiantes nos otorgaron nuestros títulos; mis padres y familiares estaban orgullosos de mí y yo muy contenta de haber conseguido mi mayor sueño, aunque no sería el único en mi vida; sabía que mi lucha debía seguir, pues venían muchos sueños más grandes; la despedida con mis compañeros fue muy emotiva; prometimos seguir siempre en contacto y nunca olvidar todos los buenos momentos que juntos compartimos.

CUARTA PARTE

CÉNIT

1

Al abrir los ojos ante la primera sombra de la mañana, parecía que todo había sido solo un sueño, pero cuando la conciencia me llegó totalmente, supe que no lo era, no estaba soñando, todo era verdad y al fin había recibido mi título de bachiller, lo que me reconfortaba y me llenaba de felicidad; pensaba que ahora daría inicio a una nueva etapa en mi vida, iría a la universidad para ser una excelente profesional, como siempre lo había anhelado; hubo momentos cuando sentí miedo, pues quizá la universidad sería igual de difícil o aún más y tendría que soportar los mismo acosos, la discriminación y vivir las dificultades que había tenido que pasar en mis estudios primarios y secundarios; esto me

atemorizaba un poco, pero, a la vez, sabía que así como pude superar y afrontar los primeros obstáculos, podría hacerlo nuevamente, si este era el caso.

Mientras mi mente volaba pensando en cómo sería la universidad, mi madre llegó hasta mi habitación y me llevó el desayuno a la cama, muy sonriente, y me felicitó una vez más por mi esfuerzo y el triunfo que había alcanzado; ella se metió junto a mí, debajo de las cobijas, que aún estaban calienticas y juntas desayunamos, mientras ella me preguntaba sobre qué había pensado hacer ahora:

—¿Ahora? —le pregunté—, ¿a que te refieres con eso?

Ella respondió:

—¿Qué quieres estudiar? ¿Qué has pensado hacer? ¿Qué te gustaría hacer? —Le dije que había pensado mucho en ese asunto, pues anhelaba ingresar a la universidad, pero temía que mi admisión fuera difícil, así como lo había sido antes, en mis primeros estudios. Mamá acercó su cabeza a la mía, tomó mi mano y dijo:

—¡Todo saldrá bien! Verás que esta vez va a ser diferente y como tú has demostrado ser una niña fuerte, valiente y capaz, así llegarás lejos y conseguirás lo que quieres; además, yo estaría ahí para apoyarte; juntas iniciaremos este nuevo camino. —Volví mi mirada hacia ella, tenía mis ojos aguados, la abracé y le dije un ¡gracias!, que salió de lo más hondo de mi alma; en aquel momento todos mis temores se esfumaron, me sentí fuerte y llena de energía para dar inicio a una nueva etapa en mi vida.

Después de una larga plática, terminamos el desayuno que mamá había preparado, aunque ya un poco frío por nuestra tardanza para consumirlo, pero delicioso, al fin y al cabo. Mamá salió de mi cama y me dejó a solas para que pensara muy bien qué era lo que haría en adelante, pues al día siguiente iríamos para efectuar mi registro de admisión a la Educación Superior. Aquella tarde, me la pasé en la habitación meditando sobre qué decisión iba a tomar, pues tenía algo de confusión debido que existía una dicotomía para mi elección, ya que había dos profesiones que eran de mi agrado y deseaba seguir, pero ¿por cuál decidir? Aún estaba un poco confundida, debido a que, por un lado, me sentía inclinada por la Veterinaria, que desde niña había anhelado estudiar debido al cariño y gusto que sentía por los animales: yo quería ser doctora de animales, cuidarlos, curarlos, quererlos, pero, por otro lado, durante los estudios de la secundaria había descubierto un nuevo y hermoso talento, que también llegó a convertirse en mi inclinación, me gustaba el diseño, la creación; además, sabía que tenía gran habilidad para hacerlo, así que mi elección estaba un tanto complicada; le di y di vueltas en mi cabeza hasta que, finalmente, llegué a tomar la decisión.

Quería a los animales y desde niña lo había hecho, sabía que eso jamás iba a cambiar, pero había descubierto una gran habilidad que también me hacía feliz, así que al ser sincera y realista conmigo misma opté por inscribirme y seguí diseño industrial, pues así como en el colegio habían tomado esta habilidad para agilizar mi aprendizaje, quizá, de igual manera, en la universidad esto sería un punto a mi favor y, dada la necesidad educativa

especial que yo presentaba, quizá esa fuera la mejor opción. Además, no dejaría lo relacionado con la inclinación por los animales, pues sabía que existían muchos animalitos huérfanos que necesitaban cuidados y cariño mientras alguien pudiera adoptarlos, así que pensé que yo podría ofrecer mi casa como hogar de paso para estos animales, de esta manera podría ayudarlos y, de alguna forma, realizaría este trabajo que tanto me atraía, así que desempeñaría los dos trabajos por los que me entusiasmaba. Quizá más adelante, como diseñadora, pudiera llegar a crear elementos o implementos que fueran para el beneficio de los animales.

Cuando estuve convencida y segura de la elección que había tomado, se lo dije a mi madre y ella lo aprobó con una sonrisa y un fuerte abrazo:

—Si eso te hace feliz, entonces eso es lo que haremos —me dijo.

Una vez llegó la noche, pude irme a la cama con toda la tranquilidad del mundo, al saber que había tomado la decisión adecuada; lo sabía por el regocijo y la paz que sentía en mi interior; esa misma noche soñé que me había convertido en la mejor diseñadora industrial del país y que tenía la mejor y más grande casa de adopción para animalitos huérfanos; cuando desperté, solo pude echarme a reír al pensar en cuán hondos y arraigados eran los anhelos que tenía, que habían hecho que los había llevado hasta mis sueños; después de haber tomado el desayuno, salí presurosa con mi madre para hacer el pago respectivo del PIN que me permitiría hacer el registro o inscripción en la universidad; al llegar al banco donde debía comprar el código, vi una larga fila de jóvenes que habían ido por lo mismo que nosotras; por un momento me sentí ansiosa y pensé que si había tanta gente, a lo mejor se terminarían los códigos y yo no podría comprar el mío.

Mamá se dio cuenta de mi angustia y preguntó qué me pasaba; cuando le hablé sobre mi preocupación, sonrió y dijo que no había de qué preocuparme, que se podían comprar todos los códigos que quisiéramos, sin importar el número de solicitantes; entonces, me tranquilicé y seguimos en la espera, mientras llegaba nuestro turno; al fin, pudimos realizar nuestro pago y la adquisición del PIN, con el que regresamos a la casa para realizar el registro vía Internet, al día siguiente.

Cuando realizábamos la inscripción, había una parte en la página donde preguntaba si estaba incluida en una de varias poblaciones diferenciadas, entre las cuales se mencionaba discapacidad; al leer aquello, volteé a ver a mi mamá, mientras pensaba en si llenaba aquella casilla como afirmativa o no, pues no me consideraba con discapacidad, sino con capacidades diferentes, pero quizá si decía que sí, no se me permitiría que continuara con el registro, o tal vez podría traerme algún tipo de beneficio; al considerarlo, optamos por llenarla.

Más adelante se me informaba que la carrera exigía un examen interno, que debía presentar en una fecha y lugar específicos, lo que logró inquietarme un poco, pues no sabía en qué consistía la prueba y esto sería crucial para que me admitieran en el Programa; como siempre, mamá estaba a mi lado, me animaba y hacía que los temores desaparecieran de mi

cabeza; al final de la inscripción, solo nos tomamos de las manos y dejamos el futuro a la voluntad de Dios. Ahora, solo nos restaba esperar.

2

El día de la prueba me dirigí, junto con mi madre, al lugar donde me debía presentar; fue mucho mi asombro al ver la cantidad de estudiantes que nos someteríamos a ella. Unos minutos antes de iniciar, se hizo un llamada aparte a cinco de los casi doscientos estudiantes que había en el lugar: los cinco estábamos en busca de un cupo especial y tendríamos al lado nuestro a un tutor, enviado desde la oficina de Bienestar universitario, que estaría allí para apoyarnos en las dificultades que presentáramos por nuestras capacidades diferentes, solo apoyarnos, no desarrollar ni avisar en la prueba; esto me alentó mucho, pues mi capacidad de lectura y comprensión seguían siendo un poco lentas; por tanto, tardaría quizá más tiempo que los demás en desarrollar la prueba, pero con el tutor a mi lado todo resultaría más sencillo. Al final de la prueba, que fue muy afín en lo concerniente a la carrera y mis capacidades, salí satisfecha por lo que había hecho, pues estaba segura que me había ido bien. Mamá me esperaba fuera del salón; cuando salí, la abracé y le dije que todo había salido muy bien; para celebrar, me invitó a almorzar fuera de la casa un suculento almuerzo.

Mientras almorzábamos, le dije que estaba sorprendida por cómo, desde los inicios, la Educación Superior era diferente de la educación primaria y la secundaria, pues tanto otros jóvenes como yo, señalados con capacidades diferentes, habíamos recibido ayudas por nuestra condición y nos habían tratado con mucho respeto, sin ofendernos ni hacernos sentir diferentes por nuestras situaciones; si esto continuaba en el transcurso de la carrera, ahora sí que las cosas estaban mejorando para mí, pero, una vez más, me surgían las dudas y los interrogantes: ¿Por qué si la universidad es una institución pública, al igual que en los colegios en los que estuve, facilitaba o mejor aún contaba con un programa de inclusión educativa, a diferencia de estas instituciones? ¿Quizá la universidad cumplía con las leyes y decretos que daba el gobierno? No lo sabía, pero esta era una nueva inquietud que debía resolver; por el momento, seguiría con mi felicidad por el nuevo triunfo conseguido.

Durante los días siguientes, mientras estaba a la espera de los resultados, dediqué mi tiempo a adecuar el espacio que dispondría para los animalitos que estarían de paso en mi casa, mientras encontraban un lugar en el que los adoptaran; por fortuna, contaba con el apoyo de dos de las personas que más quería en el mundo, mi madre y mi tía, que dedicaron parte de su tiempo para ayudarme en el arreglo, la adecuación y la decoración de la casa hogar, con lo que nos divertimos mucho y donde puse a prueba y en marcha mis habilidades como futura diseñadora industrial; fue un excelente trabajo en equipo y, cuando todo estuvo listo, decidimos crear una página *web* donde se mencionaba el propósito de esta nueva y pequeña obra, la casa hogar, que estaba a la orden para albergar a los animalitos

huérfanos que pudieran llegar hasta ahí, también se podría adoptar; además, quienes quisieran realizar sus donaciones en comida o en objetos necesarios para los animalitos, también podrían hacerlo; de igual manera, publicamos los contactos para que los interesados en realizar cualquiera de estas obras, pudieran comunicarse conmigo.

Recuerdo que el primer huésped del hogar fue una gatica, que encontré muy cerca de mi casa, la que recogí porque tenía una pata mal herida y la llevé hasta el lugar dispuesto para los gatos; allí, al saber que su herida no era fatal, me dispuse a curarla y todo resultó un éxito pues, al cabo de dos semanas, Luna, como quise llamarla, estaba totalmente recuperada y hermosa; cuando supe que Luna estaba bien, la puse muy linda para tomarle fotografías y subirlas a la página, para que quien estuviera interesado se comunicara conmigo para proceder a la respectiva adopción, la que no se hizo esperar, pues cuando solo habían pasado tres días de la publicación ya recibí varias llamadas de personas interesadas en tener a Luna en su casa; entonces, quise entrevistarme con cada uno de los que deseaban adoptarla, para hacer la mejor elección sobre cuál sería su nueva familia y creo que le elegí la mejor; después de haberla entregado, llegaron nuevos inquilinos a la casa, perritos, gaticos, pajaritos, que cuidamos con mucho esmero, hasta cuando a cada uno lo iban adoptando; sin duda, esta labor me hacía muy feliz.

Así pasó el tiempo hasta que, al fin, llegó la fecha en que salían los resultados para saber si había sido admitida a la universidad; aquel día tenía sentimientos encontrados: miedo, ansiedad, alegría, nervios, todo se cruzaba en mi mente; entonces, me senté frente a la mesa donde estaba el computador, lo encendí, ingresé a la página de la universidad, sentía que en aquel momento las manos me temblaban, un frío helado recorría mi cuerpo, parecía como si fuera a recibir la peor noticia del mundo; por último, ingresé el número del documento para acceder a la información requerida, lo que hice muy lentamente y pensando si quería o no conocer el resultado; después de haber ingresado la identificación, esperé unos segundos hasta cuando, al fin, decidí ver y revisar las listas de admitidos; pasaba mi mirada con lentitud por cada uno de los nombres y esperaba encontrar el mío; entre más bajaba en la lista, mis esperanzas se iban acabando; cuando constaté que al final de la lista aun no aparecía mi nombre, descubrí una información al final, que se titulaba Cupos especiales, y ahí estaba.

¡Sí, sí, sí, qué alegría! De inmediato empecé a gritar y salí corriendo del salón de estudio hasta la cocina, donde estaba mamá, me lancé a su cuello con mucha emoción, riendo y gritando de felicidad, me habían admitido en la universidad; ahora tendríamos que agilizar todo el papeleo para legalizar mi matrícula y mayor fue nuestra alegría cuando, después de haber reunido todos los papeles correspondientes, el valor que debía consignar por el costo respectivo era muy bajo; a diferencia de lo que habíamos tenido que pagar anteriormente, este era un gran beneficio, que recibía de la universidad pública.

Después de todo el proceso de matrícula, solo quedaba esperar el inicio de clases; quise leer un poco sobre los temas que trabajaríamos y sobre el diseño industrial en general, investigar en qué consistía cada materia del pensum y fantasear cómo podría ser mi futuro académico; añoraba llegar a ser la mejor profesional para poder cumplir mis metas y las expectativas que yo me había propuesto alcanzar; cada día los anhelos crecían; al faltar un par de días para el inicio de las clases, publicaban los horarios en la página de la universidad; me extrañó mucho ver que mi horario tenía diferentes horas de ingreso, que se estudiaba en las dos jornadas, que había tiempos libres entre clase y clase; nunca había experimentado algo así, además de los cambios de curso e incluso de bloques; por fortuna, había recibido una inducción que me permitió conocer las instalaciones de la que sería mi Facultad y de la universidad en general.

Al fin, el día de ingreso llegó; me levanté muy temprano y me vestí con mi mejor ropa, mientras mamá me preparaba el desayuno; en este momento de mi vida, mamá no me acompañaría hasta la universidad, esto debía hacerlo sola bajo las indicaciones que ella me había dado previamente, tomar la ruta de transporte correcta y calcular el tiempo para así no llegar tarde. Salí de casa con muchos nervios, porque no sabía qué podía esperar; llegué con timidez al salón que me correspondía, en el que había unas cuantas personas, que estaban distantes unas de otras; fui a un pupitre y me senté en espera de que pasara algo; transcurridos unos minutos, el salón estaba lleno y fue cuando, en un momento, ingresó un profesor, que nos dio la bienvenida; a partir de este instante, sentí un gran alivio y felicidad por dar inicio a este nuevo camino que emprendía.

Pasada una semana de clases, llegó a mi correo electrónico una invitación para que me acercara a Bienestar universitario y recibiera una charla sobre inclusión educativa, en la que se tratarían algunos temas concernientes a las ayudas educativas que recibiríamos; en esta reunión había varias personas que presentaban diversos tipos de capacidades diferentes: algunos eran ciegos, otros sordos, capacidades cognitivas diferentes y algunos con capacidades motrices particulares. Aquí nos explicaron con claridad qué beneficios teníamos y cuáles serían algunas de nuestras responsabilidades; cada uno de nosotros podía optar por una beca de alimentación o de vivienda y contar con el apoyo de un tutor académico, alguien como la persona que nos había prestado su servicio de acompañamiento y apoyo en la realización del examen de admisión, que algunos presentamos; este tutor debía ser un estudiante de la misma carrera, o afín a ella, que contara con un perfil académico y personal de calidad, puesto que debía someterse a un concurso y entrevista, por lo que no se otorgaría de inmediato.

Tras esta charla, quedé muy entusiasmada por lo que podía recibir; por mi parte, debía retribuir este beneficio con un buen nivel de desempeño en los estudios; era necesario que mi promedio de calificaciones mostrara que esas ayudas me estaban siendo útiles, como también para todos los que nos beneficiaríamos con ellas. No pasó mucho tiempo para que la convocatoria para la selección de los tutores tuviese acogida y, al cabo de un mes después de este proceso, pude tener a mi tutor académico; se llamaba Juan, que era un

joven que estudiaba la misma carrera que yo y cursaba el quinto semestre; era una persona muy inteligente y creativa, que sentía, al igual que yo, mucha fascinación por los animales. Pensaba que, para mi desarrollo académico y personal, Juan me apoyaría en las actividades de comprensión y de lectura para la elaboración de trabajos escritos y, ¿por qué no?, en aprender cada vez más de él las técnicas de estudio que empleaba para que pudiera culminar con éxito el proceso académico; la ayuda sería con este propósito, puesto que en los trabajos que eran de carácter creativo, yo podía cumplirlos sin ninguna dificultad, ya que era algo que me gustaba mucho hacer.

El acoplarme a la universidad fue un poco difícil, por la variedad de horarios, las diferentes materias que veía, los requisitos que necesitaba cumplir y el ritmo que debí asumir en mi diario vivir, pero esperé que poco a poco me iría acostumbrando. La exigencia en la universidad era superior a lo que venía acostumbrada del colegio, donde los profesores estaban pendientes del desarrollo de las actividades y de dar múltiples oportunidades para que a cada estudiante pudieran calificarlo; ahora, aquí la responsabilidad únicamente recaía en cada uno de nosotros; había un sistema de evaluación mensual, que llamaban cortes, en los que valoraban el conocimiento adquirido a través de entregas y exámenes; las entregas consistían en un proyecto industrial tangible, que se debía plasmar en un expositor, que estaba en la Facultad, el que se mostraba tanto a los docentes como a los compañeros; con las muestras de estos trabajos, podíamos obtener una calificación; claro está, también existían otras estrategias de calificación y esto dependía de la autonomía de los docentes; no siempre eran entregas. Era fácil ver cómo mis compañeros tenían muchísimo talento y cada uno de nosotros se desenvolvía en una especialidad diferente.

4

A medida que avanzaba en mis estudios, me convencía más de que había hecho una buena elección; a pesar de que cada semestre traía un grado mayor de dificultad, nunca tuve ni siquiera el menor deseo de darme por vencida y dejar todo a un lado; al contrario, siempre me esforzaba porque sabía que podía dar más de lo que hasta el momento había hecho; además, el apoyo, las oportunidades y el acompañamiento por parte de la universidad siempre estuvieron a mi disposición, entonces, ¿por qué no aprovechar todas estas ventajas, que anteriormente nunca tuve?

Por otro lado, la destreza que tenía en el momento de crear era tal que tanto mis compañeros como profesores elogiaban mi talento, lo que me fortalecía, al contar también con el hecho de que, cada vez que tenía la oportunidad, no la desaprovechaba para diseñar

algún aparato que hiciera más cómoda la vida de los animalitos del hogar de paso: casas para perros con materiales reciclados, bebederos públicos para que los animales sedientos se acercaran y bebieran agua potable, unos portacomidas ecológicos para los hogares, maceteros a base de botellas de plástico, que purificaran el ambiente del hogar y todo aquello que procurase un mejoramiento para la calidad de vida para los animales. Algunas pequeñas empresas, organizaciones y miembros de la comunidad colaboraban para que yo pudiera ejecutar mis ideas e incluso eran portadores de mis proyectos en sus hogares para sus mascotas; con cada cosa aprendida, pensaba siempre en mejorar las condiciones de vida que yo les estaba brindando en casa y lo mismo le sugería a cada persona que llegaba motivada por alguna adopción.

Algunas veces me sentí señalada y pordebajada por algunos compañeros de mi salón de clases, pues, a veces, oía comentarios que, en parte, me deprimían, pero más adelante entendí que no deben ser los otros, cada uno es el que decide cómo sentirse; todo depende de cómo se asuma cada cosa, cada acontecimiento bueno o malo que llegue a su vida; de cada quien depende si sucumbe en la batalla o sale victorioso de ella y yo elegí siempre ser la vencedora, sin negar que muchas veces me vi casi derrotada, pero el deseo de surgir fue siempre mayor que mis debilidades, porque por más abajo que estuviera siempre tuve la voluntad y la fuerza para levantarme.

Creo que cada día de mi vida en la cotidianidad de mis estudios, de mi descanso, del hecho de compartir con mi familia y en cada acto que realizaba, era una lucha constante, pero una lucha por vivir, por disfrutar cada momento, aun el más insignificante acto que hiciera parte de mi vida, lo que se constituyó siempre en la diferencia para que no me sumiera en el dolor de una aparente discapacidad, porque debido a ella tuve la oportunidad de descubrir grandes cosas y talentos en mí, pude descubrir el verdadero significado que tiene la vida y aprendí a ser feliz por mí misma, con lo que soy y con lo que tengo.

Desde niña, nunca vi nada distinto en mí, solo los demás veían y pensaban que me hacía falta algo, pero yo nunca capté la diferencia; al principio, no sabía por qué tenía tantas dificultades para estudiar, sin embargo esto nunca me desanimó en la lucha por alcanzar mis ideales. Cuando supe por qué nada me había sido fácil, aunque sentí, no sé, quizá algo de vergüenza o de tristeza, no sé..., esto solo duró unos instantes, pues para ese entonces mi fortaleza interior ya era grande y no iba a permitir que nada me derribara; era grande por el solo hecho de ser única, de ser especial, de ser diferente, era grande solo por ser yo. Con esto no quiero decir que mi vida hubiera sido fácil; no, todo lo contrario, tuve que vivir demasiadas cosas desde muy pequeña, pero quizá todas estas experiencias me enseñaron a ser una guerrera, como hoy lo soy. Cada persona que se cruzó en mi camino hizo su aporte para la construcción de mi sólida, valiente y enérgica forma de ver la vida; por tanto, debo agradecer cada experiencia de las que he vivido y compartido.

Hoy, cuando estoy tan cerca de ver cómo se cumple uno de mis mayores anhelos, veo que todo ha valido la pena, que cada cosa que una persona se proponga en lo más hondo de su corazón, va a convertirse en realidad, si lucha por conseguirlo. No me arrepiento, ni cambiaría uno solo de los días de mi vida, porque cada minuto que ha acontecido ha sido una verdadera lección de lucha y de superación que, seguramente, no hubiera aprendido y alcanzado si hubiese sido una persona “normal”, como los millones y millones que caminan por las calles de cada una de las ciudades del país y del mundo.

Debo agradecer infinitamente a mi madre, que siempre me tendió la mano, que me acompañó en los momentos alegres, pero más en los difíciles y también en los amargos de mi vida, que nunca se dejó vencer y tuvo que soportar el señalamiento y las dificultades que implica tener una hija con capacidades diferentes; esa madre que luchó contra el mundo para darle a su hija lo mejor de lo mejor, sin que importasen los grandes sacrificios que tuviera que hacer para conseguirlo.

—Ana, se hace tarde. —Esa era la voz de mi madre, que me apuraba para que saliera de la casa y nos dirigiéramos hacia el auditorio donde se llevaría a cabo mi ceremonia de graduación; sí, se hacía tarde, pero no podía dejar de escribir el final de este relato de mi vida que espero que llegue al corazón de alguien que, como yo, atraviere quizás por una situación similar.

Hoy voy a recoger los frutos de lo que un día sembré con tanto esmero; hoy recibo mi título universitario como diseñadora industrial, con lo que le muestro al mundo y me muestro a mí misma que lo que un día vi solo en mis sueños, hoy se convierte en una hermosa realidad.

¡ATRÉTEVE A SOÑAR!